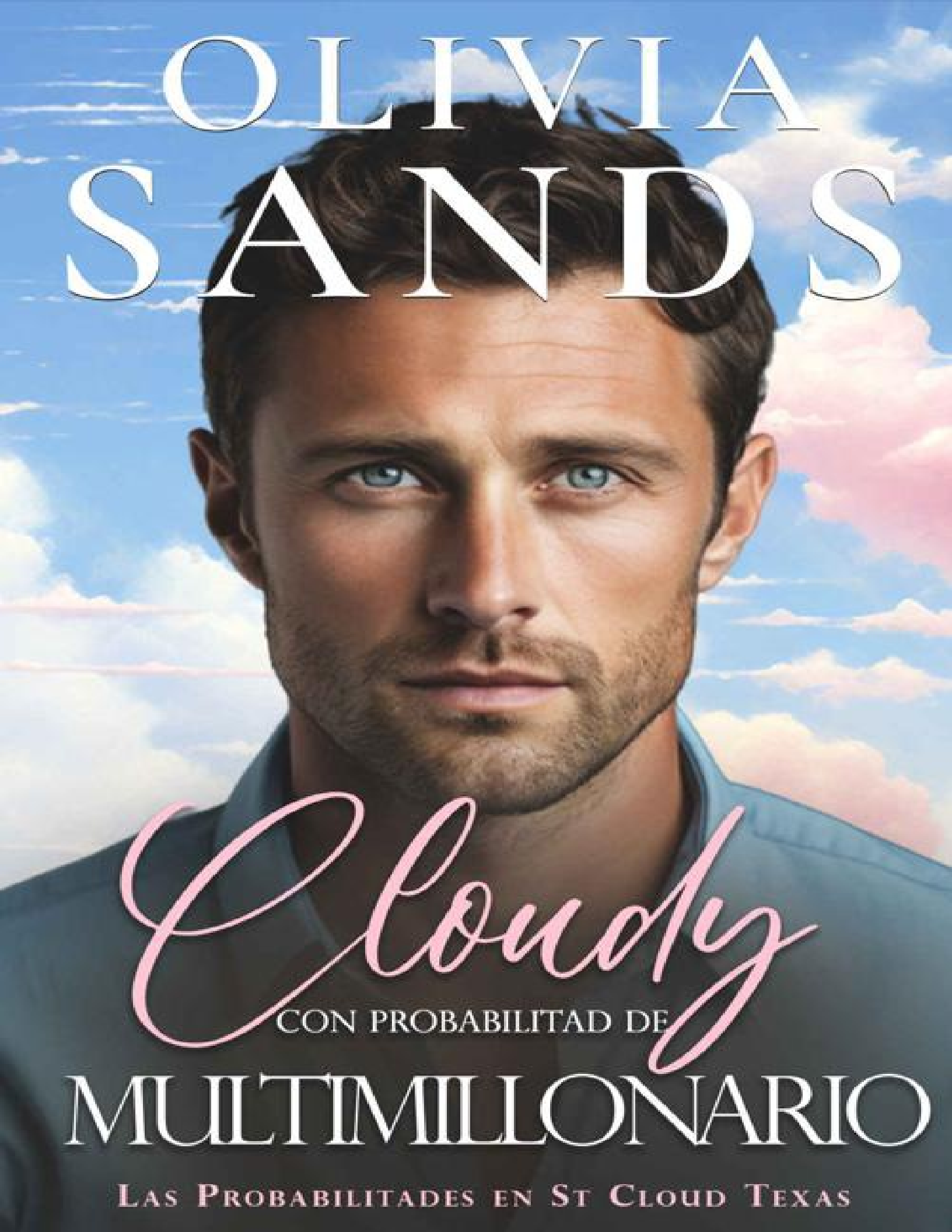




OLIVIA
SANDS

Cloudy
CON PROBABILIDAD DE

MULTIMILLONARIO

LAS PROBABILIDADES EN ST CLOUD TEXAS

CLOUDY, CON PROBABILIDAD DE MULTIMILLONARIO

LAS PROBABILIDADES EN ST COULD, TEXAS
LIBRO 2

OLIVIA SANDS

Traducido por
ELIZABETH GARAY

OLIVIA SANDS

¿TE GUSTAN LAS SORPRESAS?

Si tu respuesta es sí, visita:

<https://oliviasands.com/e/>

Y suscríbete al boletín de Olivia para recibir avances exclusivos, oportunidades de promociones especiales y estar informado sobre nuevos lanzamientos.

BLURBS

Cuando los polos opuestos se atraen, ¿podrán dos desconocidos convertir una relación inestable en algo más?

Brian Davis, el carismático director de relaciones públicas de Cloud 9 Games, está dispuesto a reinventarse como asesor político cuando una concejala local necesita ayuda.

Sobre todo, porque la despampanante y ferozmente independiente, Amelia Hernandez, lo tiene todo: pasión, cerebro y belleza. Y está decidida a servir a su pueblo natal.

Aunque las primeras chispas entre Brian y Amelia son todo menos románticas, el respeto y la admiración mutuos florecen a medida que se unen para hacer el trabajo.

Hasta que Amelia se plantea una pregunta, ¿hasta dónde está dispuesta a llegar para alcanzar sus sueños?

Desbordante de ternura, humor y un romance digno de un suspiro, esta historia te arrastrará a un encantador pueblito donde dos insólitos socios descubren que, a veces, hay que arriesgarlo todo para tener una oportunidad de alcanzar la verdadera felicidad.

[Nota de la Traductora: Es importante aclarar que los nombres propios, aún existiendo el equivalente en español, se han respetado tal como aparecen en la versión en inglés, omitiendo los respectivos acentos]

«Deberían haber hecho esto la semana pasada». Brian se ajustó su corbata de moño. A su lado, su amigo Simon pasó un cepillo por la punta de sus botas, lo que hizo que Brian se riera. La ceremonia de la boda había terminado y se dirigían al gran granero del rancho para la recepción. Pasara lo que pasara, terminarían caminando sobre polvo y tierra.

«¿Por qué lo dices?», preguntó Simon, dejando el cepillo. Estaban compartiendo habitación desde que Cassidy Davis, hasta hacía una hora Cassidy Norton, había reclamado la habitación de Simon como su área para cambiarse. Si bien había sido una novia preciosa con su elegante vestido de novia blanco con una gran falda con aros y una cola de dos metros, no había manera de que fuera a usar esa cosa para una recepción en el granero del Rancho Cloud 9.

Las bodas en propiedad privada eran un acto de malabarismo y compromisos.

«Habrían podido hacer una boda con disfraces de esa manera, coincidiendo con Halloween», explicó Brian. «Quiero decir, la ceremonia fue agradable, pero hacer todo el asunto como la película de *“La Novia Cadáver”*, hubiera sido genial. Y la recepción podría haber sido un “truco o trato”».

«Brian, será mejor que no llares “truco” a mi hermana», los ojos de Carl Norton brillaron con advertencia desde el otro lado de la habitación. Acababa de ponerse la chaqueta de esmoquin y Brian pudo ver que su comentario casual había puesto al hombre nervioso.

«Relájate, Carl». Brian no le tenía miedo al exapoyador del estado, el hombre conocido en un momento por tener la mecha más corta de Saint Cloud. Pero al mismo tiempo, en la última hora el hombre se había convertido en su cuñado. No había razón para arruinar una boda en Texas con una disputa familiar del tamaño del estado. «En todo caso, Cassidy es una delicia. Estoy haciendo volteretas hacia atrás sobre la clase que ella aporta a nuestra familia. Ahora, nunca sabré cómo Chris la engañó para que aceptara su propuesta. Pero depende de tu hermana descubrirlo».

Carl consideró las palabras de Brian y luego se echó a reír. «Sí, supongo que sí. Voy a ir a buscar a Tim para ver si ha encontrado esa gran taza de café que estaba buscando».

Carl salió de la habitación y Brian esperó hasta que se cerró la puerta antes de mirar a Simon. «¿Se da cuenta de lo fácil que a veces provoca los chistes?».

«Recuérdalo», se rió Simon, «probablemente Carl nunca haya estado en Canadá. Y Tim no puede lograr nada por su nombre».

«Aun así... Tim Norton y café...», Brian se rió. Terminó de rehacerse la corbata y miró a Simon. «Cambiano de tema, hoy no vas a estar acompañado».

Simon asintió y se encogió de hombros. «Me hubiera encantado traer a alguien especial, pero eso no estaba en mi destino».

«Entiendo», Brian miró por la ventana y vio movimiento alrededor del granero.

«Y... ¿tú cuándo vas a entrar al redil?», preguntó Simon.

Brian se encogió de hombros. «Vamos, hombre. Ya sabes como soy».

«Oh, lo sé. Brian Davis, el chico que literalmente tuvo citas con el equipo completo de porristas durante su tercer año de universidad. Todavía eras una leyenda en el campus cuando Chris y yo fuimos. Los nerds solitarios y sin citas de todo el campus tenían santuarios secretos para ti, ofreciéndote sacrificios para absorber al menos un poco de tu arrogancia».

Brian negó con la cabeza. «Eso fue hace mucho tiempo, amigo. ¿Honestamente? No sé si alguna vez sentaré cabeza. No es que me oponga, conozco mi reputación, pero... bueno, cualquier mujer que vaya a aguantarme a mí y a mi basura tiene que ser tan testaruda que terminaríamos peleando tanto como cualquier otra cosa».

«Sí, seguro que tendría que hacer restallar el látigo. Y no te preocupes más por tu reputación, amigo. En serio, han pasado cuántos años desde que tú y...».

«No digas su nombre», intervino Brian, un poco acaloradamente. Podía ser que hubieran sido años para todos los demás, pero escuchar ese nombre lo hacía sentir como si fuera ayer.

«Solo digo...», Simon se acercó, «no eres el playboy que eras en la universidad. No lo has sido por mucho tiempo. Lo que tienes que hacer es perdonarla... y perdonarte a ti mismo».

«¿A mí mismo?» preguntó Brian. Simon asintió. «¿Por qué?».

«Por dejar que tu corazón te guiara más que tu cabeza. Eso no es malo. Ahora bien, ¿en cuanto a la futura señora Brian Davis? Sí, tendrá que ser testaruda, pero te contaré un secreto».

«¿Qué?».

Simon se inclinó y le dio una palmada en el hombro a Brian. «Saint Cloud tiene *muchas* mujeres testarudas. Vamos, antes de que digan que vamos a retrasar el espectáculo».

Brian asintió y salieron de su habitación para ir al granero a la recepción. Era más grande que la ceremonia en sí, a la que solo asistieron una docena de personas en total. Pero los Norton eran casi celebridades menores en la ciudad, y los Davis eran... Bueno, podían contarse entre los "grandes sombreros" de Saint Cloud. Entonces, cuando Brian entró al granero, asumió el cómodo papel que se había esculpido a lo largo de los años. Después de todo, su trabajo eran relaciones públicas, por lo que con práctica facilidad empezó a sonreír y estrechar manos.

«Amanda», saludó sonriendo. Mirando a la mujer de arriba abajo, su sonrisa creció. «¿Un vestido? ¡Esta es una ocasión especial!».

Amanda Muñoz, la propietaria del rancho vecino "Happy W", con una risa le hizo una señal con la mano. «Tenía que demostrar que realmente ocurren. Felicidades».

«Gracias. La casa va a estar mucho más tranquila», bromeó Brian, haciendo que Amanda volviera a reír al comprenderlo. «Seré honesto, la casa grande se está vaciando más rápido de lo que pensaba».

«Es cierto, pero los estoy viendo construir la nueva casa de tu hermano desde lo alto de la colina», dijo Amanda, que estaba alquilando una gran parte del terreno de Cloud 9. «Cassidy va a ser una mujer muy feliz. Por lo que parece, hay mucho espacio para las crías».

Brian se rió. «No le digas eso a Chris. ¡Se desmayará!».

Amanda sonrió y sacudió la cabeza. «Llámame anticuada, pero ¿no son para eso las lunas de miel? Lo sé, lo sé, estoy una generación atrás, pero cuando estaba arriba en mi caballo viéndolos trabajar en la casa, en mi mente podía ver a tres o cuatro pequeños, niños y niñas Davis corriendo por ese gran espacio».

Brian se rió suavemente. «Me gustaría eso. También les construiríamos un columpio adecuado y equipo para jugar. Nada de esa basura plástica que hacen ahora».

«Seguro», dijo Amanda. «Bueno, disfruta».

Amanda siguió adelante y Brian hizo lo mismo, haciendo lo que sabía que se esperaba de él. Las recepciones de boda eran el tipo de reunión que podría ayudar a su familia con su posición en la jerarquía social de Saint Cloud. En lugar de ser simplemente los “nuevos chicos ricos”, era una oportunidad para forjar los vínculos que podrían convertirlos en una verdadera parte de la comunidad.

Cuando Chris y Cassidy entraron, la recepción realmente comenzó y Brian se lo pasó bien. Pero mientras el baile continuaba, se quedó atrás y no se unió. En cambio, se sentó en su mesa, bebiendo una copa de champán y observando cómo Chris y Cassidy bailaban por primera vez como marido y mujer.

¿Quería eso? Seguro. Pero como le dijo a Simon, encontrar una mujer que pudiera aguantarlo sería como encontrar una aguja de oro en un pajar del tamaño de un granero.

El primer baile terminó y Brian se levantó de su silla, no para bailar sino, para presentar sus respetos al alcalde Tom Jones, quien había tenido la amabilidad de “prestar” para la recepción el mismo equipo de sonido que la ciudad usaba para los bailes comunitarios en el rancho. «Bueno, alcalde, ¿qué te parece?».

«Creo que tendrán que intensificar su juego de baile en el granero la próxima primavera», se rió el alcalde. «Has puesto un listón muy alto aquí con esta fiesta, Brian».

Brian se rió y se encogió de hombros. «¿Puedes culparnos?».

«En absoluto, jovencito... Bueno, hola, señora Davis».

Brian se giró, esperando ver a su madre, que había volado para asistir a la boda. En cambio, se sorprendió al ver a Cassidy, luciendo hermosa con su vestido de recepción azul hielo. «Cassidy».

«Le prometí a tu madre que bailarías con todos sus hijos en esta recepción», sonrió Cassidy, «y también con mis hermanos. Iba a empezar con Andrew, ya sabes, ir desde el mayor hacia abajo, pero tu madre lo reclamó y Tim me hizo prometer que haría el baile del pollo cuando fuera su turno. ¿Entonces que dices?».

Brian inclinó la cabeza y asintió al escuchar la música, sonriendo. «Supongo que puedo bailar The B-52s contigo. Es uno de los favoritos de mamá».

Brian tomó a Cassidy de la mano y momentos después estaban sacudiendo sus cuerpos, actuando como tontos y riéndose a carcajadas. Andrew y su madre estaban allí con ellos, convirtiéndolo en una especie de *boogie* de cuatro personas que hizo sonreír a Brian.

«Ahora, mamá, tendrás que disculparte con Andrew», dijo Cassidy cuando terminó la canción y aplaudió. «Este granero puede estar un poco deteriorado, pero no es una *choza*».

«Oh, vas a ser justo lo que estos chicos necesitan». La señora Davis le dio afectuosas palmaditas. «Tengo muchas ganas de visitarlos en Navidad».

«Nosotros también, mamá», dijo Andrew. «Puedes ocupar la habitación de Chris».

«¿Estaba pensando que me quedaría en casa de Chris y Cassidy?», preguntó su mamá, y Brian levantó las manos.

«No, estoy fuera», Brian hizo sonreír a Andrew. «Puede que esté en relaciones públicas, pero esto está por encima de mi nivel salarial».

Todos se rieron y Brian se retiró y finalmente se encontró sentándose en uno de los viejos fardos de heno que se guardaban en el granero para los bailes comunitarios. Mientras miraba, sintió que una oleada de tristeza lo invadía.

¿Hace tanto tiempo que había pensado que estaría en la posición de Chris, sonriendo felizmente y luciendo como un hombre que acaba de encontrar el paraíso? ¿Era él quien se

burlaba de su hermano pequeño por ser un nerd de las computadoras que nunca conseguiría una cita porque a las chicas no les gustaban los frikis de los videojuegos? ¿Que él y Simon terminarían compartiendo un apartamento y pasando sus últimos años jugando juegos antiguos y quejándose de que las cosas eran mejores en los viejos tiempos, cuando en realidad había que usar controladores en lugar de un sistema de ciencia ficción de enlace mental?

Ahora, su hermano pequeño estaba felizmente casado con una novia preciosa, mientras Brian seguía soltero. Ni siquiera encajaba realmente con el resto de Saint Cloud; odiaba las botas de cowboy y solo las usaba hoy porque todos los hombres en el grupo del novio las llevaban puestas.

Lo peor era que él tampoco era un chico de ciudad, de ninguna manera. Sabía que, si bien le habrían gustado los coches deportivos, los trajes de corte italiano para los negocios y las zapatillas de baloncesto para relajarse, tenía suficientes ideas y valores de "pueblo pequeño" en él como para sentirse igualmente incómodo en Los Ángeles o Nueva York, como lo estaba en Saint Cloud.

Probablemente por eso estaba soltero y cómodo en las relaciones públicas, pensó. Por un lado, tenía intereses lo suficientemente variados y una personalidad completamente afable como para poder causar al menos una buena impresión en casi cualquiera. Pero al mismo tiempo, una vez que la gente superaba ese sentimiento inicial, veían que Brian... simplemente no encajaba del todo.

Él estaba en un término medio, supuso.

La música volvió a cambiar, esta vez con un tono un poco country cuando se escuchó Faith Hill. Brian se sorprendió cuando su madre se acercó sonriendo. «¿Me acompañas cariño?».

«¿Estás segura, mamá?», preguntó, y ella asintió. «Bueno, y, ¿por qué no?».

Brian tomó su mano mientras empezaban a bailar.

«Esto me trae recuerdos», dijo en voz baja, con tristeza y nostalgia tiñendo sus palabras. «Tu padre y yo bailábamos música como esta. Más Dolly Parton que Faith Hill, pero no quiero parecer tan mayor».

«No eres vieja, mamá», dijo Brian. «Algunos días pareces más joven que yo».

Su mamá puso los ojos en blanco. «Siempre has sido un adulator. Ahora déjame ser madre por un minuto y preguntarte por qué estás sosteniendo el costado del granero en lugar de bailar con una bella dama».

«Estoy bailando con una bella dama».

«Una de tu edad, y adularme, no te sacará de esto».

Brian se encogió de hombros mientras hacía girar a su madre en un cuarto de círculo, sonriendo un poco. «Supongo que no estoy seguro de a quién pedírselo».

«Bueno, si me preguntas, esa linda chica con Simon parece tu tipo», dijo la mamá de Brian, y él levantó la mirada. Por supuesto que se había fijado en ella antes, Amelia Hernandez, quien era una de las mejores amigas de Cassidy y, lo que era más importante, era miembro del ayuntamiento de Saint Cloud. Su decisión de varias veces batear para los Davis y para los Cloud 9 Games había hecho la vida diez veces más fácil para los hermanos.

Era inteligente, Brian no tenía ninguna duda al respecto. Ella no había trabajado con él directamente, pero sabía por Andrew y Chris lo comprometida que estaba.

Y su madre tenía razón; ella era increíblemente hermosa. Su largo cabello negro como el azabache le caía hasta la mitad de la espalda, su rostro delgado y ligeramente anguloso estaba tan perfectamente equilibrado y proporcionado que la hacía parecer casi artística. Y con su vestido, se veía... bueno, elegante y hermosa.

«Puedo reconocer esos ojos, Brian», dijo su madre, y él apartó la mirada. «¿La estás viendo por primera vez?».

«No. ¿Sabes que su apodo es ‘Quijote del Alba’?», Brian suspiró. «Dudo seriamente que nos lleváramos bien. Según me ha dicho Chris, seríamos como el agua y el aceite. Es lo que es, mamá».

«Ajá», dijo ella, y Brian se enfureció, haciendo sonreír a su madre. «Oh, oh».

Brian simplemente se rió. «Vamos, mamá, déjame darte una gran voltereta antes de que termine la canción».

«Está bien», afortunadamente, su madre dejó el asunto. «Pero si vas demasiado rápido, podrías romperme la espalda».

«Sabes», Brian se preparó para el gran giro y voltereta, «tienen clases de yoga para eso».

Ella rió. «¿Estás seguro de que sabes dónde vives, Brian?».

Él estaba perfectamente consciente. Se encontraba a unos dos metros de Amelia.

Quien realmente era hermosa.

Afuera, el viento de enero pasaba silbando por la ventana y Amelia se estremeció. Era su culpa. Después de los apagones masivos y el caos resultante que sufrieron partes de Texas debido a las tormentas de hielo y los vientos invernales, Amelia había presionado para que el pueblo de Saint Cloud diera ejemplo al aliviar la tensión en la red fijando los termostatos de la ciudad a 18°C durante las horas de trabajo.

Era cierto que tenía el beneficio adicional de tener respeto con el medio ambiente, pero Amelia no había enfatizado ese punto cuando presentó la idea al concejo. En cambio, había impulsado la idea de ayudar a sus compañeros texanos y ahorrarle a la ciudad una gran cantidad de dinero durante los meses de invierno.

Pero como miembro del concejo municipal, tenía que lucir profesional incluso en estas reuniones “cerradas”. Así que se estremeció levemente con su blusa blanca favorita y sin chaqueta mientras escuchaba hablar a Tom Jones. Afortunadamente, la habitación no estaba demasiado fría; no estaban usando toda la sala del concejo sino solo una de las salas de conferencias laterales. Y con cinco miembros del concejo, además de Marcy, la secretaria del alcalde que también actuaba como registradora de las reuniones del concejo, había suficiente calor corporal para evitar que alguien se congelara demasiado.

Tom finalmente concluyó la reunión. «Así que hablé con Tim y Lucy y me dijeron que la Asociación de Agentes Inmobiliarios de Saint Cloud está más que lista para ayudar a los nuevos residentes que están llegando». Sonrió como si todo eso fuera gracias a él. «Además, hablé con la junta escolar y reconocen que, si bien el tamaño de las clases podría aumentar un poco, todavía estamos dentro de las pautas estatales y que pasarán algunos años hasta que los nuevos niños comiencen a engrosar las listas. Al parecer, muchos de estos...».

«Oh, sé directo, Tom», dijo Vance Henry, el concejal del Distrito 2 que había estado en el concejo desde antes de que Amelia estuviera en el jardín de infantes y que probablemente seguiría representando a los vecindarios trabajadores y de clase media baja de Northside durante mucho tiempo. otros cincuenta años si se dejaba llevar. «Son un grupo de fanáticos de las computadoras que en su mayoría son solteros y no tendrán bebés en mucho tiempo».

Hubo risas generales en la habitación, e incluso Amelia se unió antes de responder: «No lo sé, Vance. Uno de los hermanos Davis ya está casado, Simon Smith actúa como un adolescente enamorado y son los dos mejores fanáticos de las computadoras en Cloud 9. En cualquier momento podríamos tener una avalancha de niños pequeños saliendo del hospital».

«Hablando de eso, ¿hemos analizado qué impacto tendrán mil trabajadores nuevos y el aumento demográfico en los diversos servicios de la ciudad?», preguntó Duane Cortez, concejal del Distrito 4. A pesar de ser del distrito más cercano al de Amelia, los dos no podrían haber sido

más diferentes si lo hubieran intentado. El distrito de Duane era uno de los más pequeños desde el punto de vista terrestre y comprendía el centro de Saint Cloud antes de rodear el área conocida como Depot, la antigua zona de la estación de tren que todavía era la sección más industrializada de la ciudad. Como tal, Duane se centraba principalmente en los negocios.

La representación de Amelia de Dusty Bend y Wine Country era muy, muy diferente. Geográficamente vasta y con los prósperos viñedos de su distrito, seguro que tenía el ojo puesto en los negocios. Pero había muchas familias más pobres y de clase trabajadora en la parte de Dusty Bend de su distrito que la habían elegido en las votaciones para defenderlos a ellos, no a las compañías navieras.

«Bueno, como dije, la junta escolar no espera ningún gran aumento durante al menos tres a cinco años, así que le pedí a cada uno de los diferentes servicios de la ciudad que me hicieran una evaluación antes de Semana Santa», dijo Tom. «Yo diría que es tiempo suficiente para que ellos tengan una idea y de igual manera, tendríamos suficiente tiempo para que nosotros descubriéramos cómo vamos a abordarlo».

«Sobre eso», Amelia levantó la mano. Tom asintió y ella continuó. «Hablé con la contraloría, específicamente sobre la cantidad de impuestos que los nuevos residentes y, por supuesto, el mismo Cloud 9 Games traerán a la comunidad. Es una cantidad considerable».

«Que deberíamos devolverle a la gente», intervino Duane inmediatamente antes de que Amelia pudiera continuar. «Si reducimos los impuestos, podemos...».

«Espera, Duane», Tom Jones golpeó la mesa de conferencias con los nudillos en lugar de un mazo. «Ahora, ya sabes, no me importan algunas idas y venidas durante las reuniones a puerta cerrada, y podríamos relajar un poco las reglas, pero aquí no vamos a convertirnos en un canal de noticias por cable. Deja que Amelia termine y luego darás tu opinión».

Amelia asintió y continuó. «Si bien entiendo la tentación inmediata de reducir los impuestos, creo que una mejor manera de utilizar ese aumento de dinero es invertirlo en la comunidad. Saint Cloud va a crecer y debemos estar preparados para ello. Estoy segura de que los diferentes servicios de la ciudad harán sus estimaciones más específicas, pero por lo que ya tengo entendido, sobraré una parte considerable. Creo que deberíamos invertir el dinero en Saint Cloud iniciando un nuevo centro juvenil y programas para jóvenes».

«¿Un centro juvenil?», Duane se burló. «¿Y cuánto costará eso? ¿Millones al año?».

«Honestamente, no lo sé», Amelia apretó los dientes. Había estado tan ansiosa por llevar a cabo su idea que tuvo que admitir que había puesto el carro delante del caballo. «Lo verifiqué con algunos recursos en línea, pero dependerá del tamaño de la instalación que queramos construir y lo que pongamos a disposición allí».

«Aun así, podría ascender a millones de dólares», dijo Kimberly Johnson, y Amelia asintió, continuó, «es mucho dinero que mejor se podría devolver directamente a la gente. ¿Y un centro juvenil? ¿Realmente haría mucho por la población? No sé ustedes, pero no veo a muchos niños de Saint Cloud sentados sin nada que hacer».

«¿Te refieres a los niños que tienen los medios para hacerlo?», preguntó Amelia, apretando la mandíbula. «Sí, si queremos que las cosas sigan como están, con los niños de las familias que pueden hacerlo y tener logros mientras otros piensan que la única manera de conseguir una vida mejor es dejar Saint Cloud, no necesitamos un centro juvenil. Si eso es lo que queremos, entonces podemos seguir como estamos. Pero hay muchos avances en todo el mundo que Saint Cloud se está perdiendo porque nuestros niños no están preparados. Un centro juvenil garantizaría que cuando el próximo Cloud 9 llegue a la ciudad, encontrarían una población feliz, bien educada y saludable capaz de cubrir los puestos de trabajo que trae la empresa... y no

esperar a que nuestras oficinas de bienes raíces encuentren espacio para un grupo de gente nueva del exterior».

Desencadenó un debate que iba y venía, a veces acalorado. Si bien Duane rápidamente retrocedió detrás de su comportamiento taciturno normal, Amelia esperaba eso. El hombre era un infante de marina retirado, acostumbrado a decir su parte y luego su palabra se tomaba como ley. No estaba acostumbrado a que lo debatieran ni lo cuestionaran y, a menudo, Amelia podía convencerlo.

Pero Kim Johnson era otra historia. Ella misma, nativa de Saint Cloud, había ido a Austin para asistir a la Universidad de Texas antes de regresar a casa. También había aprendido a debatir en la universidad. Amelia podría respetar eso.

Pero Kim siempre presentaba problemas del lado opuesto de Amelia, y eso la volvía loca.

«Muchos padres ya se están quejando de cuánto nuestras escuelas están impulsando ideas educativas con las que algunos de los padres se sienten incómodos», dijo Kim. «¿Realmente estamos pensando en gastar un millón de dólares o más solo para que estos padres desconfíen aún más de nosotros? ¿Qué pasa con sus derechos como padres?».

«Kim, estamos hablando de tutorías de matemáticas después de la escuela, clases de ballet y deportes, no de adoctrinamiento», respondió Amelia. «Y nadie está obligando a los niños a ir, aunque a algunos de esos padres les vendría bien una patada rápida en el...».

«Creo que todos hemos dejado claros nuestro puntos», interrumpió Tom Jones a Amelia antes de que pudiera recibir otro billete de cinco dólares en el tarro de decir malas palabras del ayuntamiento. De todos modos, la mitad de los que estaban allí ya eran suyos. «Y podemos pasar toda la noche debatiendo esto si queremos. Pero seamos honestos, ninguno de nosotros tiene números ni cifras razonables, y hasta que los tengamos, simplemente estamos rumiando mientras mi cadera lentamente comienza a recordarme que necesito ponerle mi almohadilla térmica. Entonces, ¿qué tal si posponemos esto para más tarde?».

«De acuerdo», dijo Vance Henry. «Como sea, me estoy perdiendo mis momentos con mi esposa».

«Está bien, lo secundo. Amelia, ¿estarías dispuesta a retrasar esto unas cuantas reuniones hasta que tu idea esté más desarrollada?».

Amelia supo que no iba a ganar esa noche y suspiró. «Sí, seguro. Dejémoslo para luego..., por ahora».

«Bien», dijo Tom. «Ahora, ¿hay algún otro asunto nuevo que discutir antes de concluir? ¿No? Entonces, propongo que por esta noche levantemos la sesión.

La moción fue aprobada y la reunión terminó. Amelia regresó a su oficina para dejar sus notas en su escritorio cerrado con llave y tomar su mochila, preparándose para irse a casa. Estaba a punto de ponerse la chaqueta cuando un golpe en la puerta la hizo levantar la cabeza para ver a Tom Jones parado allí, ya listo para irse. «¿Te unes a mí para tomar una copa en el “Tap Room”?».

Amelia no era una gran bebedora, pero sabía que Tom no lo pedía estrictamente como un compañero de trabajo amigable. «¿Qué pasa con tu cadera?».

«El “Tap Room” es agradable y acogedor, y me vendría bien un trago», dijo Tom. «Y prometo que me llevarán a casa si tomo más de una cerveza. En el peor de los casos, le pediré a Steve Monk que me lleve a casa. Es mejor que el *sheriff* te lleve a casa en el asiento delantero que en el asiento trasero, ¿verdad?».

Amelia se rió entre dientes y se subió la cremallera de la chaqueta. «Te obligaré a cumplir con eso, ¿sabes? Vamos».

Salieron del Ayuntamiento, cruzaron la calle y bajaron por la cuadra hasta el “Tap Room”. Este era uno de los negocios privados más antiguos de la plaza del ayuntamiento, había sido el lugar favorito de agentes de policía, bomberos y otros trabajadores de la ciudad durante al menos tres generaciones. En su interior había un bar anticuado, nada lujoso, con reservados acolchados a lo largo de una pared y cinco mesas disponibles para aquellos que no querían ocupar la barra. La música era baja y generalmente suave, y se reproducía desde un sistema de sonido detrás de la barra que solo ocasionalmente aceptaba solicitudes del personal.

Si no fuera por los trabajadores de la ciudad que mantenían un flujo generalmente silencioso pero constante de clientes que entraban y salían por la puerta, Amelia dudaba que el “Tap Room” todavía estuviera abierto al público. Pero era tranquilo, privado y servía como un lugar donde los trabajadores de la ciudad podían descargar sus tensiones sin que el público los viera.

Y servían buenas papas fritas con chile.

«Creo que esta noche caminaré», dijo Amelia mientras Tammy, la mesera, traía dos jarras de cerveza. «Me vendría bien el aire fresco para relajarme».

«Eh, las he estado observando a ti y a Kimberly enfrentarse durante un par de ciclos electorales», dijo Tom con una sonrisa. «Mantienen la sala caliente en invierno».

«Pero intentas no tomar partido», señaló Amelia. «O al menos, no de manera consistente».

«Tienes razón, porque ambas tienen buenas ideas», dijo Tom. Antes de que Amelia pudiera protestar, él continuó. «Ahora mira, tú y yo sabemos que, si quisieran, ustedes dos podrían poner los nombres de los partidos en la parte posterior de sus títulos, y estarían en lados opuestos del pasillo. Lo entiendo. Llámame anticuado, pero no creo que Saint Cloud sea lo suficientemente grande como para que la gente sea partidista. En cambio, las miro a ustedes dos, jóvenes, y veo las dos caras de la misma moneda».

«¿La misma moneda?», preguntó Amelia. «Tom, ella es una privilegiada, una chica guapa de la frontera del país de las haciendas que...».

«Que cuando estuvo en el bachillerato de Saint Cloud High fue reina del baile de graduación, presidenta de la clase de último año, animadora principal y le hizo la competencia a Cassidy Norton como “Miss Teen Saint Cloud”», continuó Tom. «Mientras que, tres años después fuiste la reina del baile de graduación de Schneider High, podrías haber ganado la presidencia de la clase si hubieras querido y no participaste en “Miss Teen Saint Cloud”, porque eras... ¿Por qué estabas protestando de nuevo?».

«Por la naturaleza misógina de tener chicas adolescentes desfilando en trajes de baño para el griterío de los hombres y llamarlo un 'concurso de becas'», dijo Amelia con una sonrisa. «Sigo diciendo que tuve razón».

«Y yo sigo diciendo que, si hubieras entrado, Kimberly y tú probablemente habrían provocado su rivalidad incluso desde aquel entonces», dijo Tom. «Porque son más parecidas que diferentes. Ambas quieren que Saint Cloud sea mejor. Ahora, si me lo preguntas en privado, me gusta tu idea».

«Entonces, ¿por qué no me apoyaste?», preguntó Amelia, y Tom levantó una ceja. «No habría ganado».

«No lo habrías logrado con lo que trajiste esta noche, Amelia», dijo Tom. «Has tenido buenas ideas desde... bueno, desde que te postulaste por primera vez para el concejo municipal. Pero no eres muy hábil en la ejecución política. No interpretaste bien la situación esta noche. Ahora bien, no hay manera de que Duane apoye un centro juvenil. Probablemente puedas contar a los jóvenes de su distrito con los dedos, y cualquier propuesta para nuevos gastos de la ciudad no la convencerá».

«Eso deja a Vance Henry y a ti», señaló Amelia esperanzada. «Eso hace tres a dos».

«Excepto que sé que Vance le debe algunos favores a Kimberly», respondió Tom. «Las discusiones presupuestarios del año pasado fueron bastante intensas, si lo recuerdas, además de que Kim hizo algunos intercambios con Vance. Entonces, lo más probable es que, si no pules tu idea y encuentras una manera de poner a Kimberly de tu lado, te encontrarás en el lado equivocado de una división de tres a dos. O tal vez cuatro a uno, para ser honesto».

Amelia asintió, comprendiendo lo que Tom estaba diciendo. Si bien Tom podría haberla apoyado en espíritu, era un político de principio a fin. No iba a morir en una colina en la que no tenía posibilidades de ganar. Y como alcalde, siempre era el último en emitir su voto en cualquier asunto del concejo.

«Entonces, ¿qué me recomiendas hacer?», preguntó Amelia. «Tom, esto... esto no es como los calentadores y el aire acondicionado del ayuntamiento. Quiero ganar aquí. Significa mucho para mí».

«Estoy seguro de que sí», dijo Tom. Tomó un sorbo de su cerveza, pensando antes de asentir para sí mismo. «Está bien, esto es lo que debes hacer. Búscate alguien que pueda ayudarte a elaborar la propuesta. Alguien que tenga experiencia que se permita pensar como Kim Johnson. Encuentra una manera de dejarle claro que este proyecto de centro juvenil es lo que está deseando. Será bueno para *su* visión de Saint Cloud, no solo para la tuya».

«Así que debo darle un giro», Amelia suspiró, «sabes que no me gusta eso».

Tom asintió y volvió a tomar un sorbo de cerveza. «¿Recuerdas, justo después de ser elegida por primera vez, cómo Irene Bronson llegó al concejo en busca de dinero para un nuevo camión bomba para el departamento de bomberos?».

Amelia asintió. «Lo recuerdo».

«Ahora bien, esto fue antes de que Duane estuviera en el concejo, pero el viejo Mike Barnes era aún más un viejo testarudo», dijo Tom. «No votaría por ningún gasto nuevo a menos que fuera absolutamente necesario. ¿Y yo? Yo estaba del lado de la jefa de bomberos. Ella necesita un buen equipo. Dios sabe que hace tanto calor por aquí en verano que el peligro de incendio está latente. Probablemente también podría haberlo logrado. Sé que estabas de mi lado y Vance se habría puesto de mi lado. Él mismo es parte del departamento auxiliar».

«¿En serio?».

«Es demasiado mayor para responder a cualquier otra cosa que no sea el control de tráfico y charlar en las comidas al aire libre, pero sí», dijo Tom, «le encanta jugar con cualquier juguete nuevo que Irene también pueda tener en sus manos. Así que probablemente podría haberlo logrado. Pero en lugar de eso, busqué una manera de incorporar a Mike Barnes. Al final, fue fácil. Un nuevo camión aumentó la capacidad de respuesta del Departamento de Bomberos de Saint Cloud, lo que redujo el índice de peligro de incendio para la ciudad, provocando primas de seguro contra incendios más bajas para aquellos industriales con los que Mike y, ahora Duane, están tan en deuda».

«Suena como una situación en la que todos ganan».

«Lo fue», estuvo de acuerdo Tom. «En realidad, nos costó un poco más porque tuve que hacer que Irene solicitara un camión más grande del que inicialmente quería, un camión tipo 'hazlo todo' que es excesivo para un incendio en una casa de un solo piso en el lado norte y que podría tomar un pequeño golpe a la suspensión si tuviera que responder a la región vinícola... pero haría un gran trabajo si alguna vez se produjera un gran incendio en el área de Depot».

Amelia lo pensó y luego se echó a reír. «Supongo que es bueno que ahora también tengamos ese camión. Tenemos esta gran empresa de juegos con mil personas, y Dios sabe cuántas

computadoras se encuentran en el borde de Dusty Bend y de Depot. Un incendio eléctrico allí podría ser una antorcha enorme que convertiría a Dusty Bend en el Chicago de antaño. Te hace parecer casi psíquico».

Tom le guiñó un ojo. «No es inusual».

Amelia gimió ante el viejo y terrible juego de palabras de campaña de Tom Jones, y él se echó a reír. Terminaron sus cervezas y Amelia dejó su tarro. «Gracias, Tom. Por guiarme».

«Como dije, creo que tú y Kim Johnson son inteligentes y capaces. Me jubilo y ustedes son la próxima generación de líderes que creo que tomarán las riendas. Y con cualquiera de ustedes que ocupe la alcaldía, la ciudad estará en buenas manos. Así que sí, te guiaré en lo que pueda. Gracias por dejarme escucharte un rato... y por invitarle una cerveza a un viejo alcalde».

Amelia se rió, recostándose en su silla. «Eres un perro astuto, ¿no? Bien, esta noche corre por mi cuenta. Con una condición».

«¿Qué?».

«¿Tienes más historias de mentoría que puedas contarme mientras disfrutamos de nuestra segunda y última cerveza?».

«Y cuando quedan tres minutos en el tercer cuarto, parece que nos hemos ganado una paliza». El locutor de la televisión parecía un poco decepcionado. Brian podía entenderlo. Se suponía que este sería un juego de playoffs competitivo, excelente para los ratings y el drama. Pero un mal paso de un corredor estrella en el primer cuarto y la ofensiva de los visitantes quedó paralizada. Ahora, con una diferencia de cuatro touchdowns, todo había terminado, pero el equipo local intentaba evitar lesiones de cara a la siguiente ronda de los playoffs.

Brian apagó la televisión y suspiró. Los sábados de enero en Saint Cloud eran aburridos. Andrew estaba en la ciudad buscando algo nuevo. Dylan y su amigo Matt Miller probablemente estaban en el granero, usando el equipo del gimnasio para ponerse en forma. Habían convertido el granero en una especie de “cueva de hombres” para pasar el invierno.

Esa no era la onda de Brian. No es que no apreciara mantenerse en forma, pero sabía que Dylan y Matt estaban dedicados al entrenamiento entre amigos, trabajando en los músculos estéticamente atractivos, que su labor entre semana en el rancho no permitía que se desarrollaran adecuadamente.

Básicamente, estaban entrenando para intentar lucir bien para las chicas.

De nuevo, eso no era lo de Brian. Se mantenía en forma, pero no intentaba impresionar a nadie con sus bíceps.

Ahora, había una cosa que podía hacer. Subió a su habitación, abrió su armario y empujó su ropa de trabajo al otro extremo de la barra, dejando al descubierto la estrecha pero muy segura caja fuerte que había allí. Arrodillándose, usó su huella digital y luego una contraseña de cuatro dígitos para abrir la caja fuerte y retirar los artículos del interior.

El rifle objetivo no era el más poderoso del mundo. De hecho, era solo un pequeño rifle calibre .22 largo, un “rifle de bebé”, según la estimación de la mayoría de la gente. Pero lo que le faltaba al rifle en potencia, lo compensaba en precisión.

La obsesión de Brian había comenzado cuando era solo un niño pequeño, viendo una película en la televisión con su padre. Sus otros hermanos no estaban interesados, pero sentarse allí con papá, observar cómo el personaje en la pantalla disparaba balas aparentemente a través del ojo de una aguja, había sido fascinante.

«¿Cómo hacen eso, papá?», le preguntó a su padre. «La última vez que saliste a disparar, dijiste que apenas podías dar en el blanco».

«Es una habilidad que se aprende, hijo», había respondido su padre, revolviendo el cabello de Brian, sin importarle el golpe a su ego. «Se necesita ser capaz de despejar tu mente de todo, simplemente apagar todo excepto tú, el rifle en tus manos y tu objetivo. Supongo que el mismo tipo de concentración que tienen los tiradores y arqueros olímpicos».

«¿Y tú no lo tienes?», Brian había preguntado descaradamente, sonriendo alrededor del borde de su botella de Coca-Cola. «¿Por qué?».

«Cuatro hijos te harán eso...».

A partir de ese día, Brian estuvo obsesionado con el tiro al blanco. Ni como francotirador, ni como de caza. Solo tiro al blanco. Cuando “*Big Sky Adventures*” enriqueció a la familia Davis, utilizó una parte de su primer pago para comprar esta combinación de arte, ciencia, ingeniería y artesanía. Con un cañón pesado, una culata compuesta hecha a medida, una mira telescópica de doce aumentos y más, era quizás el rifle veintidós más preciso de todo Texas.

Comprobando que tenía todos sus materiales en su maletín de transporte, bajó las escaleras, se puso una cálida chaqueta de piloto y se calzó las botas de montaña que prefería para recorrer el rancho. Una caminata de diez minutos más tarde lo encontró en su campo de tiro, un espacio natural con una colina arenosa detrás que le servía de telón de fondo de seguridad. Estaba cerca del final de la parte “tierra de Davis” del rancho Cloud 9. Más allá de la cima de la colina había un terreno alquilado al rancho “Bar-X”, con una cerca de alambre de púas para garantizar que todos supieran que debían mantenerse ellos y su ganado alejados de la pendiente arenosa razonablemente empinada.

Lo primero es lo primero, pensó Brian, abriendo su estuche y sacando el banderín naranja brillante del interior. Llevándolo junto con una pequeña lata de pintura en aerosol, caminó hasta el final del campo y subió el banderín al mástil. Visible para todos a una distancia de hasta casi un kilómetro; no solo los de “Cloud 9”, sino también los ranchos vecinos “Bar-X” y “Happy W”, sabían que, si la bandera de Brian estaba izada, iba a disparar, y el campo de tiro estaba “peligroso”.

La seguridad es lo primero, lo último y lo de siempre.

Luego, se dirigió a los pesados marcos de madera que servían como soporte principal para su objetivo. Pintados de verde fluorescente, facilitaban un poco su tarea, y verificó el estado de su objetivo metálico giratorio frente a él, aplicando una nueva capa de pintura en aerosol negra en las caras para darle una buena imagen visual.

Regresó a su puesto de tiro y Brian respiró hondo para calmarse y aclarar su mente mientras hacía el resto de sus preparativos antes de subir a la plataforma de madera para un solo hombre, que también había construido. Cumplía dos propósitos. Primero, le daba una posición de disparo mejor y más limpia que estar tirado en el suelo. En segundo lugar, sabía exactamente a qué distancia estaba de su objetivo, lo que aumentaba un poco más sus posibilidades.

Sus primeros disparos fueron, en su opinión, una mierda. Siempre era un desafío ser preciso en estos rangos, y el frío invernal jugaba no solo con él sino también con el rifle. El gatillo respondía un poco menos, la culata no era tan absorbente al principio y, después de vaciar su arma, se sintió frustrado. Solo había escuchado tres “chas” en el objetivo de metal, y cuando salió a comprobarlo, vio que no era la brisa. Solo había tres marcas recientes en la pintura.

«Supongo que no estás listo para los Juegos Olímpicos en el corto plazo», se reprendió a sí mismo, sacudiendo la cabeza y enderezando el objetivo giratorio. Metiendo las manos en los bolsillos, caminó hacia atrás y volvió a su posición, aclarando su mente.

Y sintió que la magia volvía a ocurrir. Con cada respiración parcial, desechaba pensamientos sobre el mundo exterior. Su trabajo en la empresa desapareció. Su entusiasmo por Chris y Cassidy se desvaneció. Incluso los pensamientos sobre el tiempo y el rifle quedaron en el camino. Pronto no quedó nada más que él, su cuerpo, su ojo enfocado en la mira y el objetivo.

Con un movimiento que surgió más del pensamiento que del músculo, su dedo índice acarició el sensible gatillo, y con un pequeño crujido que apenas se transmitió a través del aire

frío, una bala voló hacia abajo... “chas”.

Nada mal.

Brian siguió disparando grupos de cinco tiros cada vez. *Chas... chas... chas... chas*. Fue en su tercer grupo que escuchó el estruendo de un pequeño motor atravesando su estado meditativo. Tomando un descanso, limpió su rifle antes de dejarlo a un lado justo cuando su hermano llegó ruidosamente en uno de los nuevos cuatrimotos del rancho. Carros de golf motorizados de gran tamaño, eran pequeños vehículos de trabajo útiles para recorrer el rancho, y Brian no culpó a Andrew por conducir hasta allí. Era una buena caminata.

Sin embargo, se sorprendió cuando vio que Andrew tenía a alguien con él, y casi se quedó boquiabierto cuando vio quién era. Amelia Hernandez, que parecía como si nunca la hubiera visto antes con un par de jeans, una chaqueta de algodón y botas que se parecían inquietantemente a las de Brian.

«¿Cómo van los tiros?», Andrew preguntó mientras se detenía y salía de su camino. «Hace un poco de frío, ¿no?».

«Me adapto», dijo Brian. «Señorita Hernandez, no esperaba encontrarte en mi medio acre trasero un sábado».

«Bueno, iba a llamar a tu hermano el lunes, pero me encontré con él mientras estábamos comprando zapatos», dijo Amelia. «Y decidí aprovechar el momento».

«Amelia tiene un problema y pensó que podríamos ayudarla», explicó Andrew. «Políticamente. Creo que su idea es genial, pero lo que necesita está más acorde con tus habilidades. Y dado que ella ha sido de gran ayuda para facilitar nuestra transición a Saint Cloud, creo que solo podemos devolverle el favor ayudándola en esto. ¿Qué dices?».

«Al menos puedo escuchar», dijo Brian. «¿Te importaría quedarse aquí un rato, señorita Hernandez?».

«Claro», dijo Amelia, y Andrew sonrió. «Gracias, Andrew».

«No hay problema, Amelia. Creo que volveré a casa y guardaré mis compras». Andrew volvió al carro y se fue, dejando a Brian y Amelia de pie en la noche clara.

No estaba realmente seguro de qué decir. La luz de la tarde hacía que su piel brillara ligeramente y la brisa súper ligera jugaba con su cabello, que nuevamente colgaba suelto y largo sobre sus hombros, enmarcando su rostro y haciéndola lucir aún más hermosa.

Finalmente, se aclaró la garganta. «Tienes buen gusto para las chaquetas».

«Um, gracias», Amelia miró lo que llevaba puesto. «Simplemente me gusta usar ropa orgánica, no... bueno, de plástico. Antes de contarte sobre esto, ¿puedo pedirte algo?».

«Seguro».

«¿Puedes olvidar eso de ‘señorita Hernandez’?», preguntó ella. «Aprecio que seas educado, pero prefiero que me llames Amelia».

«Claro», dijo Brian. «Entonces dime, ¿qué tienes en mente?».

«Cloud 9 está atrayendo a mucha gente, muchos empleos... y mucho dinero para el pueblo», dijo Amelia, y Brian asintió. Eso no le sorprendió en absoluto. «Quiero tomar parte de ese dinero y usarlo para financiar un centro juvenil aquí. Pero ahora mismo me enfrento a un voto en mi contra. Quiero cambiar eso».

«Quizás estés librando una batalla perdida», dijo Brian y se rió entre dientes cuando vio la determinación en los ojos de Amelia. «Ahora finalmente entiendo ese apodo tuyo del que nos habló Simon».

«Quijote del Alba, lista y dispuesta a luchar», respondió Amelia un poco acaloradamente. «Eso no es malo, Brian».

«No, supongo que no lo es», Brian se dio la vuelta y se dirigió a la plataforma de tiro. Levantando su rifle, verificó dos veces que la recámara estuviera vacía antes de dejarla abierta y descargada, sin poder disparar. «A veces hay que disparar».

«Yo... ¿podrías por favor no hacer eso?», preguntó Amelia, y Brian hizo una pausa y se dio la vuelta. «Tu... arma».

«No eres fanática, ¿eh?», preguntó Brian y Amelia asintió. «¿Te importa compartir por qué? Bastante raro en esta parte de Texas».

«Lo sé, y..., mira, sé que las armas tienen sus propósitos», dijo Amelia. «Y mucha gente buena en Saint Cloud las tiene. En Texas son prácticamente una forma de vida. Yo, simplemente... las odio, ¿de acuerdo? Se utilizan con demasiada frecuencia por malas razones».

«Mmm», Brian decidió que necesitaba explicar algunas cosas y aclarar otras más. «Acompáñame, si no te importa».

Brian empezó a caminar y Amelia lo siguió, mirándolo con curiosidad mientras caminaba. «Entiendo lo que quieres decir», dijo mientras subían por el campo de tiro. «Hay demasiados idiotas por ahí andando con armas y luego culpando a todos menos a ellos mismos cuando las cosas van mal».

«Cierto».

«Obviamente no puedo hablar por todos en Saint Cloud», dijo Brian mientras se acercaban al objetivo. «Pero nunca he disparado nada más que esto o a blancos de papel. Para mí se trata de intentar superar los límites de la máquina y de uno mismo para hacer algo que no mucha gente puede hacer».

«¿Qué quieres decir?».

«Mi rifle es calibre veintidós», explicó Brian, señalando los golpes recientes en el objetivo negro. A esta altura, ni siquiera abollaron el metal, solo rayaron la pintura y dejaron pequeños trozos de plomo. «Realmente se supone que no debes tener precisión más allá de unos cien metros aproximadamente. Hago tiros a ciento sesenta metros».

«Es un largo camino», admitió Amelia. «¿Y prometes que nunca... has disparado a nada con él?».

«¿Te refieres a dispararle al azar a conejos o ardillas?» preguntó Brian y Amelia asintió. «Nunca. No les guardo rencor a Carl y Tim Norton por hacerlo a los conejos en Wine Country, pero eso no es lo mío».

«¿Y tú no... accionas muchas veces tu rifle?».

Brian echó la cabeza hacia atrás, riendo. «Déjame mostrarte mi rifle más de cerca. Verás por qué me río», dijo después de un momento. Regresaron y Brian tomó con cuidado su rifle antes de demostrarle a Amelia cómo funcionaba. «Tiene acción de cerrojo y solo puedo cargar cinco balas a la vez. Un disparo en cada ocasión, y tengo que quitar la mano del gatillo en cada tiro para pasar una nueva bala a la recámara. Mi ‘accionar’ se parece más a gente mayor sudando al ritmo de los viejos».

Brian le enseñó a Amelia; ella observaba atentamente mientras él accionaba su rifle y respiró hondo cuando terminó. «Bueno. Yo... te pido disculpas por asumir algo sobre ti o por dar la sensación de que no eres quien dices ser».

Brian sonrió. «Disculpa aceptada y gracias. Ahora, en cuanto a quién soy... bueno, ¿qué tal si me cuentas tu idea mientras guardo mi rifle? De todos modos, no puedo disparar mientras mantengo una conversación».

Amelia habló mientras Brian primero guardaba su rifle en su estuche antes de caminar nuevamente hacia el otro extremo del campo de tiro. Ella observó cómo él bajaba la bandera

naranja y la guardaba en su bolsillo. Mientras escuchaba, asintió. «Está bien, entonces no estás tratando de vender esta idea a la población en general».

«Finalmente, pero eso será más tarde», admitió Amelia. «Ahora mismo necesito incorporar a Kim Johnson. Y para ser honesta, por todo lo que me dijo Tom Jones, siento que Kim y yo estamos en planetas diferentes. Intento hablar con ella y... bueno, terminamos chocando».

«Y, sin embargo, tengo la impresión de que chocar no te detiene tan a menudo», señaló Brian, y Amelia se rió. «¿Me equivoco?».

«Sigue trabajando conmigo, Brian, y descubrirás lo dura que puede ser mi cabeza».

Brian asintió y sonrió. «Así que ese es tu secreto», dijo él, y cuando ella levantó una ceja, él se rió entre dientes. «¿Cómo puedes mantener un cutis impecable y una apariencia tan deslumbrante? Eres un androide».

Amelia resopló, sonrojándose ligeramente. Se portaba lindo con ella. «Gracias... aunque se escuche un poco misógino. Se supone que debes apreciar mi mente».

«Oh, hasta ahora, eso también me gusta».

«Buenas noches», dijo Amelia cuando Brian salió de su auto. Era una de las cosas que lo hacía diferente del resto de los Davis y, en realidad, de la mayoría de los hombres de Saint Cloud.

Brian Davis conducía un cupé deportivo BMW en azul real, no una camioneta ni un SUV. Y se veía muy guapo con su traje, su pecho naturalmente ancho y sus ojos hundidos parecían particularmente penetrantes. «Gracias por invitarme», Brian presionó el botón de bloqueo de su control remoto y guardó las llaves de su auto. «Pero, ¿no tienes una oficina?».

«Oh, la tengo». Amelia se encogió de hombros. «Pero la regla número uno de la política de Saint Cloud: si quieres hacer algo sin que el resto del concejo lo escuche, no uses tu oficina. Todos tienen el mismo sistema de ventilación en el invierno. Ni siquiera necesitamos preguntar para saber qué comen todos en el almuerzo. Está lindo tu BMW Beamer».

Brian miró su coche y asintió. «Gracias. Con suerte, podremos instalar rápidamente el primer banco de paneles solares en el rancho; eso ayudará con esto».

«¿Es eléctrico?», preguntó Amelia y Brian negó con la cabeza. «Híbrido».

«Bien», dijo Brian. «Entonces... ¿aquí vives?».

«Sí», Amelia miró por encima del hombro. «Déjame darte el gran recorrido. No debería tomar más de dos minutos, mientras te quitas el saco del traje. No quiero ninguna formalidad en mi apartamento, sin ofender».

«No lo haces. Como sea, lo estoy usando por el viento». Brian siguió a Amelia escaleras arriba al costado del edificio cuadrado. «Seré honesto, no pensé que el ayuntamiento pagara tan poco para vivir en entornos tan... económicos».

Amelia arqueó una ceja. «¿Estás hablando mal de la propiedad de mi familia?».

«¿Qué?», Brian se dio cuenta de que acababa de decir algo incorrecto. «Oh, no. Solo que...».

«Relájate, Brian», dijo Amelia. «Sé lo que es este lugar. Deja que te lo muestre».

Abrió la puerta y entró, encendiendo las luces mientras lo hacía. Sabía que su apartamento era relativamente sencillo, pero en realidad era todo lo que necesitaba. Pero aún así, traer a alguien era un gran paso para ella y estaba un poco nerviosa cuando Brian miró a su alrededor. «Es práctico», dijo él finalmente. «Bueno para una mujer soltera. ¿Disculpa si estoy haciendo una suposición?».

«No, sí estoy soltera», respondió Amelia con una pequeña sonrisa. «Y, gracias. Se siente extraño vivir en un estudio adjunto sobre la antigua tienda de mi familia cuando todos los demás del concejo tienen una casa bonita, pero yo andaría dando tumbos en un lugar normal. Además, aunque las reglas no lo exigen, me gusta vivir en el distrito que represento. Todos en Dusty Bend

saben que, si necesitan ponerse en contacto conmigo, pueden venir a la “Carnicería Hernandez”».

«¿Es eso lo que está abajo?», preguntó Brian. «Parecía cerrado».

«Lo está», Amelia respiró hondo. Sabía que eventualmente llegaría a eso. «Mira, déjame mostrarte el resto».

Ella lo llevó a otra puerta grande y la abrió. «Esto solía ser una sala de almacenamiento y una oficina». Señaló hacia el gran espacio vacío. «Sigo diciendo que lo convertiré en un dormitorio y que tendré dos habitaciones reales para vivir, pero nunca lo hago».

«Sería un dormitorio grande», señaló Brian. «Y único, creo. ¿Entonces supongo que las escaleras de allí conducen a la tienda?».

«Sí. Vamos, te lo mostraré», Amelia lo guió hacia abajo. «Supongo que debería haberte traído por aquí, pero no me gusta bajar aquí a menos que sea necesario. Yo..., está bien, es hora de contar cuentos con Amelia Hernandez, si no te importa».

«En absoluto», dijo Brian. Llegaron a la tienda principal y Amelia encendió las luces, revelando el espacio vacío. Todo el equipo había desaparecido, aunque si se fijaban bien, todavía podían ver los fantasmas en el suelo donde solía estar la gran sierra de cinta, o las vitrinas doblemente refrigeradas donde su familia exhibía sus productos.

«En esa esquina era donde mi mamá y mi tía hacían el chorizo que vendíamos como nuestra especialidad», Amelia sonrió. «Todo el mundo siempre se preguntaba cómo eran capaces de hacer dos sabores diferentes que fueran tan buenos. El secreto era que mamá hacía uno y Tía hacía el otro».

«¿Compartían recetas entre ellas?», preguntó Brian, y Amelia hizo un movimiento con su cabeza. «Suenan bien», añadió él.

«Durante casi cincuenta años, la Carnicería Hernandez fue un elemento fijo en Saint Cloud», Amelia miró a su alrededor. «Incluso en los días en que alguien con un apellido como el mío no podía vivir en Northside o en Ranch Country a menos que fuera un trabajador que viviera en los barracones, el nombre de Hernandez estaba aquí, orgulloso en Dusty Bend. Hasta... el tiroteo».

«¿Tiroteo?», preguntó Brian y Amelia asintió. Se giró, con el rostro lleno de preocupación. «¿Qué pasó?».

«Era mi último año de universidad. Estaba cursando una de esas carreras mixtas en las que podía estar en casa cinco días a la semana mientras estaba en Austin dos días para tomar clases. Estaba muy orgullosa de ser la primera Hernandez en ir a la universidad, ¿sabes a qué me refiero?», Amelia dijo suavemente, mirando hacia donde sabía que había sucedido. «El tipo estaba drogado, dijeron. Entró con una pistola para robar la caja registradora. Mi tío y mi papá estaban limpiando para terminar la noche y preparándose para el día siguiente. Papá dijo que el tipo empezó a enloquecer y.... disparó».

Brian hizo una mueca. «Lo siento, Amelia».

«Al final, mi tío estaba muerto y el hombro izquierdo de mi papá, lisiado». Amelia se aclaró la garganta. «¿Y sabes qué es lo que más dolió? Cuando se supo la noticia, los troles en línea comenzaron a hacer acusaciones sobre mi familia. Quiénes éramos, de dónde veníamos, adónde teníamos que regresar. Brian, mi familia ha vivido en Saint Cloud durante generaciones. Nací en el hospital Saint Cloud General, y que esa gente... Como sea, me enojó. Terminé la carrera y ese mismo año me postulé para el ayuntamiento. Desde entonces, he estado esforzándome demasiado para ayudar a la gente de Saint Cloud».

«¿Dónde está tu familia ahora?», preguntó Brian. «¿Supongo que cerraron después del tiroteo?».

«Lo hicieron», dijo Amelia. «Mamá tiene familia que vive en Utah, y el tirador... Su familia reaccionó generosamente. Al parecer, tenían dinero. En fin, es por eso que odio tanto las armas. Pero después el resto de mi familia no se quedó. No me culparon por quedarme, pero vendieron sus casas y siguieron a mi madre».

Brian asintió y caminó hacia donde Amelia había estado mirando, agachándose. Sabía que en los años transcurridos desde el asesinato las manchas de sangre se habían desvanecido, el lugar había sido fregado y limpiado tantas veces después del crimen que no quedaba nada. De hecho, ella misma había hecho gran parte de esa limpieza.

Pero de alguna manera Brian lo sabía. «Amelia, antes de ponernos a trabajar en el proyecto juvenil, diré algo». Apoyó los codos en las rodillas mientras miraba al suelo. «Tengo un rifle. Y disfruto disparar. Entiendo lo que algunas personas dicen sobre ellos, en ambas posturas. Creo que siempre habrá necesidad de ellos a nivel social. Pero si pudiera traer de vuelta a tu tío, arreglar el hombro de tu padre, felizmente dejaría mi rifle y comenzaría... no sé, a aprender a usar una honda o algo así».

Él la miró y Amelia sintió la verdad en sus ojos. «Gracias», dijo en voz baja. «Pero como dije el otro día, entiendo que deben existir. Simplemente odio que existan. O tal vez odio las razones por las que tienen que existir».

«En eso, tú y yo estamos totalmente de acuerdo», dijo Brian. Él se puso de pie y, por un instante, Amelia pensó que iba a extender la mano y tocarla. En ese momento, ella lo habría dejado, pero en lugar de eso, él se aclaró la garganta y se metió la mano en el bolsillo. «Entonces, busquemos algunas áreas nuevas en las que podamos estar totalmente de acuerdo para este centro juvenil. ¿Dónde te gustaría trabajar? ¿Y te importa si pido una pizza o algo así? Vengo directamente de la oficina y me muero de hambre».

«Puedo preparar una pizza», admitió Amelia, «y en realidad estaba pensando en usar ese espacio vacío de arriba. Y para esta noche, puedo conseguir una mesa si quieres».

«Buena idea», Brian se volvió y subió las escaleras. Mientras Amelia sacaba una silla y un taburete de su sala de estar, Brian pidió la pizza. Mientras esperaban, hablaron. «Entonces, antes de abordar las ideas de centros juveniles, creo que debemos abordar tu mayor desafío. Hablar con tu audiencia».

Amelia abrió la boca para discutir, pero luego se detuvo. «Continúa».

«Anoche estuve investigando lo que pude sobre Kim Johnson y recordando lo que sé sobre ella desde las veces que vino al rancho», dijo Brian. «Después de todo, el rancho de mi familia está en su distrito. Ahora, por lo que me acabas de decir, creo que me estoy haciendo una idea. Tu primer trabajo “real a tiempo completo” fue postularte para el concejo municipal, ¿no?».

«¡A tiempo completo!», Amelia gruñó. «Trabajaba abajo los fines de semana cuando tenía trece años, y en la escuela secundaria trabajaba un promedio de veinte horas a la semana además de todas las cosas que hacía en la escuela. Los veranos, ¡era trabajo de tiempo completo!».

«Lo entiendo, pero mucha gente no», dijo Brian. «Recuerda que yo también trabajo en una empresa familiar. Lo nuestro, simplemente es... más grande».

Amelia resopló y su ira se calmó. «Un poco».

«Pero los primeros dos años, trabajaba sesenta o setenta horas a la semana por lo que básicamente eran acciones de la empresa representadas en documentos que parecían simples hojas de papel de impresora», dijo Brian. «Me pagaban con acciones que básicamente no valían nada. Creo que le estaba pagando a la empresa un centavo por acción y, a cambio, me pagaban una compensación diferida por mi trabajo de relaciones públicas».

Amelia se rió. «Supongo que estás contento de que las acciones subieran de valor».

«Oh sí», Brian se rió. «Pero mi punto es que así es como te ven Kim y tal vez algunos de los demás en la ciudad. La tinta de tu título apenas se había secado y te postulabas para el concejo municipal. No digo que no esté justificado y, dado que has sido reelegida, obviamente sabes cómo ayudar a la gente de Dusty Bend. Pero tienes un fallo en la comunicación».

«Yo solo...», Amelia comenzó y luego hizo una pausa. No era así como esperaba que fuera el trabajo. Se estaban centrando en ella y no en la idea del centro juvenil. «No consigo muchas victorias en el concejo. Mucho de lo que he podido hacer para ayudar a Dusty Bend ha sido fuera de los acuerdos laborales. Como lo que hice con Chris y Andrew, sobre conseguir que tu familia considerara Dusty Bend en lugar de gastar un par de millones en construir un campus tecnológico gigante y feo en tu rancho.

«Fue un buen argumento».

«Pero cuando se trata de que el ayuntamiento apruebe mis ideas, he perdido mucho más de lo que he ganado», admitió Amelia. «Creo que tengo el récord actual de estar en el lado perdedor por cuatro votos a uno. Y casi todas mis victorias han sido por unirme a otro miembro del concejo».

«Déjame preguntarte», dijo Brian, «¿esto es para el pueblo? O, ¿porque quieres ganar?».

«¡El pueblo!», Amelia dijo acaloradamente. «Brian, si solo quisiera ganar un par de propuestas, ofrecería cosas tontas como cambiar el nombre de la oficina de correos por el de algún héroe local o nombrar abril el “Mes de la Herencia de Saint Cloud” o alguna otra tontería. Pero los niños pueden aprovechar el centro que estoy proponiendo. El pueblo puede usarlo. En todo caso, tu empresa podría usarlo porque significará que el próximo grupo de empleados que busques no tendrá que ser importado desde muy lejos y podrá ser contratado aquí en Saint Cloud».

Brian chasqueó los dedos y sonrió. «Eso es lo que me gusta ver. Muéstrame esa pasión, Amelia. Muéstrame cuánto significa, pero ahora simplemente modifiquemos la forma en que *presentes* esa pasión a Kim Johnson».

Afuera sonó una bocina y Brian se apresuró a abrir la puerta y bajar las escaleras para coger la pizza. Cuando regresó, tenía una caja enorme en sus manos, junto con dos botellas de refresco. «En caso de que quieras sobras».

Amelia se rió entre dientes. «Está bien, entonces comamos y hablemos».

«Bien. Ahora, ¿qué detalles del plan has elaborado desde que estuviste en el rancho?».

Amelia suspiró y sacó un trozo de pizza. «Todavía no estoy segura de eso». Cuando Brian no dijo nada, ella lo miró y vio decepción en su rostro. «¿Qué?».

«Amelia, puede que sea un especialista en publicidad, uno en relaciones públicas, pero la mejor manera de hacerlo es cuando tienes todos tus asuntos en orden y todos los detalles resueltos», dijo Brian. «No obtienes victorias porque no puedes simplemente proponer algo como, 'Oye, esto podría ser genial', como si estuvieras sentada un sábado por la noche y llamando a tus amigas cuando sientes la necesidad de salir. Las políticas no llegan a ninguna parte diciendo, 'Improviseemos'. ¿Aún no te has dado cuenta de eso?».

«¡Oye, he hecho cosas de esa manera!», Amelia respondió acaloradamente. «¿Crees que planeé todo cuando hablé con tu hermano y preparé ese café en casa de Cassidy?».

«No, pero como dijiste, eso puede funcionar de forma privada. Haces de casamentera, unes a las personas y les dejas resolver el resto», dijo Brian. «¡Eso no funciona para propuestas de políticas a escala de todo el pueblo!».

«¡Funciona!».

«¡Sí, si quieres seguir siendo una concejal ineficaz!», Brian respondió. ¿Estaban discutiendo?

Amelia estaba segura de que así era y, para ser sincera, no le gustaba. «¡Tienes *que* adaptarte a las personas con las que intentas comunicarte!».

«¿Por qué? ¿Para poder ser otro político?», dijo Amelia. «¡Olvídalo!».

«¡No, porque sé lo que has hecho!», Brian respondió. Al oír su voz creciente, respiró hondo para calmarse. «Amelia, sé lo que has hecho. Cassidy me ha dicho lo buena que has sido con Dusty Bend. Cómo has ayudado a la región de los viñedos y cómo eres buena para Saint Cloud. He visto cómo has ayudado a mi familia y a nuestra empresa. Ahora déjame ayudarte a hacer esto para todo el pueblo. Puede que no sea divertido y seguro que no será fácil. Pero creo que nosotros podemos hacerlo».

«¿Nosotros?», preguntó Amelia y Brian asintió, sonriendo un poco. «¿Y eso por qué?».

«Porque eres mucho más de lo que tus detractores creen», dijo Brian, sonriendo mientras doblaba su porción de pizza por la mitad. «Y me gustan los desafíos».

Dio un mordisco a la pizza y Amelia le devolvió la sonrisa. No estaba segura, pero no creía que en eso último estuviera hablando de la propuesta del centro juvenil.

«Buenos días», al día siguiente Brian saludó a Amelia cuando se detuvo nuevamente frente a su edificio. Hoy estaba vestido de una manera mucho más relajada, jeans y una camiseta de franela para combinar con la naturaleza más informal de la vivienda de Amelia. Podría haberse saltado la franela, pero el clima estaba en ese extraño espacio invernal de Texas donde con una camiseta por sí sola habría tenido frío, pero una sudadera habría significado que sudaría.

«¿Camioneta hoy?», preguntó Amelia, luciendo, en opinión de Brian, absolutamente hermosa con unos sencillos jeans descoloridos y una ligera sudadera roja de ‘Schneider High’. Su lustroso cabello negro estaba recogido en una cola de caballo, y Brian quedó atónito al ver lo elegante que era su cuello, casi como el de un cisne. «¿Brian? ¿Camioneta?».

«Oh... ah, perdón». Brian se aclaró la garganta y se concentró. Estaba aquí para trabajar, no para mirar a Amelia. «Hice una parada rápida en la sede de Cloud 9 para comprar algunos suministros que nos ayudaran en este proyecto y necesitaba espacio de carga. Así que tomé prestada la camioneta de Dylan, mientras él prometía no destruir mi Beamer. Mira».

Brian llevó a Amelia hasta la plataforma de carga de la camioneta, donde observó boquiabierta los materiales que había dentro. «¿Sillas de jugador?».

«Y una mesa plegable», señaló Brian, golpeando la mesa debajo de las dos sillas. «Todavía estamos en el proceso de trasladar gente a Saint Cloud, ¿sabes? Por eso actualmente tenemos más sillas y mesas en la oficina de las que necesitamos. Y esto facilitará el trabajo. Ah, y en la cabina traigo una pizarra enrollable y unos rotuladores».

«¿Una pizarra enrollable?», preguntó Amelia y Brian asintió. «Nunca había oído hablar de eso, pero no mentías. Realmente te gusta tener todos tus patos en fila, ¿no?».

«Ya lo sabes», Brian sonrió. Con la ayuda de Amelia, subieron todos los artículos al piso de arriba y, en menos tiempo del que Brian esperaba, establecieron su oficina en el lugar. «Este es un buen lugar para acomodar las cosas».

«Sí, todo lo que necesito es uno de mis viejos carteles de jardín pegado en la pared y tendré mi próxima sede de campaña», bromeó Amelia, haciendo reír a Brian. «Entonces, ¿qué es lo primero?».

«Primero, escribimos nuestro problema». Brian agarró un marcador negro y se paró frente a la pizarra con tachuelas. Era solo una enorme hoja de papel laminado de cuatro pies de ancho, pero funcionaba bastante bien y era una idea que Chris le había dado. «Sé que hemos hablado de ello, pero pongámoslo por escrito».

«Necesitamos convencer a Kim Johnson de la idea del centro juvenil», dijo Amelia, y Brian comenzó a garabatear. «Entonces... ¿supongo que nuestro problema es Kim Johnson?».

«Yo diría que nuestro problema es cómo presentárselo a Kim Johnson». Brian ajustó la idea

de Amelia con un garabato en la pizarra. «He aprendido que cuando defines tus problemas como algo que puedes controlar y cambiar, obtienes más éxito. No podemos cambiar a Kim Johnson. ¿A menos que sea un robot?».

«No, lo sé con certeza», dijo Amelia. Cuando Brian la miró con curiosidad, ella susurró. «Compartimos el mismo baño, ¿recuerdas?».

Brian se rió, admitiendo el punto. «Bueno. Así que cuéntame todo lo que sepas *de hecho* acerca de Kim».

«Antes de eso, déjame preguntarte algo». Amelia se reclinó en su silla. «¿Cómo puedes dedicar tanto tiempo a esto? ¿No tienes un trabajo de tiempo completo?».

«Tengo un trabajo de tiempo completo donde promociono videojuegos», señaló Brian. «La compañía está en buenas manos, nuestro juego más nuevo está funcionando muy bien y, de todos modos, la prensa quiere hablar con Andrew más que conmigo. Si quieren hablar geek, hablan con Chris. Simplemente les aconsejo y hay asistentes que pueden elaborar comunicados de prensa básicos. Entonces, a menos que haya una emergencia, tengo mucho tiempo libre. Y Andrew sabe cómo localizarme si es necesario».

«Creo que te subestimas a ti mismo», dijo Amelia. «Cada vez que hablo con Cassidy, ella siempre dice que has estado ayudando a Chris. Dudo que hubieran podido realizar la boda sin ti».

Brian se encogió de hombros, sintiéndose cálido. No creía que Cassidy lo supiera o que Chris siquiera reconociera lo que había hecho. «Solo quería que empezaran bien».

«Eso me gusta», dijo Amelia, y Brian sintió que el calor se extendía por su pecho nuevamente. Se pusieron manos a la obra y determinaron rápidamente el mejor camino a seguir. Necesitaban centrarse en dos áreas. Primero, *por qué* Saint Cloud necesitaba un centro comunitario, presentado de una manera dirigida a la visión de Kim de las cosas. Dos, conocer y justificar los costos de cualquier proyecto.

Fue más difícil para Amelia que para Brian. En opinión de Brian, los dos habían estado en desacuerdo durante tanto tiempo que los pensamientos de Amelia sobre Kim estaban teñidos de negatividad. Pero cuando Brian empezó a actuar como abogado del diablo de las ideas de Amelia, ella se mostró mucho más receptiva y capaz de formular contraargumentos.

«Si bien el costo del centro lo pagarían todos en Saint Cloud», dijo Amelia mientras hablaban de hacer cálculos, «la cantidad sería relativamente minúscula. Un desembolso de un millón de dólares por parte de la ciudad distribuido entre toda la población sería centavos para todos».

«¿Y cuál sería la tasa de retorno de la inversión?», preguntó Brian. «Porque existen todas esas organizaciones benéficas para niños hambrientos en el extranjero que dicen lo mismo. Llevan cincuenta años pidiendo diez centavos al día y algunos afirman que no han hecho nada que valga la pena con ello. Hoy hay más niños hambrientos que nunca».

Pensó Amelia. Supuso que ella estaba luchando contra su reacción instintiva, probablemente una discusión sobre cuestiones estructurales y sistémicas. Ella frunció los labios y Brian esperó, aprovechando el momento para estudiarla. Era linda cuando pensaba, con un bolígrafo golpeando su barbilla y su nariz ligeramente arrugada. Brian estaba disfrutando su tiempo con ella, incluso si discutían sobre muchas de las respuestas.

Finalmente, Amelia tuvo su respuesta. «El retorno no es en dólares y centavos sino en una mayor vitalidad y felicidad de los niños de Saint Cloud. Eso es más...».

«Buuuuu», dijo Brian, zumbando sus labios. «Funciona para ti, no funcionará para esto. Necesitamos números. Aunque mi familia literalmente podría financiar este pueblo durante unos años, no voy a hacerlo a menos que tenga números, Amelia. Las pelusas cálidas no van a mi cuenta bancaria».

«Yo... yo... ¡grrrrrr!», gruñó ella, luciendo más linda que nunca. En serio, una molesta Amelia Hernandez le resultaba muy atractiva. «¡No tengo números!».

«Está bien, entonces», dijo Brian, sonriendo. «Entonces eso es algo que tendremos que investigar». Se levantó y anotó eso en la pizarra, y cuando se dio la vuelta, vio a Amelia mirándolo divertida. «¿Qué?».

«Me has estado haciendo enojar a propósito, ¿no?», preguntó, con una sonrisa temblando en los bordes de sus labios rojo rubí. «Presionándome».

«Claro que sí», admitió Brian. «Cuando te presiono, dejas de fingir y te enojas conmigo. Es útil, así que sé lo que necesitamos averiguar... y bueno...».

De repente sintió calor y miró hacia otro lado. Amelia ladeó la cabeza. «¿Qué?».

Brian tosió y rápidamente soltó, «Eres muy bonita cuando estás enojada».

Amelia parpadeó y luego se echó a reír. «Gracias».

«Lo siento», añadió Brian antes de que pudiera arruinar esto, «sé que probablemente quieras seguir siendo profesional. Yo solo... sí».

No se había sentido tan avergonzado desde la secundaria, pero en lugar de insistir, Amelia se limitó a sonreír. «Bueno, seamos profesionales, pero... tú también eres un poco lindo».

Antes de que Brian pudiera responder, sonó el teléfono de Amelia y ella lo miró. «Espera, esto es de mi distrito». Ella levantó un dedo. Tocando el botón de llamada, habló. «Hola... Oh, hola, Phil. ¿Cómo? ¿Una emergencia en tu viñedo? No, no... sí... sí, por supuesto. ¿Dame quince, veinte minutos? Estoy en mi casa ahora mismo. Está bien, sí. Sí. Gracias por llamarme, Phil. Realmente lo aprecio. Te veo en un rato».

Amelia colgó y se levantó. Brian se aclaró la garganta. «¿Problemas?».

«Sí, Phil Simpson», dijo Amelia. «Es dueño de un viñedo en el extremo más alejado de Wine Country. Mira, no quiero dejarte en una estacada, pero...».

«Pero voy a dedicar tiempo a intentar encontrar las respuestas a las preguntas que hemos formulado aquí, o al menos a descubrir dónde podemos empezar a encontrar las respuestas», dijo Brian con facilidad. «Ve. Prometo no hurgar en el cajón de tus calcetines mientras no estás, no asaltaré el refrigerador y, si necesito usar el baño, seré un buen tipo y bajaré el asiento».

Amelia sonrió y asintió. «Me parece bien. Y si necesitas irte, simplemente cierra la puerta detrás de ti. Te veo después».

Amelia se fue y Brian se rió entre dientes y suspiró. Ella era todo lo opuesto a él, todo sentimientos y muy enérgica. A pesar de su imagen y su trabajo, él no era así. Pero cuando estaban juntos, Brian tenía ganas de serlo. Si eso se debía a altibajos por entusiasmo o frustración con ella, todavía no lo había decidido.

Se puso a trabajar, buscando respuestas a su pregunta principal. ¿Cómo convertir algo como un centro juvenil en cifras cuantificables en términos de retorno de la inversión? Era más difícil de lo que había pensado originalmente y durante casi una hora se preguntó si se había metido demasiado en eso. Los números para videojuegos eran fáciles. Nadaba en números en la oficina, ya fueran gigabytes, velocidades de fotogramas, cargas del servidor o más. La parte más difícil de hacer relaciones públicas para los fanáticos de los jugadores era elegir a qué números referirse y luego hacer que tuvieran sentido.

Nunca antes había intentado algo así.

Continuó y se sorprendió cuando escuchó un fuerte golpe en la ventana de abajo. Preguntándose si tal vez Amelia había olvidado las llaves de su casa o algo así, bajó las escaleras, sorprendido al ver a una mujer un poco mayor parada allí con algo en las manos. Al abrir la puerta, preguntó. «¿Puedo ayudarla?».

«Vaya, Brian Davis». La mujer sonrió al ver su confusión. Ella sacudió su cabeza. «Lo siento. ¿Soy Marcy, la secretaria del alcalde?».

«Oh, Marcy». Brian sonrió cortésmente. «Lo siento, acabo de tener uno de esos momentos en los que veo a alguien fuera del lugar donde esperas topártelo».

«Lo entiendo totalmente», dijo Marcy. «Una vez vi al *sheriff* Monk en el Río Plata, sin ropa, solo su traje de baño y navegando en una balsa flotante río abajo. No fue hasta el lunes cuando dijo algo que me di cuenta de quién era».

«Gracias por la comprensión», dijo Brian. «¿Te puedo ayudar en algo? ¿Quieres entrar? Amelia no está aquí. La llamaron para que se dirigiera a Wine Country».

«Lo sé. La llamé y me dijo que trajera esto a la casa», dijo Marcy. «No te preocupes, es solo un papeleo que la alcaldesa Jones quiere que revise antes de la próxima reunión del concejo. Un montón de lecturas, principalmente».

«Está bien, te prometo que lo recibirá», dijo Brian. «¿Estás segura de que no quieres entrar? ¡Hay un viento frío ahí fuera!».

Marcy se rió entre dientes. «No gracias. De hecho, estoy en mi hora del almuerzo», dijo, recordándole a Brian la hora. No se había dado cuenta de cuánto tiempo llevaba trabajando en esas cosas. Pero después de un momento ella se encogió de hombros. «Está bien, ¿por qué no?».

Brian dio un paso atrás y Marcy entró y recorrió la antigua tienda. Ella respiró hondo, suspirando. «Recuerdo cuando me enteré del tiroteo», dijo con tristeza. «Ya estaba trabajando para el alcalde Tom. Amelia ha sido tan fuerte, una gran luz brillante alrededor del ayuntamiento».

«Me alegra oírlo», dijo Brian, reconociéndolo. «Ella es demasiado brillante».

«¿Y tú... la estás ayudando?», preguntó Marcy. «¿Un proyecto personal?».

«En realidad, es para el pueblo». Sin estar seguro de qué tan cómoda se sentiría Amelia si él compartiera, agregó, «solo quería ayuda en un asunto de relaciones públicas. Digamos que eso me hace pensar en una pregunta. Siendo la asistente de Tom Jones... ¿Por qué el resto del concejo no tiene asistentes?».

«Ayuntamiento de pueblos pequeños, presupuestos de pueblos pequeños». Marcy se rió entre dientes. «Después de todo, no somos el Congreso. Solo el alcalde tiene un asistente oficial y yo también tomo notas en las reuniones del concejo. Así que, apuesto a que ayudas a Amelia con el plan de su centro juvenil. ¿Solo con el plan?».

«Acabamos de empezar», Brian ladeó la cabeza. «¿Por qué?».

«Bueno... digamos simplemente que Amelia es una joven muy bonita, y hay algunas personas en el pueblo preguntándose qué miembro de la familia Davis será el próximo en encontrar una pareja», dijo Marcy. «No intento manipular las cosas, pero tengo apostados cinco dólares en la iglesia por ti».

«¡Hay una apuesta!», exclamó Brian, y Marcy asintió. «Ya veo. ¿Y cuántas personas están involucradas en esto?».

«Oh, unas dos docenas en la iglesia», dijo Marcy. «Ya sabes cómo se pone. Estás sentado en el patio, bebiendo limonada y comiendo una galleta después del servicio, y lo siguiente que sabes es que la gente empieza a hablar. Es todo inocente, lo prometo».

Brian asintió. «Estoy seguro de que lo es, pero agradecería que toda la iglesia no participara en la acción». Él sonrió. «Gracias por pasar a dejar el papeleo».

«De nada. Disfruta tu tiempo con Amelia», Marcy se dirigió a la puerta y se despidió con la mano. Se fue y Brian se rió en silencio mientras subía las escaleras.

Una apuesta en la iglesia.

Si eso no fuera la cosa más loca de la que jamás había oído hablar.
Aun así, tenía que admitir que Marcy tenía razón en una cosa.
Amelia Hernandez era devastadoramente bonita y también inteligente.

Amelia le gustaba ir a Wine Country. Si bien la mayoría de los arreglos que hacía para ayudar a las personas en el Distrito 3 generalmente se centraban en el área de Dusty Bend, eso se debía a que esa área necesitaba la mayor ayuda. La región del vino era mayoritariamente autosuficiente y estaba menos poblada.

Pero Amelia sabía que no hacía mucho tiempo que Wine Country estaba tan en desventaja económica como Dusty Bend. En todo caso, la riqueza de Wine Country le ayudó a recordar que las situaciones pueden cambiar. Si esta región pudiera volverse rica y aventajada, Dusty Bend también podría hacerlo.

Aún así, a veces también surgían problemas dentro de Wine Country, y le reconfortaba el corazón que cuando sucedían cosas aquí, la gente se lo hacía saber. Y cuando cruzó la puerta del viñedo y la bodega de Phil Simpson, se alegró de que Phil hubiera llamado.

Su descripción de lo que estaba sucediendo había sido vaga, lo que la preocupó. Simplemente, él había dicho que era un “problema enorme que podría arruinarlo” y quería su opinión antes de tomar medidas más drásticas.

Cuando salió de su auto, se alegró de estar vestida para el campo. La bodega de Phil era única entre las bodegas de Saint Cloud porque era cien por cien orgánica y vivía de esa manera también. Su camino de entrada era de tierra apisonada, no había concreto ni grava, e incluso en el frescor del invierno, caminar hacia su casa estilo adobe era polvoriento.

Phil ya la estaba esperando mientras ella se acercaba, con la preocupación claramente notoria en su rostro. Tenía unos cincuenta y tres años, una cabeza calva y un cuerpo relativamente delgado, algo poco común entre un grupo de personas que tendían a beber mucho vino.

«Phil, gracias por llamarme», Amelia le ofreció una mano. Phil se estremeció y ella continuó. «Parecías muy preocupado cuando llamaste. ¿Qué ocurre?».

«Yo... no sé cómo voy a solucionar esto», Phil se frotó la barbilla. «Me fui de vacaciones la semana pasada, como hago cada enero. Realmente es el único momento en que puedo hacerlo, porque con la temporada de crecimiento, y luego que pasamos semanas preparando los nuevos barriles y preparando los envíos para la época navideña, al final de mes, todo vuelve a empezar para el día de San Valentín».

«Creo que te mereces totalmente unas vacaciones, Phil», le aseguró Amelia. «Entonces, ¿qué pasó?».

«Bueno, anoche regresé tarde y mi esposa decidió pasar unos días más con su hermana. Está a punto de convertirse en abuela», Phil se retorció las manos. «Así que me quedé en casa y puse a comprobar todo hasta esta mañana. Quiero decir, no debería ser un problema, ¿verdad? Entonces, esta mañana me desperté y encontré... Amelia, voy a quedar arruinado».

«Espera, Phil», Amelia comprendió que Phil estaba a punto de perderse en la desesperación. «Antes de que caigas en espiral por el desagüe de la fatalidad, cuéntame qué pasó. ¿Pasó algo a nivel empresarial? ¿Un trabajador hizo algo?».

«No... no, les di la semana libre también. Se lo merecían», dijo Phil. «Yo solo... tal vez sería mejor si te lo muestro. ¿Traes botas?».

«Botas cortas», Amelia mostró su calzado. Eran de caña alta, como un par de zapatillas de baloncesto, pero no eran adecuadas para caminar por el barro hasta las rodillas. «¿Estarán bien?».

«Debería funcionar», dijo Phil, y Amelia miró lo que Phil llevaba. Eran unas botas de trabajo de goma pesadas hasta las rodillas.

«¿Para qué son esas?».

«Ya verás», Phil señaló con la mano hacia el costado de su casa. «Fue en la bodega donde los vi por primera vez. Entré para revisar los grandes barriles de almacenamiento y tomé algunas muestras del material que planeaba enviar para el envío de San Valentín. Entonces descubrí..., es un desastre».

«Explícate, por favor», dijo Amelia mientras caminaban. «¿Qué tipo de desastre?».

«Como sabes, esto es una operación orgánica», dijo Phil. Más adelante, Amelia podía ver el granero que era el centro de las operaciones de la bodega de Phil, con las grandes puertas dobles actualmente cerradas. Pero ¿por qué había un enorme charco de barro delante de la puerta?

«Yo... lo sé», dijo Amelia mientras se acercaban. «Honestamente, he estado orgullosa de comprar algunas botellas. Es un buen vino».

«Gracias, pero puede que sea el último después de ver... esto», dijo Phil. La nariz de Amelia fue golpeada por un fuerte olor cuando Phil abrió la puerta, y su mente dio vueltas ante las sensaciones combinadas.

Vino. El charco era... vino. Tenían que haber cientos, tal vez miles de galones de vino derramados en el suelo, empapando la tierra y convirtiendo toda el área de carga frente al granero de Phil en un charco de barro con un olor desagradable.

Sin embargo, lo que Amelia vio a continuación fue lo que la hizo retroceder ligeramente, al abrirse la puerta, ratas salieron corriendo. Docenas de pequeños roedores saliendo del granero hacia los campos vacíos. «¡Ay, Dios mío!».

«Sí», dijo Phil, dando un paso atrás. «Cuando los vi por primera vez, casi corrí pidiendo a gritos mi camioneta, pero afortunadamente tengo mis botas grandes y no pueden morder la goma. Pero... aquí, acércate al borde y mira dentro de mi bodega».

Amelia lo hizo, tratando con cuidado de mantener el equilibrio y evitando los charcos profundos en el jardín. Pero no necesitaba llegar hasta el lado de Phil para ver de qué estaba hablando. Estaban por todas partes. Corrían por el suelo, encima de los barriles y más.

«¿De dónde vienen?», preguntó Amelia y Phil negó con la cabeza.

«Supongo que la ola de frío de la semana pasada las llevó adentro y... ¡uf!», gritó Phil, retrocediendo y pisoteando a uno de los roedores. «Amelia, ¿qué voy a hacer? Estoy infestado y tendré que llamar a un exterminador. ¡Con el veneno que traiga hará que pierda mi certificación orgánica!».

«Espera... Phil, ¿puedes traer aquí esa que acabas de pisar?», Amelia se armó de valor. Phil lo hizo, tocándolo con su bota y ella se agachó para echar un vistazo al cuerpo. «Está bien, buenas y malas noticias. No son ratas».

«¿Qué? ¿No lo son?», preguntó Phil con cautela. «¿Cómo lo sabes?».

«¿Ves la cola?», preguntó Amelia. «Hice una pasantía en un laboratorio de biología en la universidad. Las ratas noruegas y las ratas de tejado tienen colas escamosas y sin pelo. Y son

más grandes que esto. Este es un ratón; se nota por el pelo de la cola. Eso es bueno. No son tan agresivos como las ratas. Las ratas muerden, los ratones corren. La parte mala es... tienes razón. Estás infestado y tendrás que fumigar tu bodega».

«¡Pero mi certificado orgánico!», Phil se lamentó. «¿Cómo me deshago de *tantos* ratones? ¿Pongo trampas de resorte? Ya han mordido el tubo de alimentación de uno de mis tanques de fermentación; eso es lo que hueles. Vino medio fermentado».

«Eso es probablemente lo que atrajo a los ratones, eso y el calor». Amelia se levantó y suspiró. «Déjame pensar. Sí, tendrás que llamar al departamento de salud del condado. ¿Están todos tus vinos almacenados en el granero?».

«No, tengo mis barriles en otro edificio, donde hago el etiquetado y el envío», dijo Phil, aclarando. «Lo revisé, está bien, pero tantos ratones van a..., voy a tener que vender este lugar. No puedo hacer vino orgánico en una bodega fumigada con veneno».

«¡Déjame pensar!», Amelia exclamó rápidamente antes de que Phil se pusiera histérico. «Está bien, entonces llamaremos al departamento de salud, pero... déjame hacer una llamada antes, conseguiré algunas alternativas».

Phil caminó hacia un camión que se había detenido y Amelia vio salir a uno de sus trabajadores. Mientras hablaban, Amelia llamó rápidamente a Brian, sabiendo que incluso si él no sabía nada sobre ratones, era una buena caja de resonancia para ideas.

«Hola».

Sólo escuchar su voz la hizo sonreír un poco. «¿Brian? Soy Amelia».

«¿Amelia? Oye, Marcy acaba de venir y te dejó algunos documentos para que los leas», dijo. «¿Qué pasa?».

«Yo... em, Phil tiene un problema», dijo Amelia. «Ratones en su bodega».

«Ay. ¿De cuántos estamos hablando aquí?».

Amelia gimió. «Los suficientes como para darme pesadillas durante un par de días. ¿Cientos? ¿Miles? Creo que todos los ratones del campo de Silver Cloud decidieron celebrar una fiesta navideña en la sala de fermentación de Phil».

«Sí. Entonces, ¿él te llamó porque...?».

«Tendrá que llamar a la gente de salud del condado y esperaba que yo tuviera alguna idea sobre cómo salvar su certificación orgánica. Si la gente del condado viene aquí con sus camiones de veneno, él estará arruinado». Amelia suspiró. «Gracias a Dios son ratones y no ratas».

«Es verdad, dijo Brian. De fondo podía oírlo escribir y se dio cuenta de que la tenía en el altavoz y estaba usando su computadora portátil. «Está bien, desde el principio, diría que tiene tres opciones. Trampas, armas y depredadores».

«¿Armas?», preguntó Amelia. «Brian...».

«Este es uno de esos usos que hemos discutido, ¿recuerdas?», dijo Brian. «Hay cientos de videos en YouTube de tipos que cazan roedores en granjas usando armas de fuego. Principalmente rifles de aire comprimido, que serían mejores porque son más silenciosos, por lo que no dispersarán a los ratones y causarán mucho menos daño al equipo».

«¿Te refieres a pistolas de aire comprimido?», preguntó Amelia y Brian murmuró. «Está bien, supongo».

«Va a ser una acción difícil, pero creo que eso ayudaría. Pero sí, todos los consejos sobre no venenos que aparecen en esta página web parecen reducirse a trampas, armas y depredadores».

«Depredadores... ¿como gatos?», preguntó Amelia y Brian afirmó de nuevo.

«Entre otros. Solo un segundo... lo que estoy leyendo dice que las lechuzas son más efectivas, pero no sé dónde encontrar lechuzas para alquilarlas».

«Yo tampoco», dijo Amelia con una pequeña sonrisa, «pero creo que el refugio de animales de Saint Cloud tiene muchas otras opciones. Gracias, Brian. No sé cuando volveré, pero gracias. Por todo».

«De nada», dijo Brian cálidamente. «¿Quieres que vaya? Puedo ver qué puedo hacer».

«No... no, gracias, pero me estás ayudando mucho más si puedes continuar con el proyecto», dijo. «Y simplemente deja las cosas de Marcy sobre la mesa. Las veré más tarde. Gracias, Brian. En serio».

«Siempre. Hasta luego».

Brian colgó, dejando a Amelia con una cálida sensación en su interior. Guardó su teléfono y se acercó a Phil, quien estaba indicando a su trabajador que se asegurara de que el edificio embotellador estuviera completamente sellado y que sus existencias actuales estuvieran seguras.

Al ver acercarse a Amelia, Phil se dio la vuelta. «Oye, entonces, ¿alguna idea?».

«Habría que optar por un enfoque multifacético». Amelia le dedicó una sonrisa esperanzada. «¿Tienes una pistola de aire comprimido?».

«En alguna parte tengo una vieja Daisy, con la que mi hijo solía disparar cuando era niño», dijo Phil. «¿Crees que eso ayudará?».

«Es un comienzo», reconoció Amelia. «Pero otra pregunta. ¿Qué opinas de... los gatos?».

«¿Gatos?», preguntó Phil, encogiéndose de hombros. «Nunca tuve un problema con ellos. ¿De verdad crees que ayudarían?».

«Los ratones y las ratas odian el olor de los gatos», señaló Amelia. «Déjame llamar al *sheriff* Monk. Puede traer aquí a la gente de salud y de control de animales al mismo tiempo. Y él sabrá cómo manejar esto para que puedas volver a funcionar lo más rápido posible, Phil».

«Eso espero», dijo Phil agradecido. «Gracias, Amelia. De verdad».

Ella sonrió y le estrechó la mano. «Para eso estoy aquí, Phil».

Amelia se alejó mientras Phil entraba a su casa y volvió a marcar, esta vez al teléfono celular personal del *sheriff*. Se alegró de que él contestara apenas en el segundo tono. «¿Qué puedo hacer por usted, miembro del concejo?».

Ésa era otra razón por la que le gustaba Steve Monk como *sheriff*. Él siempre era educado con ella y con todo el concejo, llamándolos por sus títulos. La mayor parte del tiempo con la gente siempre era “señor” o “señora” también.

Pero también era lo suficientemente respetuoso como para recordar que Amelia prefería que la llamaran “concejal” antes que “mujer concejal”. Y nunca más la había vuelto a llamar “señorita” o “señora” a petición de Amelia.

«Buenas tardes, *sheriff*», dijo, devolviéndole el respeto. «Tengo un incidente aquí en Wine Country, en casa de Phil Simpson, y tengo una pregunta para ti».

«Adelante, soy todo oídos».

«¿Cuántos gatos tienes en el refugio de animales en este momento?», preguntó Amelia, sonriendo al oír el gruñido de sorpresa de Monk.

A ella le gustaba sorprenderlo de vez en cuando. Mantenía al *sheriff* alerta.

«**N**osotros», bromeó Brian mientras miraba alrededor del comedor, «vamos a necesitar una mesa más grande».

Una risa recibió su comentario cuando Cassidy puso una enorme cacerola en el medio de la mesa mientras Simon y Brian disponían los platos y Andrew buscaba otra silla. «Cuando llegue la primavera, tendremos que construir algunas mesas de picnic de gran tamaño, hacerlo todo afuera», dijo la recién casada, «o la tendremos en nuestra casa».

Brian sonrió y dejó otro tenedor y un cuchillo. «Me gustaría eso, para ser honesto. ¿Quizás establecer una especie de rotación de lugares para cenar?».

Pusieron la mesa y con un solo grito de Cassidy que resonó por toda la casa, el comedor se llenó. Brian se sorprendió una vez más mientras miraba a su alrededor. Estaban él y sus tres hermanos, Matt, Cassidy, sus dos hermanos y Simon con una amiga especial y sus dos hijos. Doce personas reunidas alrededor de la mesa era todo un logro.

Pero también implicaba golpes de codo y empujones. «Matt, ¿puedes pasarme la salsa?», pidió uno de los niños. «Mamá y Simon me están aplastando».

Matt se rió y se levantó para pasarle con cuidado el cuenco de salsa. «Aquí, hombrecito», dijo el exjugador de voleibol, aprovechando al máximo su enorme envergadura. «Dime cuánto quieres».

Le sirvió la salsa al niño, quien sonrió agradecido. «Gracias. El pastel de carne siempre queda mejor con salsa».

Brian se sirvió, pero después de recibir un tercer codazo de Dylan en el costado, se levantó, acercó su silla a la esquina y se sentó. Cassidy parecía angustiada. «¡Brian, la alfombra! ¡Podrías derramar algo!».

«¿Y bueno?», Brian preguntó con indiferencia. «Acéptalo, vamos a tener esta enorme, gran familia aquí. ¿Y qué pasa si una alfombra se mancha? Significa que la gente disfruta de la comida y la compañía. Si derramo algo, lo limpiaré».

«Tiene razón». Matt Miller hizo lo mismo y acercó su silla a otra esquina. «Uf... eso se siente bien. Sin ofender, Cassidy».

«No hay problema. Yo también podría utilizar el espacio para moverme», dijo Cassidy. Pronto Dylan y Carl Norton hicieron lo mismo con los demás, y en unos instantes había alguien en las cuatro esquinas del comedor, lo que hizo que la mesa del comedor fuera mucho más cómoda para los ocho restantes.

«Eso está mejor», dijo Brian. «Y Amelia estaría feliz de que no separáramos a los niños a su propia mesa».

Supo que había cometido un error tan pronto como las palabras salieron de su boca, cuando

Cassidy levantó una ceja y sonrió un poco. «¿Y cómo es trabajar con la encantadora *señorita* Hernandez?».

Brian suspiró, sabiendo que le esperaba algo. «¿Qué quieres saber, Cass?».

«Bueno, ¿qué te tiene haciendo?», Carl Norton preguntó primero. «¿Algún proyecto?».

«Claro, pero ayer fue diferente», Brian sonrió. «Pasamos la mitad del día en el refugio de animales de Saint Cloud».

«¿Qué?», preguntó Dylan, sorprendido. «¿Por qué?».

Brian le contó al grupo una historia abreviada sobre Phil Simpson y sus ratones, asegurándose de que las cosas no sonaran demasiado desagradables mientras la familia comía.

«Así que al final, Phil decidió seguir la idea de Amelia y pedir un montón de trampas a través de Internet que se supone que son de alta tecnología o algo así. Mientras tanto, llamó a todos sus amigos que tenían pistolas de aire comprimido y de perdigones, mientras Amelia y yo hacíamos el lado tierno de las cosas».

«¿Lado tierno?», preguntó Andrew y Brian asintió. «¿Qué quieres decir?».

«Ayer entregamos a la granja de Phil, tres gatos esterilizados, una mamá también esterilizada y dos de sus gatitos», dijo Brian, sonriendo. «Ellos serán responsables de ocuparse de los ratones rezagados y de disuadirlos a regresar a partir de ahora. Y antes de que alguien pregunte, sí, todos eran increíblemente lindos».

«Mamá, ¿podemos tener un gatito?», preguntó el niño mayor. «¿Por favor?».

«Eso sería genial. Serían hermanos como nosotros», añadió el más joven.

Su madre pensó en ello. «¿Un gatito cada uno? Déjenme pensar en ello».

Brian tenía la esperanza de que su pequeña historia y la reacción de los chicos distrajeran a todos de centrarse en él, pero cuando Cassidy se inclinó para susurrarle a Tim, los dos miraron a Brian y él supo que todavía estaba bajo el microscopio.

«Entonces, Brian», Tim sonrió. «Escuché que ya conoces la casa de Amelia».

«Estamos trabajando ahí, Tim», dijo Brian, tal vez con un poco más de fuerza de la que debería haberlo hecho. «En serio, estamos usando el antiguo almacén encima de la carnicería de su familia para trabajar en la propuesta del centro juvenil. Eso es todo».

«¿Entonces todavía no usan el piso de abajo?», Cassidy dijo rápidamente, probablemente para evitar una discusión. Brian estaba agradecido. Sí, se había fijado en Amelia. Sí, ella era hermosa.

Pero él estaba haciendo su trabajo cuando había estado allí. Por mucho que a veces pensara en otras cosas, la propuesta del centro juvenil era lo primero.

«Sí», dijo Brian en voz baja. «Ella me contó lo que pasó y me dio la llave de la puerta principal para que pueda entrar y salir mientras ella está en el ayuntamiento, pero abajo es abajo».

La cena continuó y Brian se alegró cuando la conversación pasó a otros temas. Siempre había algo de qué hablar con un grupo tan ecléctico como la familia de la que era miembro, incluso si se trataba de un animado debate sobre quién sería el favorito en las rondas del campeonato de la NFL. Los prejuicios regionales eran un elemento fuerte en todos los argumentos, y Brian se habría sumado... excepto que después de esta temporada, no tenía un caballo en la carrera, por así decirlo.

«Y, ¿quién quiere postre?», preguntó Cassidy, mirando a su alrededor. «No es nada especial, solo una tarta de frutas. Tuve que usar la cacerola grande, pero también tenemos helado y chocolate caliente para quienes lo quieran».

El apoyo fue unánime y Brian entró a la cocina con Cassidy para ayudarla, llevando también

su plato. «Te alegrará saber que no derramé ni un poco sobre la alfombra», bromeó mientras colocaba su plato en el gran fregadero ya lleno de agua y jabón. «Estoy lo suficientemente entrenado en casa como para que puedas invitarme a cenar en cualquier momento, Cass. Pero me siento mal por Chris».

«¿Por qué?», preguntó Cassidy, y Brian se rió entre dientes.

«Si sigues cocinando así para él todas las noches, el hombre tendrá que seguir luchando en el gimnasio del granero con cualquiera que lo vea», dijo Brian. «Todo estuvo absolutamente delicioso».

«Gracias... Sabes, Brian, Amelia prepara unos hermosos platillos explosivos», susurró Cassidy. «Especialmente su flan».

«¿En serio?», preguntó Brian y Cassidy asintió. «¿Qué te hace pensar que voy a probarlo?».

«Oh... solo lo siento», Cassidy le guiñó un ojo. «Ella realmente es bastante bonita, ¿no?».

«Tal vez», admitió finalmente Brian, ahora que estaban en privado. «Déjame preguntarte, solo hipotéticamente... preguntándole a una ex 'Miss Teen Saint Cloud', si Amelia hubiera participado en el concurso en sus años del bachillerato... ¿quién hubiera sido la famosa belleza que casi gana Miss Teen Texas?».

«Afortunadamente, nunca tendremos que saber esa respuesta», dijo Cassidy con una sonrisa. «Me gusta tal como es... y odiaría compararme con ella de alguna manera. Es testaruda como una mula del gobierno, y una vez que se propone algo, encontrará la manera de conseguirlo».

«¿Debería estar preocupado?», preguntó Brian, y Cassidy sonrió.

«No con tu apariencia», dijo Cassidy. «Vamos, ayúdame a cortar y repartir esta tarta».

Brian fue a buscar los platos y se dio cuenta de la variada mezcla de porciones que debían hacer. «Solo una pequeña porción para mí, Cass». Él le entregó su plato. «Me siento que voy a reventar».

«Oh, oh», Cassidy sonrió. «Sabes que a ella no le importa eso».

«¿Cómo?», preguntó Brian y Cassidy se rió. «De verdad, Cass, no tengo hambre».

«Por la tarta».

Brian gimió en broma, agarrando las cucharas. «Eres una cuñada complicada, ¿lo sabías?».

Estaba en problemas..., ahora que lo pensaba, no le importaría invitar a Amelia a una de esas reuniones familiares.

«Lamento no haber podido reunirme contigo en los últimos días», dijo Amelia mientras ella y Brian se sentaban, esta vez en su oficina del ayuntamiento. «No anticipé en absoluto algunas de las cosas que surgieron».

«Está bien», Brian se desabrochó la chaqueta del traje y ocupó una silla. «Sin embargo, se siente un poco extraño volver a usar corbata contigo. ¿Cómo estuvo tu fin de semana?».

«Menos agitado que el tuyo», Amelia sonrió. «Tengo una espía en tu casa».

«Con eso que dices...», dijo Brian, sin parecer ofendido en absoluto por su pequeña broma, «no me sorprende en absoluto. Pero hablemos del proyecto».

«De acuerdo», Amelia se aclaró la garganta. También estaba vestida profesionalmente, con una blusa blanca y una falda azul marino que esperaba que le quedara devastadora, profesional y hermosa al mismo tiempo. Se había vestido un poco para él, queriendo sentir esa tensión agradable que había sentido crecer entre ellos durante los días que habían estado juntos trabajando en el proyecto del centro juvenil. «Esta tarde, tengo una ceremonia de premiación en la escuela primaria Juniper Street así que, si podemos apresurar esto, será de gran ayuda».

«Por supuesto», Brian miró hacia el conducto de calefacción sobre la cabeza de Amelia. «¿Estamos... seguros?».

Amelia se rió entre dientes y asintió. «No empieces a cantar karaoke, pero el ventilador está encendido. Mantiene las cosas más tranquilas y Vance se dedica a hacer lo suyo. Duane no intentará escucharnos. Adelante, muéstrame lo que tienes».

Brian le entregó una memoria USB y ella la abrió en la computadora de su oficina, asombrada por lo que encontró. Era una hoja de cálculo tras otra, todas con diferentes cifras que parecían responder cualquier pregunta que tuviera. Pero no estaba segura de algunas de ellas. «¿Por qué tienen diferentes tasas de rendimiento?».

«Ah, eso», Brian tomó el mouse y abrió algunos archivos nuevos. «Este es el por qué».

Era increíble. En algún momento, mientras ella estaba visitando a Phil en su granja, o almorzando en el nuevo restaurante familiar de comida rápida en Dusty Bend, o teniendo un foro comunitario con sus electores en ‘Nuestra Señora de Guadalupe’, Brian estaba preparando una presentación de tesis de maestría, sobre la propuesta del centro juvenil.

«Las tarifas reflejan los diferentes tipos de centros juveniles que Saint Cloud podría querer crear», dijo Brian. «La primera es lo que yo llamo la opción de presupuesto, que le cuesta menos al pueblo al principio, pero también tiene la peor tasa de retorno. De hecho, si miras aquí, verás que en realidad se trata de un retorno de la inversión negativo».

«¿Cómo es eso?», preguntó Amelia, y Brian volvió a abrir la hoja de cálculo.

«La mayor ganancia que obtiene el pueblo en su conjunto, en términos de dólares y centavos,

es el ahorro en las primas de seguros», explicó Brian. «Pero los cambios en las primas difieren según el tipo de sistema de centros juveniles que construye el pueblo. Entonces, con este, literalmente no hay cambios en las diferentes primas de seguro. En todo caso, la persona promedio paga más porque podría aumentar el valor de las viviendas en el área donde se construye, y eso tiene un efecto en cadena en las primas de seguros del hogar».

«Lo entiendo», Amelia dejó que Brian volviera a la otra presentación. «Así que cada uno de estos es una iteración diferente del plan. ¿Cuál te gusta más?».

«Bueno, reduje las opciones a estas tres», dijo Brian. «La primera es mi elección personal, algo así como de rango promedio, pero siento que los beneficios previstos son sólidos como una roca. El centro será grande, pero no tan grande como para que los equipos juveniles de fútbol o baloncesto de Saint Cloud puedan trasladar todos sus juegos al centro. Todas esas ligas deportivas infantiles organizadas seguirán teniendo que utilizar otras instalaciones públicas, pero eso supone un añadido en general».

«Está bien, ¿y qué sigue?», preguntó Amelia, sonriendo cuando Brian sacó la siguiente opción. «¿La opción Cadillac?».

«Instalaciones completas, incluyendo una piscina cubierta y al aire libre, campos deportivos que harán que el uso de otros parques públicos sea una cuestión de conveniencia más que de necesidad, y suficientes instalaciones interiores y espacio para enseñar a estos niños de todo, desde tallar pedernal hasta amasar pan y kárate kyokushin. Incluso tendría guardería diurna para los padres que la necesiten».

Amelia silbó, sonriendo. «Siento que se aproxima aquí un 'pero' gigante, del tamaño de Cardi B».

«Del tamaño de Cardi B, ¿pero...?», preguntó Brian, un poco sorprendido por la broma de Amelia. «Eso no entra en una reunión del concejo».

«Muy cierto», Amelia sonrió. Desde que se había postulado para un cargo, rara vez bromeaba así. Sabía que, como política, habría gente escudriñando cada una de sus declaraciones públicas. Pero con Brian se sentía lo suficientemente cómoda como para dejar escapar parte del humor que pasaba por su mente todo el tiempo. Ella confiaba en él y le mostraba ese lado de sí misma. «Entonces, ¿cómo es?».

«Bueno, la tasa de rendimiento prevista es aproximadamente la mitad del plan más eficaz», dijo Brian. «Básicamente, los costos de construir y luego operar una instalación tan grande simplemente no pueden compensarse con ahorros en seguros y más en un pueblo de este tamaño. Tal vez si Saint Cloud fuera de cincuenta mil personas, pero entonces estás hablando de un conjunto de ecuaciones completamente diferente y más».

«Cincuenta mil en Saint Cloud... increíble», reflexionó Amelia. «De ninguna manera la gente a la que estoy tratando de convencer aceptaría eso. Ahora hay al menos un quince por ciento de los residentes con reservas sobre lo que tu familia traerá a Saint Cloud. Aparentemente, pasar de veinte a veintidós o veintitrés mil va a masacrar la historia y la cultura de Saint Cloud».

«Oh, he oído eso de la gente», le aseguró Brian. «Tengo a alguien que entra al sitio web una vez por semana con un manifiesto completo sobre cómo estamos arruinando su pueblo. Pasamos el deber de leer el asunto en la oficina, solo para ver si alguien puede encontrar una respuesta mejor que una sencilla e ignorarla».

«Entonces, ¿qué crees que funcionará mejor?», dijo Amelia, y Brian sacó otro diseño del centro. Este lo había llevado hasta un plano de muestra e incluso una imagen simulada, lo cual ciertamente era un poco amateur, pero Amelia tenía que darle crédito a Brian. Sus habilidades con Photoshop eran mejores que las de ella. «Esto no es tan malo».

«No es que obtengas dos tercios del gran centro por dos veces y medio el retorno de la inversión. Los ahorros significativos provienen de sacrificar la piscina al aire libre, que supone un *enorme* costo de seguro de responsabilidad civil, y al reducir la cantidad de terreno que el pueblo tendrá que comprar». Brian volvió a tocar el mouse para abrir un mapa de Saint Cloud. «Recorrí el pueblo en busca de algún terreno apropiado que ya fuera de propiedad del pueblo y que pudiera usarse, y simplemente no hay, a menos que lo desarrollemos en las afueras».

«Lo cual va en contra del propósito de un centro juvenil», señaló Amelia. «No había pensado en eso».

«Lo sé... pero aquí es donde quizás no te guste lo que recomiendo». Brian hizo clic. En el mapa, tres estrellas diferentes cayeron en su lugar y Amelia pudo ver dónde aterrizaron. Ninguna de ellas en el Distrito 3, con una estrella dorada aterrizando justo en el Distrito 1... el distrito de Kimberly Johnson.

«Brian...».

«Sé que quieres ayudar a los niños de tu distrito, Amelia», dijo Brian rápidamente, «pero este programa sería para toda el pueblo. Además, realmente hice un análisis de todo el lugar, y esta ubicación es la mejor. La mitad del terreno ya es propiedad del pueblo. Además, descubrí que las líneas de los distritos están dibujadas de manera un tanto extraño. No son geométricas, y hay una pequeña extensión casi parecida a una serpiente que pertenece al distrito de Vance Henry. Si elegimos esta propiedad, sí, técnicamente estará en el distrito de Kim Johnson. Pero también estará a poca distancia tanto del distrito de Vance Henry como del tuyo. Ambos podrían argumentar ante sus electores que lograron que el centro juvenil estuviera cerca para servir a sus comunidades».

«Lo sé, pero...», Amelia respiró hondo. «Brian, quería ayudar a los niños de mi distrito. Los niños del distrito de Kim no necesitan programas extraescolares gratuitos. Sus padres ya les están pagando para que los hagan, no sé, cestería bajo el agua y scouts y lo que sea».

«Esa es tu forma de hablar contra los privilegios», la reprendió Brian, y Amelia sintió que se sonrojaba. Él estaba en lo correcto. La verdad era que la ubicación propuesta por Brian beneficiaría a los niños no solo del distrito de Kimberly Johnson sino también del Northside de Vance Henry. Y sabía que había muchas familias de bajos ingresos en Northside.

Además, ser miembro del concejo de Wine Country, relativamente rico, tampoco ayudaba mucho a su posición en el asunto.

«Ya veo a que te refieres».

La sonrisa de Brian se extendió por su rostro y Amelia tuvo que admitir que se sintió un poco más cálida por dentro al verlo. Él continuó. «Bien... porque entonces *realmente* te va a gustar esta idea. Sé que poner el centro juvenil en esta área significa que muchos niños en las afueras de la ciudad no estarán a poca distancia del centro juvenil».

«Correcto», dijo Amelia, «pero realmente no sé cómo lidiar con eso. Parece que tienes una idea».

«Sí», le aseguró Brian. «Verás, siendo asqueroso, repugnante y estúpidamente rico, tengo un problema».

«¿Sabes que esto no te ayuda si estás tratando de parecer atractivo o persuasivo?», preguntó Amelia, incluso mientras sonreía levemente. No pudo evitarlo. Podía oír el tono de broma en su voz y podía oír el humor detrás de sus palabras. «Solo digo».

«Oh, lo sé, confía en mí», dijo Brian con una sonrisa. «Pero lo que quiero decir es que uno de los mayores desafíos que hemos tenido mis hermanos y yo desde que la empresa se hizo enorme es cómo reducir nuestras facturas de impuestos. Ahora podemos debatir las tasas impositivas

marginales y esas cosas más adelante, pero una de las formas en que mis hermanos y yo podemos reducir nuestra factura de impuestos cada año es haciendo donaciones, tanto monetarias como materiales, a grupos y causas apropiados».

«Lo sé», dijo Amelia. «Andrew y Chris hablaron sobre la donación de centros tecnológicos a las escuelas de Saint Cloud».

«Eso es de Cloud 9 Games, como corporación», señaló Brian. «Pero lo mismo se aplica a Simon y a todos los hermanos Davis; ya sabes, la familia Davis. Así que esto es lo que estaba pensando. En mis pocos meses aquí en Saint Cloud, ¿sabes lo que *no he* visto?».

«¿Qué?», preguntó Amelia y Brian sonrió.

«Transporte masivo», dijo. «Hay autobuses escolares, pero eso es todo. Así que esto es lo que propongo. La familia Davis, o bueno, yo donaré algunos de esos minibuses de quince a veinte pasajeros para el pueblo. Dos de ellos serán accesibles para sillas de ruedas, por lo que podrán usarse para ayudar a quienes lo necesiten para llegar a sus citas. Ya les puse un precio por separado de esta propuesta, y voy a ganar más con el rendimiento de mi inversión de lo que me podrían costar. La ciudad puede operar esos autobuses durante el horario escolar para ayudar a la gente a desplazarse por el pueblo. Pero después de la escuela y los fines de semana, esas rutas llevarán a los niños desde las escuelas primarias hasta el Centro Juvenil Comunitario de Saint Cloud. Y estoy seguro de que puedes conseguir que el distrito escolar tenga un autobús para los niños del centro juvenil, ¿verdad?».

«¿Cuál sería entonces el costo real?», preguntó Amelia, y Brian sonrió aún más. «¿Qué?».

«Estás empezando a aceptar mi forma de pensar, joven *Padawan*», bromeó Brian haciendo referencia al aprendiz de *jedi* de “Guerra de las Galaxias”, y Amelia se rió. «Esa es la mejor parte. Si dono autobuses híbridos, los costos serán mínimos y estarán cubiertos por las tarifas de los pasajeros. Y esto es súper secreto. Si los autobuses necesitan... digamos una inyección de efectivo, es posible que conozca a algunos hermanos ricos que estarían dispuestos a cubrir esa parte».

«Así que es atractivo para todos», dijo Amelia, y Brian asintió. «Está bien... ¿por qué, Brian? Y no me digas simplemente que quieres una factura fiscal más baja. ¿Por qué estás dispuesto a donar lo que podrían ser cientos de miles de dólares o más al pueblo?».

Brian, que había estado sentado, se levantó de su silla y caminó de un lado a otro frente a su escritorio, pareciendo por primera vez como si no estuviera muy seguro de las palabras adecuadas que decir. «Cuando Simon le contó a Chris y al resto de nosotros sobre Saint Cloud, sinceramente, no estaba seguro de querer mudarme aquí. Me *gustaba* el estilo de vida de una gran ciudad, incluso aún teniendo una fuerte dosis de ciudad pequeña en mí. Y darle mantenimiento a mi auto es un dolor de... cabeza».

«¿Pero?».

«Me ha llegado a gustar este pueblo. Me ha llegado a gustar la gente», admitió Brian. «Todavía no me siento cien por ciento cómodo en Saint Cloud, conduciendo un auto deportivo en un pueblo lleno de camionetas y SUV y la mitad de la gente literalmente mirándome en los semáforos en rojo. Pero quiero ayudar a Saint Cloud. Quiero... hacer de este un mejor lugar para vivir. Para todo el mundo. Entonces, si eso significa que participo en algunos juegos financieros con mis impuestos, lo haré. Es solo cuestión de papeleo».

Amelia se mordió el labio, la emoción y más se arremolinaban dentro de ella. «¿Te gusta la gente?».

Brian se volvió para mirarla a los ojos, sus ojos conmovedores llenos de calidez.

«Algunos más que otros».

«Entonces... papeleo, ¿eh?», ella sacudió la cabeza, recordándose a sí misma que debía ser profesional. «Si tenemos la idea de proponer esta ubicación y los autobuses a la ciudad, ¿crees que podremos redactarlo para hablar con Kim Johnson al respecto y pronto?».

«Claro, para ser honesto, probablemente pueda ocuparme durante el fin de semana», dijo Brian. «Con una condición. Mi pago».

«¿Pago?», preguntó Amelia. «¿Y qué será?».

Brian respiró hondo y sonrió. «Cena. Contigo. Viernes noche».

Amelia se sonrojó y se mordió el labio con más fuerza. «¿Es una cena personal o profesional?».

«Tu elige». Brian se inclinó sobre su escritorio y la miró a los ojos. «Pero si fuera mi preferencia, sería personal, Amelia. Pero puedes elegir».

Amelia asintió, sabiendo ya su elección. «De acuerdo. Pero tengo una condición propia. También me dejas elegir adónde vamos».

Brian se rió. «Totalmente. ¿Es esto lo que ustedes, los políticos, llaman compromiso?».

«Es lo que yo llamo una cita», dijo Amelia, y la sonrisa de Brian hizo que todas las mariposas en su estómago valieran la pena. «¿Te parece a las ocho?».

«Pasaré por ti, entonces».

Brian se reprendió a sí mismo mientras se acercaba a la casa de Amelia y se detuvo en el exterior. Él había estado aquí antes. Había pasado decenas de horas con la mujer. Había discutido con ella, se había reído con ella, habían coqueteado bastantes veces, o al menos él había coqueteado.

Pero cuando salió de su auto y subió las escaleras hacia su puerta, tuvo que admitir que sentía una cantidad inusualmente grande de mariposas en el estómago. Esta era una cita real, y sabía que era diferente a un simple coqueteo jugueteón mientras trabajaba en el proyecto del centro juvenil.

Llamó a la puerta y se aclaró la garganta mientras lo hacía. «¿Amelia? Es Brian».

La puerta se abrió y Brian sintió que se quedaba sin aliento. Se había peinado ligeramente el cabello, agregando un poco de movimiento y un mechón rizado en el lado izquierdo de su cara, elevando su apariencia normal sin dejar de lucir casual. Suavizó sus rasgos, haciéndola parecer más accesible y menos como Juana de Arco lista para enfrentar los problemas del mundo.

«Guau», dijo Brian en voz baja, y Amelia sonrió. Se había puesto lápiz labial rojo rubí y un poco de maquillaje en los ojos, ligeramente ahumado, pero no exagerado. Era absolutamente hermosa, y cuando salió al pequeño rellano y cerró la puerta detrás de ella, él apenas podía apartar la vista. «Guau».

«Veo que sigues siendo el playboy de lengua plateada», bromeó Amelia mientras metía las llaves en el bolsillo delantero de sus jeans. «¿O han funcionado mis artimañas femeninas?».

«Oh, están funcionando muy bien», le aseguró Brian. «Solo necesitaba un segundo para recuperar el aliento. Te ves increíble. Esta noche, soy el tipo más afortunado de Saint Cloud».

«¿Además de tu hermano?», preguntó Amelia y Brian se rió.

«No. Chris tendrá que hacer fila detrás de mí esta noche», dijo Brian con una sonrisa mientras le ofrecía la mano a Amelia. Las escaleras eran lo suficientemente estrechas como para que fuera la única forma en que podía bajarlas mientras mantenía contacto con ella, y su corazón se aceleró unos cuantos latidos cuando ella obedeció y comenzaron a caminar. Mientras bajaba las escaleras, él comentó. «Entonces, cuando dijiste ropa informal, me sorprendió un poco».

«Bueno, tengo que usar trajes y faldas para ir al trabajo casi todos los días», señaló Amelia, «y definitivamente no crecí de esa manera. No llevas falda trabajando en una carnicería. Me gusta poder relajarme y usar ropa cómoda cuando soy yo misma. ¡Ah!, sobre eso. Si no te importa, no habrá charla de trabajo esta noche. Quiero saber sobre ti y tú podrás conocerme más allá de los trabajos».

«Totalmente de acuerdo», dijo Brian. «Quiero conocer todo de ti, Amelia. No solo el trabajo. Y prometo que haré todo lo posible para hablar de mí sin cesar hasta que pienses que soy el

mayor narcisista del mundo».

«Tal vez el segundo o el tercero más grande», bromeó Amelia, y Brian sonrió. Le abrió la puerta del pasajero de su auto, luego dio la vuelta y entró a su asiento, mirándola. Amelia tardó un segundo en recordar que ella había sido responsable de elegir el lugar de la noche y no le había dicho dónde. Finalmente, ella resopló y señaló. «Baja tres cuadras y gira a la izquierda».

Siguiendo sus instrucciones, Brian los llevó a un pequeño lugar que al principio no pudo identificar como un restaurante, justo en el corazón del centro del pueblo y a unas dos cuadras del ayuntamiento. «¿Aquí?».

«Créeme...», Amelia no soltó su mano mientras salía del asiento del pasajero, «este es mi lugar favorito para salir por la noche. ¿Espero que te guste la comida étnica?».

«Si te refieres a la comida mexicana, me encanta», le aseguró Brian. Se relajó, dejándola tomar la iniciativa mientras lo llevaba adentro, donde encontró un pequeño y encantador restaurante tipo "agujero en la pared", media docena de mesas de madera dispuestas en espacios reducidos, pero ahora, solo había otra mesa ocupada.

«¡Buenas noches, Amelita!», gritó una mujer mayor desde el otro lado del salón, y su rostro redondo se iluminó al ver a Amelia con Brian. «¿Quién es tu hombre?».

«Brian Davis», respondió Brian, sonriendo. La mujer le devolvió la sonrisa ligeramente sorprendida y Amelia lo llevó a la mesa más alejada de la puerta. Brian inhaló. «Este lugar huele increíble. ¿Cuál es tu recomendación?».

«O las *enchiladas mineras* o las *tostadas* si tienes antojo de carne», dijo Amelia. «Y hagas lo que hagas, no dejes que te convenzan de comer burritos. Ésa es la opción para muchos de los... ah...».

«¿Clientes menos informados?», sugirió Brian, y Amelia se sonrojó. «Está bien. Lo entiendo. Si no estuviera preparado para aprender y a veces me sintiera como pez fuera del agua, no te habría invitado a salir».

La mesera se acercó, todavía sonriendo mientras sus ojos iban de Amelia a Brian y viceversa. «*Es alto*», dijo la mujer. «*Y guapo*».

«Sí, *un poco alto, pero no soy guapo*», dijo Brian rápidamente. No se podía discutir qué tan alto era, pero podía bromear sobre su apariencia y la cordura de Amelia por salir con él. «*Quizás quieras ver a Amelia, está loca por estar aquí conmigo*».

Los ojos de la mesera se iluminaron y Brian ocultó su sonrisa hasta que ella tomó su pedido, una de las enchiladas, una de las tostadas, junto con papas fritas y salsa y dos aguas de *horchata* para beber. Cuando se fue, Amelia finalmente levantó una ceja. «¿Estoy loca?».

«No más loca que yo», le aseguró. «Pero gracias por dejarme presumir un poco».

«¿Dónde aprendiste español tan bien?», preguntó Amelia, sonriendo. «Tu acento está un poco fuera de lugar, pero escuché cosas peores de mis profesores de español en la escuela».

Brian se rió suavemente. «¿Estudiaste español en el bachillerato?».

«¿Creerías que en ese momento era el único 'idioma extranjero' que ofrecía Schneider High?», Amelia admitió. «De hecho, fue la mejor calificación y más fácil que obtuve en la escuela. Me aseguré de cambiar ese pequeño error cuando llegué al concejo municipal. Todavía no es genial, pero está mejorando. Pero... trabajo. No, no, no. Entonces, ¿dónde aprendiste?».

«Comencé en la escuela, pero en mi zona de Colorado había una creciente comunidad Latinx», dijo Brian. «Así que también lo aprendí de forma natural. En la universidad lo elegí como mi idioma extranjero y luego tomé dos cursos optativos más después de cumplir con mis requisitos. Aunque uno no fue tan intensivo».

«¿Cuáles fueron?», preguntó Amelia y Brian sacudió la cabeza, avergonzado. «Vamos. Tú

dime y te diré el curso más tonto que tomé. Lo prometo».

Brian asintió y respiró hondo. «¿Qué tal “*Medios y Cultura Latina a través de la Lente del Entretenimiento de Masas*”?» él dijo. «O traducido del lenguaje universitario, nos sentamos durante un semestre a ver *telenovelas y lucha libre*».

Amelia se rió y aplaudió. «¡No es cierto!».

«Oye, ver “*Sin Senos No Hay Paraíso*”, me desanimó por completo ante la idea de cualquier tipo de modificación o aumento corporal», dijo Brian con sinceridad. «Carmen Villalobos realmente acertó con el papel, incluso si era... bueno...».

«Una *telenovela*», sugirió Amelia mientras Brian agitaba la mano y él asentía, riendo. «Sí, pueden ser más cursis que unos nachos malos, pero a veces no puedes evitarlo. Entonces, ¿cuántos episodios viste realmente?».

«Ah... todos», admitió Brian. Cuando Amelia se quedó boquiabierta, él se encogió de hombros. «Quiero decir, ¿qué se suponía que debía hacer, detenerme después de los primeros diez solo porque eran lo que se requerían en la clase? ¡No, gracias!».

Amelia se rió y se inclinó. «Bueno, ya que compartiste la tuya, déjame decirte la mía. La clase más tonta que tomé en mi vida tuvo que haber sido... “*Historia, Teoría y Práctica del Hockey sobre Piso*”».

«¿Hockey sobre piso?», preguntó Brian y Amelia asintió. «¿Por qué elegiste hockey sobre piso?».

«Bueno, había oído que estaban en los Juegos Paralímpicos y necesitaba tomar una clase de educación física. Así que decidí intentarlo», admitió Amelia. «Solo que me equivoqué. Los Juegos Paralímpicos incluyen hockey sobre trineo y voleibol sentado. Definitivamente *no* son el mismo deporte, y cuando llegué lista para hacer una especie de deslizamiento divertido sobre mi trasero, rápidamente me dieron un par de patines en línea. No resultó... bien».

Brian se rió. «¿Realmente quiero saberlo?».

«Bueno, al menos aprendí a mantenerme de pie en patines en línea», dijo Amelia, riéndose. «Entre eso y la mitad de los partidos que se jugaban estrictamente corriendo, aprobé».

Llegaron sus bebidas y aperitivos, y Brian se dio cuenta de que Amelia estaba impresionada mientras saboreaba la salsa picante y compleja que acompañaba a sus papas fritas. Tenían un poco más de picante de lo que estaba acostumbrado, pero el picante de lo que sospechaba eran chiles habaneros, también tenía un sabor frutal que lo convertía en un bocado muy delicioso.

«Entonces», le preguntó Amelia después del primer bocado, «varios hermanos y un par de extras. ¿Cómo fue crecer así?».

«Loco». Brian tomó un sorbo de horchata. «Atestado. A mis padres les iba bastante bien antes... bueno, mi padre falleció, pero aún así, compartí habitación con Andrew durante la mayor parte de mi vida hasta que él se fue a la universidad. Siempre fue extraño, tener a Andrew vigilando que yo no estuviera cometiendo algunos de los errores que él había cometido y luego yo vigilando a Chris y a Dylan. Sabes, me di cuenta de lo doloroso que era para mis padres y para Andrew cuando tuve que hacer lo mismo por Dylan. No tanto con Chris. Él siempre fue una especie de nerd del campo».

«¿Así que lo disfrutaste?».

«¿En general?», preguntó Brian y Amelia asintió. «Sí. Lo admito, cuando pienso en mi futuro, veo tener varios hijos. Quizá no cuatro chicos, aunque, no sé. Eso hizo que la adolescencia... probablemente, fuera demasiado estresante para mí. Por otra parte, no sé cómo son las chicas adolescentes más allá de... ya sabes, las citas».

«De eso estoy segura», bromeó Amelia, y Brian se encogió de hombros. No iba a negar quién

era ni quién había sido.

«¿Y qué me dices de ti? ¿Eres hija única?», preguntó Brian y Amelia asintió.

«Mis padres querían más hijos, pero la economía nunca fue la adecuada», dijo Amelia. «Así que siguieron posponiéndolo, diciendo que el año que viene, o cuando las ventas mejoraran un poco..., por supuesto que no ocurrió. Incluso, yo fui un bebé tardío; mamá tenía casi cuarenta años cuando me tuvo».

«Lo siento», Brian consideró las cosas. «Sé que tuve suerte cuando me repartieron cuando nací».

«Es lo que hay», Amelia lo aceptaba. «Crecí en una comunidad fuerte y orgullosa, como la gente que dirige este lugar, y que yo también considero familia. Primos, se podría decir. ¿Algo así como Simon y tal vez Matt Miller lo son para ustedes?».

«Oh, simplemente invitamos a Matt a venir porque necesitábamos a alguien que pudiera desempolvar la parte superior de los ventiladores de techo», bromeó Brian, y Amelia se rió. «Por suerte para nosotros, pensó que era mejor que sus otras ofertas de trabajo».

«Ciertamente has tenido mucha suerte desde que llegaste a Saint Cloud», dijo Amelia. «O al menos tu familia la ha tenido».

«Ha habido gente buena para ayudarnos», dijo Brian. «Quizás esa sea la mayor suerte de todas. Las personas que influyen en nuestras vidas».

«Lo similar se atrae», respondió Amelia, extendiendo su brazo y poniendo su mano sobre la de él. «Has atraído a buena gente porque tu familia es buena gente. ¿Tú siempre has sido así?».

Brian sintió el calor de su mano sobre la suya y estuvo tentado de saltarse su pasado. Pero sabía lo esencial que era su pasado y por qué quería hacer las cosas como era con Amelia. «No... no siempre». Brian se aclaró la garganta. «Mis hermanos probablemente te contarán los detalles si quieres, pero yo fui un playboy. Nadie a quien le gustaría presentarle a su mamá, eso es seguro. Los detalles son bastante... vergonzosos».

«Entonces no necesito saberlos», dijo Amelia. «¿Pero siento que quieres contarme más?».

«Lo hago porque... porque afecta cómo quiero que continúe esta cita y cualquier cita futura que podamos tener», dijo Brian. «Su nombre era Carli. Pensé que había encontrado a mi alma gemela, éramos muy parecidos. Me gustaban los mismos tipos de moda, la misma música, las mismas comidas, tenía las mismas opiniones sobre las cosas. Y ella era hermosa, una especie de influencer de Instagram, ¿me entiendes?».

«Sí», dijo Amelia, y Brian suspiró con pesar por su tontería anterior. Al mirar a Amelia ahora, se sorprendió. Porque por muy hermosa que él pensaba que era Carli hace años, Amelia era todo eso y más. En ese momento simplemente estaba ciego.

«Me enamoré de ella, Amelia. *Big Sky Adventures* apenas comenzaba a despegar y, aunque todavía no éramos ricos, al menos estábamos obteniendo ganancias y yo no tenía que hacer ningún otro trabajo para llegar a fin de mes. Conocí a Carli en una convención de juegos, ¿sabes cuáles son?».

Amelia asintió. «Convención de juegos. Tenía un conocido en la universidad que asistía a “Comic-Cons”, así que tengo una idea general. Un montón de gente que se está divirtiendo con los videojuegos».

«Oh, sí», dijo Brian, sonriendo un poco. «Y con eso, lo admito, vienen los *cosplayers*. ¿Sabías que hay chicas que pueden ganar miles de dólares durante un fin de semana simplemente vistiéndose como personajes de juegos y cobrando a pobres imbéciles por tomarse fotografías con ellas? Carli era una de esas; de hecho, se había disfrazado como uno de los NPC, esos personajes no jugadores más populares de *Big Sky*. Entonces, cuando la gente de la convención

la vio, por supuesto, la llevaron a nuestro pabellón, donde estuvo feliz de tomarse fotos con todos los hermanos que habían llevado el juego al público. Después ella y yo comenzamos a hablar y. ... bueno, para resumir, me enamoré *perdidamente* de ella. Pensé que era real».

«No lo fue». Era una afirmación, no una pregunta. Brian asintió, la vergüenza y los recuerdos heridos regresaron. «Brian, no es necesario».

«Sí», reiteró Brian. «Amelia, ella jugó conmigo. Ella vivía en Las Vegas en ese momento y se suponía que íbamos a hacer todo el asunto a distancia. Quiero decir, me estaba haciendo rico; ¿qué me importaba volar a Las Vegas los fines de semana libres, sabes? Y cuando estábamos en Las Vegas, era la vida rápida, bebiendo y cenando, dando vueltas y negociando. De nuevo, ¿qué me importaba? Estaba enamorado».

«El amor a menudo puede cegarnos», dijo Amelia. «He tenido algunos corazones rotos».

«Sí, bueno, el mío se me rompió el veintitrés de mayo, hace ya casi cuatro años. Las Vegas estaba celebrando una convención y había decidido volar uno o dos días antes para sorprender a Carli. Yo... tenía un anillo en el bolsillo cuando bajé del avión», dijo Brian en voz baja. «Conduje hasta su casa, listo para ver si podía pasar un súper fin de semana, cuando la vi salir de su casa con lo que resultó ser su verdadero novio. No fue bonito».

Amelia hizo un gesto. «Lo siento, Brian».

«Yo..., yo no». Brian sacudió la cabeza y sonrió un poco. «No podría haber dicho eso ni siquiera hace unos meses, pero puedo decirlo esta noche. Amelia, aprendí de eso. Me dolió durante mucho tiempo, pero si no hubiera conocido el dolor y el lado malo, no podría ver el bien cuando lo tuviera frente a mí».

Esta vez extendió la mano, puso su mano encima de la de Amelia y tomó sus dedos. Amelia se sonrojó ligeramente y él le apretó los dedos y le pasó el pulgar por los nudillos suavemente. «Brian, sabes que, si soy tu rebote, podría ser un problema».

«Por eso quiero hacer esto de la manera correcta», dijo Brian. «Amelia, cuando nos mudamos a Saint Cloud, decidí que, si la persona adecuada se cruzaba en mi camino, volvería a correr riesgos. Pero ella tendría que ser muy, muy especial».

«¿Y qué clase de persona tendría que ser?», preguntó Amelia y Brian se rió.

«Tendría que ser terca, antes que nada», Brian se movió en su asiento y la miró a los ojos. «Tendría que ser testaruda y estar dispuesta a discutir conmigo. Tendría que ser el tipo de mujer que sería un gran dolor en mi trasero, pero al mismo tiempo, no podría pasar una hora sin pensar en ella».

«Parece que sería un atajo hacia las canas», bromeó Amelia, y Brian se encogió de hombros.

«Para ella, compraría acciones de “*Just For Men*”», bromeó Brian. «Además, doy tan bien como recibo. Es posible que ella misma necesite algunas citas con el peluquero en poco tiempo. Pero sería más que solo eso. Tiene que tener un gran corazón, preocuparse por la gente y tener esta... cualidad para ella. Ah, y cerebro. Cerebros para *días*. Porque dentro de treinta o cuarenta años, cuando seamos viejos y arrugados, ese corazón y ese cerebro van a ser tan hermosos como lo son hoy».

«¿Y crees que coincido con tu lista?», preguntó Amelia y Brian asintió lentamente.

«La pregunta que me he estado haciendo durante la semana pasada es qué tan bien coincido yo con *tu* lista», dijo Brian. «Porque si bien estoy dispuesto a arriesgarme nuevamente, no voy a fingir nada. Siempre seré yo mismo contigo».

«Bien, veamos», Amelia se tocó la barbilla. «Eres obstinado, eres un dolor de cabeza, me desafías casi todos los días. Por otro lado, puedes aguantar la salsa picante y tienes un gran corazón, bastante grande... Sí, hasta ahora estás haciendo un buen trabajo en mi lista».

«Entonces es un buen comienzo». Los ojos de Brian se abrieron cuando vio que se acercaban sus comidas. «Entonces, ¿cuál es tu política sobre compartir cosas de nuestros platos?».

«Lo que es tuyo es mío y lo que es mío es mío», dijo Amelia remilgadamente. «De hecho, si esperas que sea una chica linda que da pequeños bocados y apenas coma nada, te llevarás una decepción».

«No me decepcionas en absoluto», le aseguró Brian. «Solo prométeme que no me apuñalarás con el tenedor sobre el último bocado de enchilada».

Amelia tomó su tenedor y le guiñó un ojo. «Sin promesas».

La cafetería no era la que le gustaba a Amelia; si tuviera que elegir el lugar, habría elegido el B&B de Norton. No era fanática de ningún lugar que simplemente arrojara la mitad del especiero en un café y lo llamara de algún sabor para cobrar un dólar extra por taza.

Pero aquí es donde Kim Johnson pidió reunirse con ella en privado, y mientras cruzaba el lugar para sentarse en la mesa con Kim, tuvo que admitir que los asientos eran agradables. «Gracias por encontrarte conmigo. Aunque, ¿la gente no hablará al vernos pasar el rato?».

«¿Por qué?», Kim preguntó con una pequeña sonrisa juguetona. «Solo somos dos empleadas de la ciudad agobiadas tomando un café».

«Oh, oh», Amelia arqueó una ceja. «¿Y tomamos café juntas con qué frecuencia?».

«Rara vez, lo admito», dijo Kim, «pero pensé que te gustaría hablar sin que todos en el ayuntamiento tengan los oídos pegados a la puerta. Sé que yo lo haría».

Amelia tuvo que admitir que el argumento tenía mérito y tomó un sorbo de su café. «Entonces, ¿pudiste leer mi propuesta?».

«Lo hice», Kim tomó un biscotti y lo mojó en su café antes de darle un mordisco. «Mmmm... realmente deberías probar estos, Amelia. Son los mejores del pueblo».

«No, gracias. Tomé un *pan dulce* con el desayuno y si tomo otro, estaré usando pantalones deportivos para la próxima reunión del concejo». Amelia hizo que Kim resoplara. «¿Qué?».

«Amelia, eres muchas, muchas cosas», dijo Kim, «pero romper las costuras de tus trajes definitivamente no es una de ellas. Sabes, para ser honesta, estoy un poco celosa».

«¿Tú?», preguntó Amelia, sorprendida. «¿Celosa de mí? Espera, ¿cuándo cruzamos al multiverso o algo así pasó?».

Kim se rió suavemente. «En realidad. Mira, leyendo lo que me enviaste... antes de entrar en materia, creo que tú y yo necesitamos tener una pequeña charla personal. Tú y yo hemos abordado todo desde lados opuestos de cada problema desde que fuimos elegidas por primera vez».

«Puedo estar de acuerdo contigo en eso», dijo Amelia. «Pero como alguien me señaló, ambas tenemos el mismo objetivo en mente. Las dos queremos un futuro mejor para Saint Cloud. Es sobre el cómo llegar allí donde solemos cruzar espadas».

«Bueno, al leer tu propuesta, me gustaría pensar que no tenemos que hacer eso constantemente», dijo Kim. «Realmente tengo que felicitarte por los detalles de tu plan. Cuando dijiste algo por primera vez sobre un centro juvenil, pensé que traerías al concejo una idea de pastel en el cielo a medio cocer. Lo que me enviaste fue realmente impresionante. Me gustó especialmente cómo desglosaste los costos y los beneficios, resumiéndolo todo con el retorno de la inversión».

«Le transmitiré los elogios a la persona que lo merece», dijo Amelia, haciendo sonreír a Kim.

«¿Qué? Persona que lo merece», bromeó Kim. «El hecho de que lo hayas estado escondiendo en tu casa no significa que la gente no se haya dado cuenta de que has estado “trabajando” con alguien. Ahora no lo tuerzas; según lo que me enviaron, puedo ver que definitivamente han estado trabajando duro».

Amelia se encogió de hombros. «Bueno, veremos cómo continúa eso en el futuro. También hemos tenido buenas experiencias en nuestro tiempo libre».

«¡Bien por ti!», susurró Kim. «En realidad. Es bastante guapo. Pero vamos a los negocios. Leí cada palabra de tu propuesta, lo que sinceramente me sorprendió. Pensé que ya habría tomado una decisión en la página dos, pero en lugar de eso, dos horas más tarde me encontré usando mi computadora verificando tus afirmaciones. Logan está bastante molesto contigo por eso. Se suponía que íbamos a pasar una noche acurrucados en el sofá viendo la serie de “*Bridgerton*”».

Amelia se rió entre dientes. «Dile a tu prometido que lo siento, pero honestamente, no lo siento».

«Está bien. Le dije lo mismo. De todos modos, no es que le guste la serie. Sé que simplemente la ve conmigo para complacerme», dijo Kim. «De todos modos, leí cada palabra y las cifras se acercan lo suficiente a lo que encontré que no puedo discutir contigo sobre ninguna de ellas. Todos sabemos que los proyectos reales suelen acabar siendo diferentes a la propuesta. Normalmente, cuando ya está terminado».

«Cierto».

«Y», dijo Kim, «tengo que darte las gracias. Habría jurado que habrías intentado atar el centro a tu distrito, convirtiéndolo en una joya reluciente para el lado este de la ciudad y solo para Dusty Bend. ¿Pero ponerlo en mi distrito? Eso cerró el trato para mí».

Amelia suspiró aliviada. Había hecho muchas concesiones sobre la propuesta, e incluso después de su cita, ella y Brian a menudo habían debatido vigorosamente algunos de los puntos de la propuesta. Pero escuchar a Kim decir que el trato estaba cerrado para ella, significaba mucho.

Significaba una victoria.

«Pero...».

El corazón de Amelia se congeló cuando vio a Kim levantar un dedo y su felicidad se evaporó. Atrás quedaba la mujer agradable y algo juguetona que se había burlado suavemente de ella por haber visto a Brian Davis. En cambio, vio a la concejal que representaba al Distrito 1, la política que sabía que tenía influencia sobre Amelia y estaba dispuesta a negociar con ella.

«Pero estás buscando más», dijo Amelia. Podía ser que no fuera tan buena negociando como Kimberly Johnson, pero no ignoraba por completo cómo se jugaba el juego. «¿Qué?».

«Ha habido rumores en el ayuntamiento», dijo Kim en voz baja, volviendo a tomar un sorbo de café, «de que Tom Jones ha decidido que Saint Cloud finalmente ha escuchado suficientes remezclas de “*It’s Not Unusual*” (No es extraño), en cada temporada de campaña».

«Ah, ¿sí?», Amelia comentó, sin sorprenderse. «¿Segura?».

«Si no es esta vez, entonces le queda un último hurra, y eso es todo», dijo Kim. «Ahora, mirando por la ciudad, veo algunas personas que podrían reemplazarlo. Steve Monk, si quiere dejar de ser *sheriff*. Andrew Davis automáticamente tendría alrededor de mil votos solo de la gente que trabaja para él, y con la forma en que sabe cómo hacer amigos e influir en las personas, podría darle lecciones a Carnegie».

«No lo negaré», dijo Amelia. «Es muy popular».

«Pero Andrew no es nativo de Saint Cloud», señaló Kim. «Creo que, si él y yo nos enfrentáramos cara a cara, sería animado, pero yo ganaría. Porque quiero el puesto, Amelia».

«Serías una buena alcaldesa», dijo Amelia con sinceridad. «Como dije, es posible que tengamos ideas diferentes sobre cómo llegar allí, pero amas este pueblo».

«Hay una persona que me haría la vida muy, muy difícil si se postulara para alcalde», dijo Kim, mirando a Amelia. «Tú».

«¿Yo?», preguntó Amelia, un poco sorprendida. «¿Estás preocupada por una chica apodada “Quijote del Alba”?».

«Eso fue en el pasado», respondió Kim. «Eres popular en tu distrito, tienes una buena conexión con tu gente y Wine Country te daría esa sensación de conexiones con mucho dinero que también podrían influir en la gente. Y ya obtuviste puntos importantes al hacer que las cosas fueran tan fluidas para Cloud 9 y lo que están trayendo a la ciudad. Si corres contra mí, sería una pelea contundente. Tradición versus innovación, cambio versus valores de Saint Cloud».

«Pero tú también quieres un cambio», dijo Amelia. «He leído tus propuestas, Kim. Y tus discursos. Sabes que quedarse quieto mataría a este pueblo».

«Es cierto, pero cuando necesitas crear contraste con tu oponente, dices lo que puedes y gobiernas como quieres después de ganar», dijo Kim. «Pero me gustaría postularme desde una perspectiva centrista. Honrar nuestras tradiciones y culturas sin tener miedo del futuro. Lo mejor de todo sería simplemente basarme en mi popularidad... y mi apariencia».

«Definitivamente los tienes», admitió Amelia. «Eres una mujer sorprendente, Kim».

«Mira quién está hablando», respondió Kimberly. «Como me dijo Tom la última vez que charlamos con él, en ese sentido somos dos caras de la misma moneda, Amelia. Pero déjame ir al grano. Quiero postularme cuando Tom esté listo para jubilarse. Sé que nos ha estado asesorando a las dos. Así que esto es lo que quiero. Prométeme que no te postularás para alcaldesa contra mí y respaldaré tu propuesta. Recibiré muchos elogios por la forma en que está presentada tu propuesta».

Amelia lo pensó por un momento y luego asintió. «Si eso es lo que quieres, necesitaré dos cosas de ti».

«¿Oh?».

«La propuesta del autobús», dijo Amelia. «Respaldas el plan más grande que se nos ocurrió a Brian y a mí. Quiero que todos los ciudadanos de Saint Cloud tengan acceso al sistema de minibús».

«¿Segundo?».

«No compites contra Tom», dijo Amelia. «Entiendo que quieras reemplazarlo, pero es un buen hombre y es bueno para el pueblo».

Kim se rió entre dientes. «No habría hecho eso de ninguna manera. De hecho, quiero ganar cuando me postule para alcaldesa, Amelia. Y Tom es lo suficientemente popular como para conservar esa silla todo el tiempo que quiera. Así que sí, es una promesa fácil».

«Gracias», dijo Amelia. «Así que estamos bien».

«Entonces, cuando me postule para alcaldesa, ¿me respaldarás públicamente?», preguntó Kim y Amelia asintió. «¿Prometido?».

«Siempre y cuando no salgas como una especie de monstruo con esqueletos en tu armario o seas respaldada por algunos extremistas extravagantes», dijo Amelia como advertencia. «Veo algunos locos con equipo táctico o pidiendo la secesión de Texas por aquí, y todos los acuerdos estarán cancelados».

Kimberly se rió y se reclinó. «Totalmente de acuerdo», ella le ofreció la mano. «Bien,

entonces. Tienes tu tercer voto para el centro juvenil. Supongo que lo pondrás en la agenda de la reunión de la próxima semana».

Amelia asintió y estrechó la mano de Kimberly. «Mañana pediré a Tom que publique la propuesta en el *Gazette* y en línea».

«Será una reunión pública, ¿sabes?», dijo Kim. «Puede que haya algunos chiflados allí».

«Es cierto, pero al mismo tiempo, eso significará más felicitaciones para los jóvenes e intrépidos miembros del concejo que invierten en el futuro de la juventud de Saint Cloud». Amelia se rió de lo política que sonaba. Kimberly también se rió y levantó su café. Chocaron las tazas y, mientras Amelia tomaba otro sorbo de su bebida, pensó que esta vez el café sabía más dulce.

Sabía a victoria.

Las mariposas bailaron en el estómago de Brian mientras subía las escaleras del ayuntamiento. Estaba tan nervioso que había conseguido que sus hermanos prometieran no asistir a la reunión del concejo de esa noche. Después de todo, se transmitía por televisión con acceso público y por Internet en el sitio web del pueblo, si realmente estaban interesados.

Pero él tenía que estar ahí. No había manera de que Amelia enfrentara la votación del concejo sin que él estuviera presente. Estaba demasiado involucrado en el proyecto.

No, estaba demasiado interesado en Amelia. Habían terminado su primera cita nada más que tomados de la mano, a pesar de que él quería hacer más. Pero eso no apagó los pensamientos en su cabeza. En todo caso, pensó en Amelia más que nunca.

Primero tenían que aprobar la votación. Amelia se sintió segura al tener un acuerdo de apretón de manos con Kimberly Johnson por su apoyo. Pero Brian sabía lo suficiente como para decir que nada era seguro hasta que se convocara la votación.

Lo que significaba esperar. Al menos no necesitaba vestirse elegante para ello. Se había vestido intencionalmente con pantalones cargo, una camiseta blanca y su chaqueta de cuero. Quería proyectar un aura de calma, de indiferencia.

Lástima que estaba bastante seguro de que ya había sudado hasta la parte de atrás de su camisa.

La sala del concejo estaba mucho menos llena que la última vez que Brian asistió a una de estas reuniones. En ese momento, la sala casi estaba llena mientras se debatía la cuestión de si el Rancho Cloud 9 albergaría bailes comunitarios en el granero.

Por alguna razón, la idea de que el pueblo gastara aproximadamente mil dólares al año en refrigerios para una serie de seis bailes era más importante para la gente de Saint Cloud que la propuesta del centro juvenil. Eso hizo reír a Brian, incluso cuando sabía de qué se trataba realmente el debate. ¿Aceptaría Saint Cloud a los nuevos multimillonarios forasteros y la amenaza que representaban para el modo de vida de Saint Cloud?

Habían superado esa noche y parecía que era el punto culminante de la resistencia. No es que todavía no se produjeran pequeños incendios forestales, y Brian esperaba que eso ocurriera en los años venideros. Muchos de los programadores y expertos en informática que sus hermanos habían contratado no eran la gente típica de Saint Cloud.

Pero el tema de esta noche parecía casi vulgar cuando entró en la sala principal. Estaba a punto de sentarse cuando sintió un golpe en su hombro y se giró para ver al *Sheriff* Monk parado allí. «Lo siento, no lo vi en la puerta». Le tendió una hoja de papel. «Se supone que debo estar repartiendo la agenda del día».

«¿Está repartiendo la agenda, *sheriff*?», Brian preguntó con incredulidad. «¿Por qué?».

«Bueno, tengo a Billie Vincent y Harlan Richards patrullando, y todos los demás están fuera de servicio u ocupados de alguna otra manera. No parece correcto traer a alguien solo para repartir papeles y actuar como si el concejo necesitara seguridad». El *sheriff* Monk sonrió. «Además, tengo que hacer un informe de todos modos. Disfruta».

Brian se sentó con su agenda e hizo una mueca al ver que, además del informe del *sheriff*, había una gran parte de la agenda reservada para “Voces de la Comunidad”. Había oído hablar de ellos, ya que una vez por trimestre el concejo abría el micrófono a casi cualquier persona de la comunidad que quisiera dar su opinión para hacerlo.

Simplemente genial.

Llegó el concejo y el ánimo de Brian se levantó ligeramente cuando los ojos de Amelia encontraron los de él mientras se sentaba en su silla. Ella le guiñó un ojo y Brian se recargó en su silla, respiró hondo y le devolvió el guiño.

Tenemos esto.

«Vamos a poner orden». El alcalde Jones golpeó el mazo. «Bienvenidos a todos a la reunión del concejo de esta noche. Ahora, normalmente, uno de nuestros miembros locales del clero nos inicia con una invocación, pero desafortunadamente, el rabino Roberts sufrió laringitis esta tarde y no tuvimos tiempo de llamar a alguien más. Así que empezaremos directamente».

«Alcalde...», dijo alguien entre la multitud, y el alcalde golpeó con su mazo.

«Un momento», dijo el alcalde Jones por su micrófono. «Esta noche es la noche de “Voces de la Comunidad”, así que estamos aquí para escuchar sus voces. Pero hay algunas reglas, ¿lo oyeron? En primer lugar, tienen tres minutos para exponer su punto y no, no pueden tomar los de sus amigos para conseguir más. Aquí no se regalan minutos, no somos una empresa de telefonía móvil».

Eso provocó algunas risas y Brian observó trabajar al alcalde Jones. Ahora entendía por qué aquel hombre había podido ser un alcalde tan eficaz durante tanto tiempo. Con una parte de encanto casero, una parte de humor y dos partes de astucia, estableció las reglas. Las cosas se pusieron en marcha y Brian se inclinó hacia adelante mientras el *sheriff* Monk se acercaba al micrófono.

«Por eso me pidieron que viniera esta noche para abordar los informes de vandalismo en el Estadio Municipal». El *sheriff* miró un portapapeles que llevaba consigo. «A modo de repaso rápido, antes del partido de fútbol femenino del viernes pasado por la noche entre Schneider High y Saint Cloud High, alguien pirateó el marcador para mostrar algunas palabras despectivas sobre Schneider High School y el equipo de fútbol femenino en particular».

«*Sheriff* Monk, ¿qué se mostró exactamente?», preguntó Vance Henry, cuyo distrito incluía Saint Cloud High. «Los informes que he visto han sido irregulares».

«Estaré encantado de entregarle un informe escrito con fotografías, concejal Henry», dijo el *sheriff* Monk, «pero no fue el tipo de cosas que valga la pena repetir en público. Digamos que si fuera mi hija la que recibiera esas palabras, es posible que tuviera que quitarme la placa por unos momentos cuando encontrara a la persona o personas que lo hicieron».

«*Sheriff* Monk», preguntó Amelia, «¿cómo va la investigación? ¿Tiene alguna pista?».

«Actualmente estamos investigando algunas, pero para ser honesto, concejal Hernandez, sería mucho más fácil si la comunidad supiera algo que nos pudiera ayudar», dijo el *Sheriff*. «Es posible que esa gente de la televisión tenga un grupo de detectives de tiempo completo y CSI para rastrear todo, pero no así nosotros en Saint Cloud. Lo hacemos mejor cuando la comunidad y el departamento trabajan de la mano. Entonces, si la comunidad sabe algo, estaremos felices de escucharlo».

«Gracias, *sheriff* Monk», dijo Kim Johnson. «Por favor, sepan que el concejo los apoya y que cualquiera que piense que ese... lenguaje es apropiado para cualquier mujer joven aprenderá de manera diferente».

«Gracias, concejal». El *sheriff* se dirigió hacia un lado de la sala para asumir su papel secundario de seguridad durante la reunión.

Cuando terminó, se abrió el piso para que la comunidad hiciera fila y se acercara al micrófono para decir lo que quisieran decir. Decir que los temas planteados fueron variados y casi entretenidos para Brian fue quedarse corto.

«Concejo, me gustaría hablar de las luces que se vieron en el cielo el mes pasado sobre el Río Plata», dijo el primer hombre, retorciendo su sombrero entre sus manos. «Ahora, esta es la tercera vez que asisto a una reunión del concejo para hablar sobre esto, ¡y todavía no he escuchado nada de nadie sobre los extraterrestres que están secando nuestro río!».

¿*Extraterrestres*? Pensó Brian, levantando una ceja. Sin embargo, tenía que concedérselo a Amelia. Ella no se rió. Ella no esbozó una sonrisa. Lo máximo que hizo fue apretar un poco la mandíbula, un gesto que él había aprendido en las últimas semanas. Ella estaba reprimiendo sus palabras con venganza.

«¡Les digo a todos que nos están robando el bagre del Río Plata!», declaró el hombre, y el alcalde se inclinó hacia adelante.

«Señor Lipscomb, ¿sabría por casualidad qué quieren los extraterrestres con nuestro bagre?», preguntó el alcalde. «¿Y cómo sabe que están interesados en el bagre?».

«¡Alcalde, solía pescar bagres tan fácil como tirar el anzuelo al agua!», declaró el señor Lipscomb. «Ahora no he pescado un bagre en un año y medio, ¡y todo empezó la primera vez que vi a esos extraterrestres!».

«Señor Lipscomb, desafortunadamente, no tenemos los recursos para investigar... las violaciones extraterrestres de las ordenanzas de pesca y caza», dijo el alcalde, «pero prometo que transmitiremos su información a las autoridades correspondientes. Por ahora, sin embargo, se acabó su tiempo. ¿Siguiente por favor?».

La siguiente oradora fue dulce, una anciana de un metro y medio de altura como máximo, con manos nudosas que agarraban un bastón en una mano mientras el *sheriff* le ajustaba el micrófono. «Gracias, Steve, lo hiciste muy bien», dijo. «Bueno, miembros del concejo, me gustaría quejarme esta noche del Departamento de Bomberos de Saint Cloud».

«¿Cuál es la naturaleza de su queja, señora Vanderlight?», preguntó Duane Cortez.

«Hace dos semanas, mi bebé quedó atrapado en un árbol», dijo la señora Vanderlight, «y cuando llamé a los bomberos para que vinieran a rescatarlo, ¡nadie apareció! ¡Tuve que esperar horas mientras mi bebé estaba en peligro!».

«Señora Vanderlight, su bebé... está hablando de ‘Snowball’, ¿verdad?», preguntó Vance Henry, y Brian arqueó una ceja. ¿Snowball? Cuando la señora Vanderlight asintió, Vance suspiró. «Señora Vanderlight, hablé con el jefe Bronson sobre sus llamadas. Por favor, comprenda que Snowball es un gato. A los gatos les gusta trepar a los árboles».

«Pero Snowball no es solo un gato, ¡es mi bebé!», gritó la señora Vanderlight. «¿Qué pasa si le da hambre en el árbol? ¡La última vez se perdió la cena!».

«Señora Vanderlight, si Snowball puede trepar al árbol, también puede bajar», respondió Vance Henry. «Desafortunadamente, por mucho que nuestro departamento de bomberos disfrute del entrenamiento con sus escaleras, ir a buscar tu Snowball no es una emergencia. Si realiza más llamadas al departamento de bomberos para sacar a su gato de un árbol, el jefe Bronson tendrá que presentar cargos contra usted».

«¡Es una infamia!», dijo la señora Vanderlight. «¿Cómo... cómo no puede decir que es una emergencia?».

«Utilizamos un código de emergencia establecido por la Comisión de Protección contra Incendios de Texas», dijo Vance Henry. «Si me llama la próxima semana, con gusto le daré su información de contacto en Austin».

Sí, deja que el gobernador se encargue de esto, pensó Brian. *Si eso no funciona, estoy seguro de que hay alguien en Washington responsable de los gatos en los árboles.*

La fila de peticionarios continuó y Brian rápidamente se preguntó cómo Amelia podía lidiar con eso. No es que todas las personas que se acercaban al micrófono fueran tan locas como las dos primeras; se planteaban algunas cuestiones buenas. Una persona quería solicitar al pueblo que uno de los bailes comunitarios tuviera temática latina, lo que a Brian le pareció bien. Una tropa scout quería apoyo del ayuntamiento para hacer un proyecto de limpieza a lo largo del Río Plata en forma de bolsas de basura y pinzas para recoger basura.

Había otras buenas ideas o simplemente cuestiones legítimas, y Brian se alegró de que el ayuntamiento estuviera dispuesto a escuchar a estas personas. Pero la mayoría de las personas que se acercaron al micrófono parecían simplemente tener un interés especial. Uno despotricó durante los tres minutos completos sobre cómo la reunión de la noche era ilegal e inválida porque no había habido oración. Otro quería declarar a Saint Cloud un “estado libre”, lo que parecía estar basado en algún tipo de teoría de la conspiración sin sentido que a Brian le dolía el cerebro, por muy complicado que fuera. A esto respondió otro orador que quería que el ayuntamiento declarara a *todos* los residentes de Saint Cloud “ciudadanos globales” y se unieran a algún tipo de colectivo internacional.

Es una noche de locos en el ayuntamiento, pensó Brian mientras finalmente terminaba la noche de “Voces de la Comunidad” y el ayuntamiento comenzaba sus actividades normales. Los dos primeros puntos de la agenda eran votaciones de rutina, programando informes de varios departamentos de la ciudad para reuniones posteriores.

Lo siguiente fue una moción inmediata de Amelia para que el concejo municipal apoyara la idea de la tropa Scout, limitada a bolsas de basura, guantes y otros materiales necesarios para completar el proyecto de servicio comunitario. Brian sonrió cuando Kim Johnson inmediatamente secundó la moción y fue aprobada por unanimidad sin ningún debate.

Finalmente, llegó el evento principal, la razón por la que Brian había salido esa noche. El alcalde empezó a hablar. «La concejala Hernandez ahora será escuchada. ¿Miembro del Concejo?».

«Gracias. Miembros del concejo, me gustaría presentar ante el concejo una propuesta para un Centro Juvenil en Saint Cloud. Todos han recibido una copia de mi propuesta, pero, para resumir, las instalaciones estarían ubicadas en las afueras del centro del pueblo, en un espacio que actualmente es mitad propiedad del pueblo y mitad parte de un lote de propiedad privada actualmente desocupado. Además, propuse una enmienda que autorizaría al pueblo a iniciar el servicio de minibús en todo Saint Cloud, abriendo todo el lugar a todos los que viven aquí».

Amelia se aclaró la garganta y tomó un sorbo de agua. «Sé que la inversión sería considerable. Pero como señala mi propuesta escrita, el retorno de la inversión para la población superaría con creces los desembolsos, y al trabajar en una asociación público-privada con varias partes en Saint Cloud, minimizaremos los desembolsos y maximizaremos los retornos. Saint Cloud necesita esto para nuestro futuro. Para nuestros hijos. Piénsenlo. Un lugar seguro donde puedan jugar, donde puedan desarrollar sus corazones, mentes y cuerpos. Un lugar donde nuestros hijos puedan crecer y aprender, donde los padres de Saint Cloud pueden estar seguros

de que sus hijos están siendo supervisados por profesionales en un entorno seguro. Es el primer ladrillo del futuro de un Saint Cloud sano, estable y feliz. Gracias».

El alcalde miró alrededor de la sala y luego a la multitud. «La sala está abierta a comentarios de la comunidad. Tengan en cuenta que desde la publicación en línea y en el *Gazette*, el concejo ha recibido sus correos electrónicos, por lo que, a menos que tengan algo nuevo que agregar o no nos hayan enviado un correo electrónico, manténganse en sus asientos para que no estemos aquí toda la noche. ¿Alguien?».

Una niña se levantó y, con la ayuda de su madre, se acercó al micrófono. Brian se sorprendió, pero también se alegró de ver a los niños participar. El alcalde también se alegró de verlo. «¿Cuál es su nombre, señorita?».

«Soy Danny Harper», dijo la niña. «Oh, lo siento, señor, soy Daenerys Harper. Tengo siete».

«Danny está bien, cariño», dijo el alcalde mientras algunos “ayyy”, recorrían la habitación. «¿Qué te gustaría decir?».

«Quiero el centro porque quiero aprender a bailar ballet», dijo la niña con la voz ligeramente ceceando. «Pero no puedo porque mi hermanito hace mucha popó en el pañal y las zapatillas de ballet cuestan mucho dinero, así que papá no puede comprarme lecciones todavía. ¡Si tuviéramos un centro juvenil, podría aprender eso y también cómo hacer un jarrón para el cumpleaños de mamá! A ella le gustan las flores en la mesa».

Más “ayyy” recorrieron la habitación y la pequeña Danny miró a su alrededor antes de mirar a su madre, que tenía lágrimas en los ojos. «¿Te puse triste, mami?».

«No, cariño». La señora Harper abrazó a su hija. «Gracias».

Se sentaron y el alcalde asintió. «Entonces tengo una pregunta. Sr. Brian Davis, lo veo entre el público. ¿Se acercaría al micrófono?».

Brian se levantó nervioso y se acercó. «¿Sí, señor alcalde?».

«La enmienda que tiene la concejal Hernandez depende de que su familia done los fondos para estos minibuses», dijo el alcalde. «¿Puedo obtener su promesa ahora sobre eso?».

«Si aprueba el plan, señor, le prometo que tendrá autobuses antes de que los niños se vayan a las vacaciones de primavera», dijo Brian. «Incluso si tengo que conducir yo mismo los autobuses desde el concesionario».

Una ligera risa lo recibió y el alcalde asintió. Lo más importante para Brian era que vio el agradecimiento en los ojos de Amelia cuando se sentó y le dedicó una pequeña sonrisa. Aún así, mientras se inclinaba hacia adelante con los codos sobre las rodillas, estaba nervioso. Aparte de Amelia, ninguno de los otros miembros del concejo había dicho nada, y ahora era el momento de que la oposición expresara sus preocupaciones.

«Bien, entonces». El alcalde miró a su alrededor. «Bueno, ¿alguien más en el concejo quiere hablar a favor o en contra de esta propuesta? ¿El miembro del concejo Johnson?».

Kimberly Johnson, que había levantado la mano, asintió agradecida al alcalde. «Gracias, alcalde Jones», ajustó el micrófono frente a ella. «Como el concejo sabe, cuando la concejal Hernandez propuso su idea por primera vez, tuve muchas reservas. Y si esa noche se hubiera realizado una votación, habría votado en contra».

El pecho de Brian se tensó mientras esperaba que Kimberly continuara. Ella respiró hondo y sonrió. «Pero al leer la inmaculada y detallada propuesta del miembro del concejo, me alegra decir que he cambiado de opinión. El futuro de Saint Cloud siempre está presente en mi mente y el análisis del miembro del concejo es acertado. Así que, si la concejal me lo permite, me gustaría darle todo mi apoyo tanto a su propuesta como a la enmienda que aumenta el tamaño de la flota de minibuses de dos autobuses a cinco, y me gustaría tener el honor de convocar

inmediatamente a una votación, tanto sobre la enmienda como sobre la propuesta».

«Secundado», dijo Amelia, y Brian pudo sentir la política en juego. Amelia había sido un poco reservada sobre su reunión con Kimberly Johnson, aparte de decir que había obtenido el apoyo de Kimberly. Sospechaba que esto era parte del acuerdo en juego.

«Bueno, tenemos una moción y ha sido secundada», dijo el alcalde. «Entonces llevaremos el asunto a votación. En cuanto a la enmienda que autoriza una flota de minibuses, ¿qué opina el ayuntamiento? ¿Esta vez a mano alzada, los que sí?».

Se alzarón cuatro manos, incluida la del alcalde. Solo Duane Cortez se negó a aceptar la idea del autobús, con la mandíbula apretada mientras se sentaba en su silla, sin decir ni hacer nada.

El alcalde miró a su alrededor y asintió. «A mano alzada, la moción se aprueba con cuatro votos a favor. Pasemos ahora a la propuesta más amplia para el establecimiento de un centro juvenil en Saint Cloud. De nuevo, a mano alzada».

Una vez más, la votación fue de cuatro a uno, y solo Duane Cortez no apoyó la moción. Unos minutos más tarde, la reunión concluyó y Brian se reclinó, con una sensación de alivio y logro calentando su pecho mientras esperaba.

No había sentido esta sensación de orgullo bien merecido desde sus días escolares, cuando jugaba para el equipo de béisbol de su escuela secundaria y ganaban los campeonatos distritales en su último año. Esta vez, sin embargo, no era el jugador estrella que golpeaba la madera en el punto limpio y recibía los elogios. En ese momento, él era el actor secundario y, mientras esperaba que Amelia saliera de su oficina, descubrió que eso no le importaba demasiado.

Unos diez minutos después de que terminó la reunión, solo estaban Brian y el *sheriff* en la sala, quien parecía relajado cuando se acercó. «Autobuses, ¿eh?».

«Cinco de ellos», estuvo de acuerdo Brian, poniéndose de pie. «Pero solo minis».

El *sheriff* se rió entre dientes. «Habría elegido rosas, pero como dicen los niños, haz lo tuyo. Felicidades».

El *sheriff* se fue y unos minutos más tarde entró Amelia, muy emocionada y extasiada. Antes de que Brian pudiera decir algo, ella se acercó y lo abrazó. «¡Lo hicimos!».

Brian le devolvió el abrazo, emocionado por la sensación. Sabía que era solo la euforia por la victoria y la celebración, pero le gustaba sentir a Amelia en sus brazos. Definitivamente quería más. «Lo hiciste», la corrigió. «Tú lideraste el esfuerzo».

«No podría haberlo hecho sin ti». Amelia dio un paso atrás, sus ojos brillaban. «Así que, gracias».

«Eres más que bienvenida. Entonces, ¿qué tal si lo celebramos?», preguntó Brian. «El sábado por la noche puedo elegir el lugar y lo que haremos».

«¿Personal?», preguntó Amelia y Brian asintió. «Me gustaría eso».

«Bien», dijo Brian con una sonrisa. «Entonces te recogeré a las tres de la tarde del sábado».

«¿Tres en punto?», preguntó Amelia y Brian sonrió. «Ya estás haciendo planes, ¿no?».

«Shhh», respondió Brian en broma, llevándose un dedo a los labios. «Todavía tengo muchos patos por alinear».

«**A** sí que este es mi tercer viaje a tu rancho», dijo Amelia mientras Brian cruzaba la puerta de hierro forjado que marcaba el camino de entrada al rancho Cloud 9. «Y es un hermoso día».

Lo era realmente. Un poco fresco debido al clima de febrero, ella vestía sus mejores jeans y un suéter azul debajo de la chaqueta. Brian llevaba su chaqueta de cuero y jeans, y cuando se detuvo en el área de estacionamiento, tarareó, complacido. «Tomaré el clima como una señal de buena suerte. Dime, ¿eres supersticiosa?».

«Mi cerebro me dice que no, pero admito que enciendo una vela en Halloween para mantener alejados a los fantasmas», dijo Amelia con una sonrisa. «Y nunca uso calcetines ni ropa interior a juego. No tengo idea de dónde saqué eso».

Brian se rió y salió, dando la vuelta para abrirle la puerta. Mientras salía, Amelia respiró hondo, inhalando los aromas del rancho. Era extraño, de verdad. Saint Cloud no era uno de esos pueblos con problemas de contaminación del aire. Eso era prácticamente imposible, considerando el tamaño del lugar. Pero había algo diferente en respirar el aire aquí en el rancho. Tal vez fuera la forma en que la brisa bajaba desde las suaves colinas hacia el oeste, una dirección que estaba bloqueada por otros edificios en su distrito.

O, tal vez era la vista, que la hacía sentir como si hubiera entrado en una pequeña porción de fantasía. Incluso coincidía con sus ideas, cuando observó el molino de viento de seis palas que se elevaba sobre el gran granero. «Sus planes para volverse ecológicos están avanzando».

«¿Eso?», Brian preguntó, asintiendo. «Esta es solo la primera, una turbina de prueba. Dos mil vatios y el banco de baterías está dentro del granero. De esa manera, si algo sale mal, no perdemos las casas. Con el tiempo, instalaremos paneles solares en todos los tejados y, si el pueblo y el estado nos lo permiten, tendremos una línea completa de molinos de viento en funcionamiento».

«¿Un parque eólico?», preguntó Amelia. «Bueno, ya tienes la tierra».

«Y las vacas no se quejarán siempre y cuando las construyamos lo suficientemente altas», señaló Brian, haciendo sonreír a Amelia ante su suave broma. «¿Ves? Se trata de cómo lo presentas. Construimos un montón de estaciones solares y turbinas eólicas, y le digo a la gente que es porque no quiero pagarle a la compañía eléctrica o, mejor aún, quiero vendérselo a la compañía eléctrica, e incluso al tradicionalista más rígido del mundo. Saint Cloud está a bordo. Les digo que estoy tratando de salvar el planeta y reducir el cambio climático, y la gente empieza a mirarme raro».

«Así que sigues enseñándome», dijo Amelia. «¿Cuál es el plan? ¿Y dónde está tu familia?».

«Oh, están por aquí», le aseguró Brian, mirando rápidamente a su alrededor. «¿Cassidy

nunca te contó sobre su primera visita aquí?».

«No».

Brian se rió. «Prácticamente estábamos tropezando con nosotros mismos para mantenernos fuera del camino de Chris y al mismo tiempo espiarlos y ayudarlos. Todos queríamos que Chris tuviera una gran cita, pero al mismo tiempo teníamos mucha curiosidad por Cassidy; aún no la habíamos conocido. Así que todos estábamos mirando por las ventanas».

«¿Ah, de verdad?», preguntó Amelia, mirando hacia la casa. No vio nada inusual, solo una casa que parecía tranquila. «No parece así hoy. ¿Soy aburrida?».

Brian negó con la cabeza. «Difícilmente. Pero ellos ya te conocen, Amelia. Bueno, más o menos. Todo el mundo te ha visto en la boda y, por supuesto, has trabajado con todos nosotros antes. Así podrán darnos nuestra privacidad mucho más fácilmente. Eso y Cassidy probablemente los tiene a todos pegados con cinta adhesiva a las sillas de su casa, por si acaso».

Amelia se relajó. Dejó que Brian la llevara a los establos, donde se maravilló de los caballos que encontró. «Son hermosos. ¿Cinco? ¿Uno para cada uno de ustedes?».

«Bueno, esa era la idea al principio, pero ahora son solo cinco porque Matt y Dylan todavía se están descubriendo a sí mismos, y no queremos obligarlos a ser peones del rancho», dijo Brian con sinceridad. «Aunque están aprendiendo, como que ya tienen a estos bebés preparados para nosotros. Tú montas, ¿verdad?».

Amelia se sonrojó. «Mal. Lo sé, lo sé, una chica de Texas que no sabe montar a caballo. Como un angelino al que no le gusta el sushi o un neoyorquino que odia la pizza».

«No te preocupes por eso», dijo Brian fácilmente. «A decir verdad, yo tampoco soy un gran jinete. Por eso les pedí que nos prepararan a Noche y a Star. Son nuestras monturas más dóciles y fáciles... y también son amigos».

Brian llevó a Amelia hasta un hermoso caballo negro que ya estaba ensillado y parado serenamente en un establo, masticando un bocado de avena. Brian cruzó el establo y regresó con un pequeño cono de azúcar de piloncillo y lo deslizó en la mano de Amelia. «Toma», dijo mientras el caballo se acercaba. «Extiende tu mano para que Noche no te corte los dedos accidentalmente. Pero ella es muy dócil y dulce. Después de darle el bocadillo, frótale el costado de la cabeza cerca de las orejas; le gusta eso».

«Noche, ¿eh?», preguntó Amelia, su corazón dio un vuelco cuando el caballo casi le arranca el azúcar de la palma. «Tienes un gran nombre, hermosa. Y buen gusto en las golosinas».

«La conseguimos de Happy W», explicó Brian mientras se unía al rascado. «Ha estado mimada desde el momento en que llegó aquí, pero eso es bueno. No estoy tratando de inquietarla. Toma, saquemos a Noche y podrás conocerla más mientras yo saco a Star».

Brian abrió la puerta y condujo a Noche afuera, y Amelia casi quedó fascinada por el hermoso animal. Ya estaba ensillada y Amelia notó que su brida no tenía ajuste para la boca del caballo. Mientras Brian la ayudaba a montar el caballo y luego se subía a la silla de Star, ella lo comentó. «Tus caballos no tienen frenos».

«Amanda Muñoz nos dijo que no era necesario y, además, es más fácil si queremos hacer un paseo de un día por el campo», explicó Brian. «Podemos dejar que los caballos pasten mucho más fácilmente. Google dice que es posible que un caballo paste con un freno, pero luego hay que limpiar más y la hierba no se mastica tan bien. Francamente, estas bellezas tienen suficientes gases sin tener problemas para masticar».

Amelia se rió y empezaron a montar. La luz del sol de la tarde fue suficiente para mantener el frío a raya mientras cabalgaban, hablaban y pasaban el rato. «Entonces, ¿volverás a la oficina la semana que viene?», preguntó Amelia. «Estoy segura de que hay algún tipo de trabajo de

relaciones públicas para Cloud 9 Games que te has estado perdiendo».

«Oh, algunas cosas, pero para ser honesto, los asistentes lo han manejado todo con creces», dijo Brian. «La verdad es que creo que voy a extrañar lo que hemos estado haciendo durante las últimas semanas. Me recordó los primeros días cuando ayudaba a mis hermanos».

«¿Cómo es eso?», preguntó Amelia.

«Estábamos... bueno, fue difícil. Teníamos presión para realizar una tarea, nos estábamos volviendo creativos y, aunque esa oficina temporal en tu cuarto de almacenamiento es mucho menos lujosa que mi oficina en Cloud 9, me gustaba. Sentía que realmente hacíamos algunas cosas buenas».

«Lo mismo digo», admitió Amelia. «Ahora será menos divertido. Quiero decir, todavía tendré ese proyecto en el que trabajar, pero no estará todo en mis manos. Supongo que siempre puedo encontrar otra cosa por la que entusiasmar me, pero sospecho que hay muchas cosas que puedo impulsar en el concejo a la vez».

«Hablando de eso, ¿qué le prometiste a Kim Johnson por ese pequeño teatro político de apoyo?», preguntó Brian. «Me imagino que han pasado unos días; ¿puedes decírmelo?, espero».

«Puedo», dijo Amelia fácilmente, sonriendo. Se volvió hacia Brian, que la miraba con curiosidad. «Kim quiere postularse para alcalde cuando Tom Jones se jubile. Le prometí que no me presentaría contra ella».

«¿Qué?», exclamó Brian, sorprendiéndola por la vehemencia de su voz. «¡Amelia, serías una gran alcaldesa! Eres una gran líder, del tipo que Saint Cloud necesita».

«Tal vez, pero estoy aquí para ayudar a la gente, y aunque alcaldesa suena bien, esa no es la única manera en que puedo ayudar», dijo Amelia. «Además, le prometí a Kim solo en una elección. ¿Quién sabe?».

Brian se rió y siguieron cabalgando, sin rumbo. Después de un rato, a Amelia le vino a la mente una pregunta. «Brian, sé que Chris está construyendo su casa y la de Cassidy aquí en el rancho. ¿Qué hay contigo?».

«¿Quieres saber si quiero una casa en el rancho?», preguntó Brian y Amelia asintió. «Sería bonito, pero definitivamente no sería como Chris planeó ni como la casa principal. Soy mucho más moderno. Estoy pensando en una estructura moderna con techo plano o ligeramente inclinado, muy fresca y de alta tecnología en algunos puntos. Aunque puede que parezca un poco fuera de lugar aquí en el rancho».

«Haces que parezca de adobe y yo estoy de acuerdo», dijo Amelia antes de que pudiera detenerse, sonrojándose profundamente al darse cuenta de lo que estaba insinuando. «Quiero decir... me gusta la arquitectura tradicional de estilo adobe. ¿Tal vez hay un pequeño Pueblo Nativo en mi línea de sangre en alguna parte?».

«Tal vez», admitió Brian, reflexionando. «Supongo que hemos tenido algunas discusiones sobre fusionar tradición con modernidad, ¿no? ¿Y tú? ¿Cuál es la casa de tus sueños?».

Amelia se rió, con voz entrecortada y tonta. «Bueno, sería grande y rosa, ¡y luego Ken y yo nos subiríamos a mi Corvette rosa para ir a la playa los fines de semana!».

Brian se rió y puso los ojos en blanco. «Eres muchas cosas, Amelia. Barbie no es una de ellas. No digo que jugaste o no con Barbie cuando eras niña, pero eres todo menos una muñeca Barbie estereotipada».

«Es cierto, pero Barbie ha hecho algunas cosas muy interesantes», señaló Amelia. «Quiero decir, ella ha sido maestra, paleontóloga, astronauta... diablos, incluso ha sido presidenta. Nada mal para alguien con pies muy, muy pequeños».

«Ella tiene pies pequeños, ¿no?», Brian dijo pensativamente. «Dime, ¿y tú? Solo una

pregunta al azar para hacer en una segunda cita mientras estamos a caballo, ¿sabes?».

Amelia volvió a reír y se miró las botas. «Puedo usar una talla seis si es ancha, pero normalmente compro siete como estas porque son más cómodas. Para ser honesta, tengo pies cuadrados».

«Yo digo que uses lo que mejor se adapte a tus pies», dijo Brian. «Quiero decir, nunca he entendido del todo esa idea de que hay que sufrir por la moda del pie. ¿Quieres meterte en una falda o blusa ajustada? Eso lo entiendo. Es temporal y lo he hecho de vez en cuando».

«¿Has usado una falda ajustada?», Amelia se burló de él y Brian se rió. «Exijo una prueba fotográfica».

«Sabes lo que quiero decir», dijo. «¿Pero zapatos? ¿Con qué vas a pasar horas al día vistiendo y caminando? De ninguna manera. Estoy contento con mi talla once y no me importa lo bonitos que sean los zapatos; no me voy a apretar en unos diez solo porque están de moda».

«Entonces, ¿todos los trajes bonitos y el auto deportivo son para mayor comodidad?», Amelia le preguntó y Brian asintió. «¿En serio?».

«Oye, deberías ver cómo ando por la casa en verano», le aseguró Brian. «Me gusta usar trajes cuando es el momento adecuado y tienes toda la razón, mi auto es cómodo. El alto rendimiento y la alta clase pueden resultar cómodos a su manera. Si me preguntas, es mucho más cómodo que Andrew con su camioneta».

Hicieron girar a los caballos cuando la luz del sol comenzó a tornarse dorada y más tenue, regresando a los establos justo cuando el sol se hundía en el horizonte. Amelia se sorprendió gratamente al encontrar a Dylan allí esperándolos, recibiendo los caballos. «Su cena está lista. Cepillaré a estas chicas y las acomodaré en el establo. Disfruten su noche».

Amelia se sintió conmovida y, mientras Brian la conducía hacia el granero, ella le tomó la mano. «Pusiste muchos patos en fila, más de lo que dejas ver».

Brian se rió entre dientes. «Tal vez».

«¿Y Dylan sabe que lo llamaste pato?», bromeó, y Brian se rió entre dientes.

«Ellos saben que esta noche es importante para mí», explicó Brian. «No mentiré, les pedí que me ayudaran un poco. Quiero ser sincero sobre las cosas y sobre que espero que esto pueda suceder».

Entraron al granero y Amelia quedó atónita. El granero se había transformado en un antro privado, con incluso una bola de discoteca colgada de la viga central y suaves luces blancas bailando alrededor de las paredes. Al otro lado, cerca de donde normalmente se instalaba la mesa del DJ para los bailes comunitarios, se había colocado una pequeña mesa, completa con un mantel blanco y dos platos.

«¿Quién cocinó?», preguntó Amelia mientras levantaba la tapa de una de las campanas e inhalaba.

«No te preocupes. Cassidy».

«Esa chica es buena».

«Ella dijo lo mismo de ti. ¿Algo sobre el flan?», preguntó Brian, sonriendo mientras Amelia se sonrojaba. «¿Me estaba tomando el pelo?».

«No... el flan es sagrado en mi familia», Amelia recuperó un poco su descaro. El flan era uno de esos alimentos que tenían significado en su familia y Cassidy lo sabía. Si le había contado a Brian sobre su flan, entonces Cassidy obviamente estaba tramando algo. «Habla de eso más tarde».

«Me parece bien. ¿Te importaría comer primero... o bailar?», preguntó Brian, sacando su teléfono del bolsillo. «Tengo una lista de reproducción, pero tenemos todo en Bluetooth e

Internet, por lo que tenemos nuestro propio DJ electrónico atendiendo solicitudes durante toda la noche».

«¿Qué tal la comida mientras preparamos la lista de reproducción?», preguntó Amelia, riendo. «Esto me recuerda cómo se hicieron novios mis padres. Mamá me contó la historia de cómo papá le hizo una cinta mezclada».

«¿Oh?», exclamó Brian y Amelia asintió. «¿Qué les gustaba?».

«Según mamá, era tan cursi que se podían hacer nachos con él», respondió, y Brian se rió. «Él habría aprobado hasta dónde te estás esforzando en esto».

«Te lo mereces». Brian se sentó con ella. «Seré sincero; esta es una sorpresa de Cassidy. Ella solo dijo que haría algo bueno que te gustaría».

«Eso no reduce mucho el menú». Amelia volvió a levantar la campana e inhaló. «Sin embargo, esa chica sí sabe asar carne. Así que... hablemos».

«¿Acerca de qué?», preguntó Brian, y Amelia se dio cuenta de que estaba un poco nervioso. Para ser honestos, ella también estaba nerviosa.

«Acerca de esto», dijo. «Sobre... nosotros. La última vez pudimos disimularlo, pero cuando un hombre te invita por segunda vez y llega a estos extremos, bueno... una chica empieza a pensar hacia dónde va todo».

«Lo entiendo», Brian descubrió su propio plato y olfateó. «Vaya. Y yo que creía que se esforzaba en las cenas familiares».

«Tiene talento», coincidió Amelia, dándole tiempo a Brian. Ella no quería presionarlo; ella sabía que en cierto modo había presionado al sacar el tema. Pero ella también sabía la verdad. Era una mujer ocupada. Incluso si ella era “solo” una concejal de un pueblo pequeño, seguía siendo un trabajo que requería mucho tiempo y dedicación.

No estaba tan ocupada como para no poder encontrar tiempo para sí misma y estaba dispuesta a arriesgar su corazón por la persona y la situación adecuadas.

Pero no era tan libre como para dejarse llevar por citas casuales. Podía pasar tiempo con Brian, podía divertirse con él, trabajar con él... pero tenía que saberlo.

Finalmente, Brian se inclinó hacia adelante, plantó los codos sobre la mesa y miró fijamente a Amelia. «Amelia, te conté lo que pasó antes. Y me has respetado, escuchado... la mayor parte del tiempo». Ambos sonrieron. «Amelia, creo que eres inteligente, divertida, amable y dedicada. Y sí, muy, muy hermosa. Me gustaría pensar que tienes opiniones similares sobre mí, y si es así... me gustaría ver hasta dónde llega esto. Con una salvedad muy clara».

«¿Qué es?», preguntó Amelia, con el corazón martilleándole en el pecho. ¿Estaba realmente diciendo lo que ella pensaba que estaba diciendo?

«Hacemos esto como lo hicieron Chris y Cassidy», dijo Brian. «Bailaré contigo esta noche. Iré a montar a caballo cuando quieras. Podemos tomarnos de la mano y, con suerte, esta noche puedo besarte. Resulta que creo que soy un buen besador».

«No estoy segura de que tanta confianza en uno mismo sea muy atractivo», bromeó.

«Sí, bueno, tienes unos labios realmente besables», respondió Brian, sonriendo. «Pero Amelia, eso es todo lo que podemos llegar. No porque no quiera, pero... quiero hacer esto bien. Y aún así divertirnos. ¿Espero que te parezca bien?».

Amelia dejó escapar un suspiro que ni siquiera sabía que había estado conteniendo en un suave silbido, el alivio la inundó. «Eso suena exactamente como yo lo quiero», dijo Amelia. «Brian, tengo que decirte que no... bueno, ya sabes. Soy lo que a algunas personas por aquí les gusta llamar “pura”, incluso si creo que es un remanente del patriarcado misógino».

Brian se rió, también aliviado. «Espera un segundo. Me gustaría brindar por nuestra

comprensión. Y conociendo a mi familia, escondieron una botella de vino por aquí, probablemente también local».

Brian encontró la botella rápidamente junto al sistema de sonido y Amelia observó cómo servía una copa a cada uno. Le entregó una y levantó su copa. «Por nosotros, entonces», dijo. «A tomar las cosas con calma, a explorar primero los corazones, las mentes y las almas de los demás... y por la derrota total y final del patriarcado».

Amelia se rió y chocaron las copas. «Qué cursi».

«Entonces deberíamos alegrarnos de no vivir en Nebraska o Iowa», respondió Brian, haciéndola reír de nuevo. Comenzaron a comer y Amelia saboreó cada bocado. La comida estaba deliciosa y, una vez que se terminaron el último bocado, Brian le ofreció la mano. «¿Bailamos?».

Amelia tomó su mano, sin importarle realmente lo que había en la lista de reproducción. La primera canción resultó ser un baile lento teñido con guitarra latina, flotaba por el granero a través de los parlantes más pequeños y silenciosos que los que se usaban para los bailes comunitarios, Amelia apoyó la cabeza en su pecho, feliz.

«Gracias», dijo ella en voz baja. «Por ser testarudo. Y respetuoso».

«Voy a seguir siendo ambas cosas», le aseguró Brian, enterrando la nariz en su cabello e inhalando. «Hueles muy bien, ¿lo sabías?».

Amelia sonrió y dejó que él la apretara más mientras le rodeaba el cuello con ambos brazos. «Tú tampoco hueles mal».

Bailaron, balanceándose en un patrón lento que a Amelia le pareció mágico. No era nada formal, solo dos personas mirándose a los ojos mientras el sonido de guitarras, violines y otros instrumentos guiaban sus pasos.

Y para Amelia, fue agradable porque no hubo pisadas. Nunca había sido la bailarina más elegante, y los bailes de la escuela secundaria eran un ejercicio de disculpas y tropiezos.

Pero ella y Brian se movían juntos sin problemas, girándose e incluso soltándose para estrechar sus manos. Él la hizo girar una vez y ella disfrutó de la libertad, permitiéndole tirar de ella hacia atrás y abrazarla, donde le apartó un mechón de pelo de la cara. «Amelia».

«Sí», ella sabía lo que él quería. Él sonrió y acercó sus labios a los de ella.

Él tenía razón.

Era un buen besador.

Cuando se hicieron cargo de la antigua tienda de muebles de descuento, Brian pensó que su hermano había cometido un error. Si bien era posible colocar mil estaciones de trabajo en los dos pisos del espacio, él mismo creía conocer gente especializada en informática. Querrían una mesa de ping-pong o una sala de descanso. Querrían poder pasar tiempo cada día jugando con juegos, y no solo con los que producía Cloud 9 Games. Y, simplemente, no había suficiente espacio en el edificio para todo eso.

Pero las cosas habían salido bien. En parte, por supuesto, se debía a que la empresa había implementado un horario de trabajo flexible. Los trabajadores todavía necesitaban trabajar horas ordinarias, pero mientras hicieran su trabajo, la hora del día o, a veces incluso la ubicación, no importaba.

Más importante aún, Andrew había hecho un buen trabajo al asociarse con empresas locales. En lugar de que Cloud 9 necesitara una cafetería, los restaurantes locales a poca distancia de la empresa ofrecían menús especiales para los trabajadores. “Tio Tito’s,” a unas dos cuadras de distancia, había demostrado ser especialmente popular debido a sus bajos precios, su deliciosa comida sencilla y su excelente servicio.

En lugar de un gimnasio en el lugar, se asociaron con tres gimnasios de la ciudad, convenientemente ubicados cerca de donde vivían, para ofrecer membresías a mitad de precio a los trabajadores de Cloud 9. De hecho, Andrew había estado ocupado integrando Cloud 9 en casi todos los servicios y negocios de Saint Cloud, lo que convirtió a la empresa en una parte invaluable de la comunidad.

Brian quedó impresionado. Honestamente, Andrew no podría haberlo hecho mejor en términos de relaciones públicas comunitarias y a los empleados también pareció gustarles el nuevo sistema.

También quedó impresionado por cómo su hermano se había instalado en la nueva sede. Si bien había una pared de su oficina que parecía lista para tomar fotografías en caso de que un periodista quisiera hacer una entrevista, Andrew había mantenido muchas cosas al mismo nivel que los trabajadores.

De hecho, mientras se sentaba en el sofá que se extendía a lo largo de una pared de la oficina de Andrew, Brian notó mentalmente que todavía conservaba el mismo sofá abultado que una vez había estado en la sala de estar de Andrew.

«Pensé que habías dicho que te desharías de eso», Brian se retorció para encontrar una posición cómoda. «¿O es este tu sofá de la suerte o algo así?».

«Algo así», dijo Andrew. «Honestamente, es porque replanteé mi presupuesto y aún no aparece un sofá en mi cuenta flexible mensual, eso es todo».

«Andrew, podrías comprar diez mil sofás y ni siquiera sentirlo», señaló Brian. Cuando Andrew le levantó una ceja, suspiró. «Está bien, está bien, lo entiendo. La razón por la que te nombramos director ejecutivo no es solo porque eres el mayor. Ya sabes de negocios. También eres tú quien gasta el dinero como si estuviera pasando de moda».

«No siempre», enfatizó Andrew. «Quería hablar contigo sobre la donación del minibús a la ciudad. Por lo que dijo el periódico, el concejo votó por seis autobuses en lugar de solo dos, ¿verdad?».

«Así es», dijo Brian. «Andrew, por favor no me critiques por aceptar comprar un montón de autobuses para el pueblo. En serio, eso ayudará legítimamente a la población».

«No, no hay ninguna crítica», dijo Andrew. «¿De verdad crees que te critico todo el tiempo, Brian?».

«Creo que quieres lo mejor para nosotros», dijo Brian con una pequeña risa, «pero a veces eso no es lo que *creemos* que es mejor para nosotros. Todavía me pones los ojos en blanco por mi auto».

«Vivimos en un rancho ganadero».

«Pero es *mi* auto, Andrew. Y por mucho que aprecio que intentes cuidar de mí, si quiero conducir un auto deportivo, puedo conducir un auto deportivo», replicó Brian. «Además, el camino de entrada al rancho puede ser de tierra, pero es tan suave como el agua del estanque».

«Como sea», Andrew cambió de tema. «Estos autobuses, ¿cuánto cuestan?».

«Bueno, Amelia y yo lo discutimos, y un minibús de gasolina o diésel ligeramente usado costará alrededor de treinta mil dólares cada uno, mientras que un minibús totalmente eléctrico cuesta entre cien y ciento cincuenta mil dólares cada uno».

«Y ahora puedo verlo en tus ojos. Quieres optar por autobuses nuevos con todas las funciones existentes en el mercado», dijo Andrew. «Entonces, digamos ciento cincuenta cada uno, aunque apuesto a que elegirías más lujosos si pudieras encontrarlos. Seis autobuses a ciento cincuenta resultan novecientos mil dólares, Brian. Eso es mucho dinero».

«Es una buena deducción de impuestos, Andrew», dijo Brian casualmente. «En serio, hombre, ¿has hablado con nuestros contadores?».

«Lo he hecho, y sé que novecientos mil es mucho dinero para regalar, incluso para nosotros», dijo Andrew. «Y está registrado que el alcalde es el responsable de todos los autobuses. ¿Cierto?».

«No entiendo tu punto, Andrew», dijo Brian. «Dije lo que quería decir. En mi opinión, eso no es un problema».

«Así que he aquí por qué quería hablar contigo. En lugar de pagar el monto total tú solo, ¿qué tal si nos dejas repartirlo entre la familia? Sé que Dylan colaboraría y sospecho que Simon también estaría feliz de hacerlo. Todos contribuimos, dejamos que los contadores descubran cómo hacerlo, y la ciudad obtiene una nueva flota de seis autobuses híbridos o eléctricos que todavía huelen a auto nuevo».

«Pero eso es un millón de dólares en total», dijo Brian, un poco confundido. «Acabas de decir que los autobuses costarían novecientos. ¿Cuál es el trato? ¿Solo quieres ese gran número redondo?».

«No, pero si compras un montón de autobuses que tienen baterías, debes tener una forma de cargarlas», Andrew sonrió. «Y estoy dispuesto a apostar que Saint Cloud no tiene la infraestructura para cargar rápidamente esos autobuses. Entonces necesitarán una estación de carga».

«Oh», dijo Brian, y luego se echó a reír. «Y yo que pensé que tenía mis patos en fila».

«Oh, lo harás. Espero que trabajes mano a mano con el ayuntamiento para cubrirlo todo, incluidos posibles subsidios del estado y de los federales para ayudar con todo el asunto», dijo Andrew. «Pero eso me lleva a otro punto. Un cuarto de millón de dólares... eso es mucho para impresionar a alguien».

«¡No es por eso que lo hice!», Brian gruñó. «¡Maldita sea, Andrew, no hagas esto!».

«Tengo que hacerlo, incluso si quieres golpearme después de esto», dijo Andrew. «Si papá todavía estuviera presente, estaría haciendo esto, pero no está. Y mamá no necesita encargarse de esto. Así que yo lo haré. Gastas más dinero que el resto de nosotros, Brian. Eso no es un problema; tu riqueza personal también está creciendo. Pero Brian... me preocupa, hombre. Esta no es solo una chica que, si te lastima, vamos a tomar unas cervezas y empezas a recoger los pedazos. Esto es diferente».

«Tienes razón», gruñó Brian, enojado y molesto y listo para golpear a su hermano, pero consciente de lo que Andrew estaba diciendo. «Es diferente, Andrew. *Amelia* es diferente. Soy diferente de lo que era antes».

«Escuché por rumores que vas a probar el plan de Chris y Cassidy», admitió Andrew. «¿Seguro?»

«Cien por ciento seguro. Ella es especial. Y voy a darle a esto toda la energía y atención que merece».

Andrew se recostó y asintió. «Bien, entonces».

«Espera... ¿entonces todo bien?», Brian preguntó, ligeramente aturdido. Eso fue rápido. «¿No más interrogatorios?».

«No», dijo Andrew. «Eres un hombre adulto y lo has pensado detenidamente. Te deseo mucha suerte, de verdad».

«Gracias, Andrew», dijo Brian. «¿Qué más necesitas?».

«Bueno, aunque supongo que pasarás algún tiempo trabajando en los detalles del acuerdo del autobús, necesito que tomes las riendas del departamento de relaciones públicas. Algunos de nuestros socios y personas influyentes en las redes sociales están siendo difíciles. Poniéndose un poco exigentes y quejosos ante mis ojos. Eres mejor que yo hablando con ellos».

«Puedo manejar eso», le aseguró Brian. «Dime, sobre eso, me gustaría hacer algunos ajustes a nuestros equipos de la convención».

«¿Qué quieres decir?», preguntó Andrew y Brian continuó.

«Hemos estado siguiendo la tendencia general de las convenciones de juegos en lo que respecta a nuestras... asistentes femeninas en los pabellones». Brian pensó en las atractivas modelos que participaban en la mayor parte del equipo de convenciones de Cloud 9. «Estaba pensando, ¿qué tal si diversificamos un poco?».

«Continúa».

«Bueno, todavía podemos tener algunos de los influencers. Entiendo que atraen a los fanáticos, pero tal vez podríamos ser más accesibles con las fanáticas si algunas asistentes al pabellón son mujeres que también sean verdaderas jugadoras incondicionales. No estoy diciendo que no puedan ser atractivas; no es necesario que todas las asistentes de nuestro pabellón sean ‘Quasimodo’, pero... bueno, ya sabes hacia dónde me dirijo».

«Entendido», Andrew lo pensó por un segundo. «Bueno. Veamos cómo ajustar nuestro equipo del pabellón para los circuitos de convenciones de verano, antes si alguien increíble se nos presenta».

Brian se levantó y regresó a su oficina. Era más pequeña que la de Andrew, pero un poco más lujosa y cómoda para él. No estaba allí mucho tiempo; algo en la charla de Andrew seguía

carcomiéndolo. Finalmente, alrededor de las cuatro, envió un mensaje al departamento de relaciones públicas exponiendo lo que quería que hicieran y se fue, regresando al rancho. Allí se cambió de ropa y sacó su rifle, dirigiéndose a su campo de tiro.

Necesitaba vaciar su mente y, mientras cargaba las primeras cinco balas en su rifle, supo lo que tenía que decidir.

Porque Andrew tenía razón. Con Carli había sacado mucho dinero de sus cuentas para mantenerla "feliz". Mirando hacia atrás, él era básicamente su '*sugar daddy*'. Y aunque Andrew tenía razón, de que nunca estaría en peligro de arruinarse, se le había roto algo más.

Ahora, con Amelia, volvía a querer tener grandes gestos. Paseos a caballo, y el granero, los autobuses. Las horas que había pasado saltándose el sueño para investigar un poco más y la propuesta más concreta.

Y aun así Andrew encontró algo que yo no había visto, se reprendió a sí mismo mientras hacía su primer disparo. Débilmente escuchó el sonido del objetivo y a través de la mira vio que el metal comenzaba a moverse ligeramente. Bien.

Sin embargo, no estaba mal que sus hermanos lo respaldaran. Cassidy preparando la comida para su cita había sido el toque perfecto de familia, y Dylan llevando los caballos fue aún mejor.

Aun así, era un gran riesgo. Finalmente sintió que su corazón se había curado del número que Carli le había hecho. ¿Estaba listo para volver a arriesgarse?

Continuó disparando, acertando más veces de las que fallaba, pero realmente no pensaba en sus tiros. En lugar de eso, pensaba en Amelia, y cada vez que una pequeña bala de plomo golpeaba el objetivo, se sentía más seguro.

Estaba dispuesto a arriesgar su corazón nuevamente.

En opinión de Amelia, la primavera era la mejor época del año en Saint Cloud. El verano era demasiado largo, y el clima estival realmente llegaba en abril con una tenacidad feroz y un calor abrasador que a veces duraba hasta después de Halloween. El otoño era demasiado corto y el invierno tendía a ser una época que... bueno, no tenía mucho que ofrecer más allá de muchos cielos grises y brisas frescas.

¿Pero marzo, especialmente de mediados a finales de marzo? Era perfecto. El sol asomaba con frecuencia y permanecía el tiempo suficiente para que los días fueran cómodos antes de esconderse para la noche. Las noches no eran tan frías como para necesitar un abrigo a menos que quisieras usar uno y, lo mejor de todo para Amelia, la hierba se alzaba y ponía todo maravillosamente verde.

Y hoy era una joya de día. El cielo estaba semi despejado, unas cuantas nubes de algodón de azúcar danzaban sobre el sol de vez en cuando, pero el resto, tenía ese tono especial de azul que Amelia juraba que estaba reservado solo para ocasiones especiales.

Había un poco de viento, pero era una suave caricia que disipaba el sudor que se formaba en su frente sin siquiera desordenar su cabello.

Estaba contenta. Hoy era el día y, en cierto modo, la culminación de un período de cambio notablemente corto pero intenso. Hacía menos de un año que se sentó con Chris Davis a tomar un café y rogarle por el futuro de Dusty Bend.

Qué diferencia hacía un año. Ahora, Dusty Bend era el punto atractivo de Saint Cloud. Ella lo había comprobado; más del setenta y cinco por ciento de los nuevos negocios que se habían abierto en la ciudad estaban en Dusty Bend. La calle principal desde el centro hasta el borde del área de Depot ahora estaba llena de negocios de todo tipo. Tiendas de ropa, salones de belleza y pequeños restaurantes convivían con música, locales nocturnos y mucho más.

Dusty Bend había cobrado vida.

Y aunque algunas personas estaban un poco preocupadas por la gentrificación excesiva del distrito, Amelia no lo estaba. Si bien Cloud 9 había aportado millones de dólares y hasta el momento aproximadamente setecientos trabajadores, no había mucha más expansión posible. Podía haber algunos empujones, que algunas empresas cambiaran, pero estaba segura de que Saint Cloud en su conjunto tendría la oportunidad de recuperar el aliento antes de fin de año.

Tan transformador como Cloud 9 Games había sido para Dusty Bend, los últimos meses también lo habían sido para Amelia. Ya fuera por el creciente proceso de aprender a elaborar una propuesta para el concejo municipal o por ver a los oponentes anteriores desde una nueva perspectiva, ella estaba mejor que nunca en su trabajo. Podía ser que ella y Kim Johnson nunca hubieran sido más que débiles aliadas políticas, pero había llegado a respetar a la mujer. Incluso,

tenía que admitirlo, le gustaba un poco y el sentimiento era mutuo.

Y Brian. Mirando al otro lado del parque de vehículos donde Brian y el resto de los hermanos Davis estaban hablando con Keith Brady, el jefe del parque de vehículos municipal de Saint Cloud, sintió que su corazón daba un vuelco.

Brian hacía mucho eso por ella. No era perfecto; todavía discutían mucho cada vez que ella acudía a él para hablarle de su trabajo. Pero a su manera, eso lo hacía aún más perfecto. No podía pensar en una sola conversación que hubiera tenido con él de la que no se hubiera ido sintiendo que había aprendido algo o que había entendido mejor algo. Incluso en las discusiones que “ganaba”, había adquirido una mayor comprensión de sus posiciones.

¿Y el resto del tiempo? Era divertido, a veces tonto, y podía hacer que sus ojos se pusieran en blanco con más fuerza que un personaje de anime. Podría darle vino y cenar en un bistró de Wine Country y divertirse relajándose con unas ‘Micheladas’ en ‘Tio Tito’s’. Incluso lo había llevado al ‘Tap Room’, donde tenía a todo el personal interesado con historias de cómo era crecer con tres hermanos.

Podía enamorarla, haciéndola sentir como si fuera la reina del universo, flotando en las nubes a cada paso. Él podría hacerla sentir segura, cuidada y valorada.

Y el hombre sabía besar. Besos intensos y desgarradores que dejaban su corazón latiendo con fuerza y su respiración silbando dentro y fuera de sus pulmones. Besos suaves y tiernos que hacían girar el mundo. Incluso besitos rápidos que dejaban pequeños fuegos artificiales en su día, cálidos recordatorios de que no estaba sola.

Y lo mejor de todo era que eso había sido todo lo que habían hecho. Él le había prometido que quería ser un buen tipo y llevar bien su relación. Había sido fiel a su palabra. Lo más cerca que había estado de sentir algo más que un beso de él fue cuando se abrazaban al final de la noche, y podía sentir la fuerza en su abrazo.

Ni siquiera el sacerdote en misa podía culparla por eso. Ella incluso le preguntó, y su respuesta fue darle a rezar un solo "Ave María" por preocuparse demasiado.

No, su relación con Brian era muy sólida. Y hoy era la piedra angular de esa evolución en su vida.

«Entonces... ¿lista para sostener unas tijeras estúpidamente grandes?», preguntó Kim Johnson mientras se acercaba. «Debo decir que te lo mereces».

«No, le dije a Tom que lo hiciera», dijo Amelia. «No estoy aquí para cortar cintas. Creo que estoy obteniendo suficiente con solo estar aquí. Además, estaremos en la foto».

«Es cierto», respondió Kim. «Te diré una cosa, cuando el centro juvenil abra, será mejor que seas tú quien corte esa cinta».

«Estará en tu distrito».

«Entonces lo cortaremos juntas», ofreció Kim. «Te lo has ganado».

La ceremonia fue corta, en realidad. Tom Jones se paró frente a la nueva estación de carga de alta tecnología y dos nuevos y relucientes autobuses híbridos, cada uno de ellos con capacidad para transportar dieciocho pasajeros.

Solo dos, pero eso era responsabilidad del fabricante, no de los Davis.

«Así que hoy ponemos en marcha SC1 y SC2, me alegra ver los pasos visibles del futuro de Saint Cloud», dijo Tom Jones. «Con esta flota de autobuses abrimos nuestro pueblo a todos. Y, por supuesto, son solo el primer paso, ya que el Centro Juvenil Saint Cloud espera abrir sus puertas en el futuro».

El futuro... al menos un año para la fase uno, según la mayoría de las estimaciones. Y su finalización total podría tardar dos años o más. Amelia apenas podía esperar.

«Con el sistema de autobuses y el centro juvenil, ese futuro será muy, muy brillante», dijo Tom Jones. «Nuestros niños tendrán todo lo que puedan soñar en términos deportivos, académicos y, lo que es más importante, en términos de oportunidades. Cualquier cosa con la que un niño de Saint Cloud pueda soñar, lo podrá alcanzar».

Hubo un aplauso cortés, aunque Amelia pensó que no había sido el mejor discurso de Tom. Se le daba mejor la charla informal y un poco de picardía, no los discursos preparados. Pero al menos, Tom lo estaba intentando.

«Antes de cortar esta cinta, me gustaría invitar a la familia que ha sido uno de los mayores motores de la transformación de Saint Cloud para el futuro, los Davis. Ahora, tengo que preguntar porque no recuerdo, ¿quién de ustedes está donando estos dos autobuses?».

«Lo estamos haciendo como una familia, alcalde», Andrew hizo una pausa. «¿Pero si estás buscando a alguien que tome el otro extremo de esas grandes tijeras? Brian ganó el lanzamiento de la moneda».

Amelia sospechaba mucho que no hubo tal lanzamiento de moneda, pero sonó bien y todos se rieron. Brian dio un paso adelante y, mientras el reportero del *Gazette* tomaba fotografías, Brian y Tom Jones cortaron la cinta que había sido colgada entre los dos parachoques delanteros.

«Está bien, amigos, consigamos las otras fotos para los sitios web y las redes sociales», dijo el alcalde, y Amelia se acercó con Kim. El resto de los Davis se unió al grupo y Amelia se sintió cálida cuando Brian le puso una mano en la parte baja de la espalda mientras todos posaban frente a los nuevos autobuses.

«¿Bien?», Brian preguntó después de que terminaran de tomarse las fotos para el periódico y, cuando el fotógrafo levantó el pulgar, Brian sonrió. «¡Perfecto! ¡Hora de las tonterías!».

«¿Hora de las tonterías?», preguntó Amelia y Brian asintió. Metiendo la mano en el bolsillo de su traje, sacó un juego de llaves y abrió las puertas de uno de los autobuses, donde en el asiento del conductor había una gorra con la inscripción CONDUCTOR. «No lo hiciste».

"Oh, vamos a subir esto a Instagram», le prometió Brian, poniéndose la gorra. «Solo cambio exacto, por favor».

Todos pasaron otros diez minutos tomándose fotografías, compartiendo la gorra y haciendo pantomimas de situaciones en el autobús. Dylan y Kim Johnson incluso armonizaron pobremente la canción de "Las ruedas del autobús", para un video rápido.

Pero la toma final fue privada, cuando Brian apartó un mechón de cabello de Amelia antes de colocarle la gorra de conductor de autobús en la cabeza, mirándola profundamente a los ojos. «Felicitaciones», dijo suavemente, con la mano apoyada en la parte superior de su brazo antes de tomarla. «Lo hiciste».

«Lo logramos», respondió Amelia. «Todos nosotros».

«Tú hiciste más, Amelia». Andrew despidió al fotógrafo. Este ya no era un momento de sesión fotográfica. «Realmente, hiciste un gran trabajo».

«Entonces... estoy emocionada y siento que esto merece un poco de fiesta», Amelia se mordió el labio. «Y me preguntaba, tienes ese gran jardín y...».

«Y todavía no has venido a cenar en familia, ¿verdad?», preguntó Dylan y Amelia negó con la cabeza. Dylan golpeó a su hermano en el hombro, lo que hizo que Brian se estremeciera un poco. «Tonto».

«¡Quería esperar en la mesa de picnic!», Brian protestó. «Ya estamos comiendo por turnos y...».

«¿Disculpe?». Un hombre alto con traje azul marino interrumpió su conversación. «¿La concejal Hernandez?».

«¿Sí?», preguntó Amelia, evaluando rápidamente al hombre. Por el ajuste y la calidad del traje que llevaba, y por la forma en que no parecía un texano, supuso que sería una especie de burócrata. «Yo soy Amelia Hernandez».

«Hola, soy Michael Graves». El hombre le ofreció la mano. «Soy el jefe de gabinete del Secretario de Vivienda y Desarrollo Urbano en Washington».

«Bienvenido a Saint Cloud, señor Graves», dijo Amelia. «¿Qué lo trae al pueblo?».

«Usted, en realidad», dijo Michael. «Verá, el secretario ha oído hablar de usted, señorita Hernandez, y de su proyecto aquí en Saint Cloud. Y se preguntaba si estaría dispuesta a tener una conversación con él sobre su futuro».

«¿Mi futuro?», preguntó Amelia. «Um, ¿cuándo?».

«Ahora, si no le importa», Michael miró a los Davis. «¿Quizás en su oficina?».

«Adelante», dijo Brian en voz baja, tranquilizándola. «Cuando hayas terminado, llámame y podemos organizar la cena tipo picnic que te mereces».

«¿Seguro?», preguntó Amelia. «Siento que estábamos a punto de irnos a celebrar».

«Y lo haremos», le aseguró Brian. «Por ahora, ve a hablar. Iré a buscar algunos patos».

Amelia sonrió ante la pequeña broma de Brian. Él y sus patos alineándose. Se había convertido en una broma íntima entre ellos y dentro de su familia. Incluso estuvo tentada de regalarle una serie de patos por su cumpleaños. O tal vez un pijama de pato. Algo que ver con los patos, eso seguro. «Bueno. Te veré más tarde».

Brian asintió. «Estoy deseando que llegue».

Brian y el resto de los Davis se fueron y Amelia miró a Michael Graves. «¿Su hombre?», preguntó, y ella asintió. «Eso pensé. Se ven bien juntos».

«Así es. Es una persona especial».

Michael asintió. «Bien. Ahora, ¿qué tanto le gustaría marcar la diferencia no solo a nivel local sino también a nivel nacional?».

«Yo diría que tenemos mucho de qué hablar».

El apartamento de Amelia estaba en silencio y, cuando Brian dejó la pizza, se sintió nervioso. La reunión de Amelia con el chico de Washington había durado mucho más de lo que esperaba, y cuando ella le envió un mensaje de texto para decirle que ya había terminado y que podían hablar en su casa, lo asustó un poco.

Especialmente cuando dijo pizza. La pizza se había convertido en una especie de comida de trabajo/discusión, una presencia reconfortante que les permitía expresar sus diferencias sin dejar de estar de acuerdo sobre una rueda de pan, tomates, queso y aderezos.

Obviamente, los planes de picnic familiar se mantendrían en suspenso por un tiempo.

«Gracias», dijo Amelia, con el rostro un poco tenso. «El servicio fue rápido».

«Llamé desde casa y fue fácil recogerlo». Brian se aclaró la garganta. Amelia se había cambiado el traje elegante y favorecedor que había usado para la ceremonia por una vieja camiseta de Schneider High y unos pantalones cortos que, si bien mostraban su cuerpo delgado, hacían poco para disipar sus temores. Él también se había puesto una camiseta y unos jeans, pero ver a Amelia sacando bebidas de su nevera lo asustó sinceramente. Normalmente, lo miraba a los ojos con mucha más facilidad, y ahora, claramente estaba tratando de evitar mirarlo. «Entonces, em... ¿cómo estuvo la reunión?».

«Mi cabeza no ha dejado de dar vueltas», admitió Amelia. «Siento como si me hubieran arrojado a una licuadora política y alguien hubiera presionado el botón de puré».

«¿Quizá puedas empezar por el principio?», ofreció Brian. «Ustedes dos iban a regresar a su oficina para hablar sobre algo con el Departamento de la Vivienda y Desarrollo Urbano, el HUD».

«Sí, sí», Amelia le trajo su bebida y se sentó. Era al menos un poco tranquilizador que ella se sentara junto a él en el sofá, con su rodilla rozando la de él. Abrió la caja de pizza y sonrió un poco lánguida al ver que él había pedido su favorito: chorizo, pepperoni y muchas verduras. «Así que volvimos a la oficina, donde explicó que hay una vacante en la sede del departamento en Washington. Es uno de los puestos de asignación política, no un puesto burocrático normal».

«Bueno. ¿Qué es?».

«Se me olvidó el término exacto, pero básicamente dijo que yo estaría a cargo de los programas de desarrollo comunitario del departamento de vivienda a nivel nacional», dijo Amelia. «Es... es un departamento enorme. Tienen un presupuesto mayor que el patrimonio neto de toda tu familia y de Saint Cloud juntos. Casi tres mil quinientos *millones de dólares*».

Brian silbó suavemente, olvidando todos los pensamientos sobre la pizza. «Son muchos centros juveniles».

«Y programas extraescolares, sistemas de autobuses y simplemente... muchas cosas más»,

admitió Amelia. «Aparentemente, la persona anterior en el puesto acaba de ser designada para ocupar un sillón vacío en el Congreso. ¿Has oído hablar del congresista de New Hampshire que murió?».

«Vagamente», dijo Brian. «New Hampshire está muy lejos. Pero lo entiendo».

«Aparentemente, alguien en el departamento o en la Casa Blanca se enteró de mí y de mi propuesta y decidió que soy la persona que quieren designar para el puesto. Habló principalmente sobre el proceso de investigación del Congreso, pero fue entonces cuando mi cabeza empezó a dar vueltas».

«¿Por qué?», preguntó Brian, y Amelia respiró hondo. Cuando respondió, sonó emocionada, incluso al borde de las lágrimas.

«Brian, me postulé para representar a Dusty Bend porque quería un futuro mejor para Dusty Bend y Saint Cloud. Nunca pensé en ser más que eso. Sinceramente, ni siquiera pensé que iba a ganar, al menos no esa primera vez. Solo quería enviar un mensaje. Quedé absolutamente atónita cuando gané».

«Me lo puedo imaginar», dijo Brian. «¿Y ahora?».

«Ahora, no hace mucho le prometí a Kim Johnson que no me presentaría a la alcaldía contra ella», le recordó Amelia. «Yo tampoco tuve ningún problema con eso. Pero alguien obviamente piensa diferente y me está diciendo que me quiere para este gran... trabajo en Washington».

«Ah», Brian asintió. «Así que ese es el problema. Tendrías que ir a Washington para hacer el trabajo».

«Sí», dijo Amelia miserablemente. «Tampoco es algo a tiempo parcial, como la universidad. Tendría que mudarme a Washington a tiempo completo y aún así podría estar volando por todo el país trabajando. ¿Solo podría volver a Saint Cloud tal vez una vez al año? ¿Tal vez menos?».

Brian asintió. «¿Cómo te sientes sobre eso?», preguntó. «Fuiste a Austin para ir a la universidad».

«A tiempo parcial», señaló Amelia. «Brian, Saint Cloud está en mi sangre. Y yo... tengo otra pregunta».

«¿Cuál?», preguntó y, por primera vez, ella se giró y lo miró.

«¿Cómo te sentirías si yo viviera en Washington?», preguntó Amelia. «¿Te imaginas viviendo allí o en los suburbios de Virginia o Maryland?».

«Washington, ¿eh?», Brian preguntó lentamente, frotándose la barbilla. «Eso es... es un gran cambio cuando lo piensas. Quiero decir, Cloud 9... Mi familia... Es mucho».

«Lo sé», dijo Amelia miserablemente, y a Brian le dolió el corazón cuando vio una lágrima correr por su mejilla. «Te necesitan aquí. Perdóname por parecer codiciosa, pero... yo también te necesito».

«Amelia, no lo he dicho, pero... te amo», dijo Brian en voz baja, mirándose las manos. «Nadie nunca me ha desafiado como tú. Nadie me hace tan feliz como tú».

«Así que, ¿qué hacemos?» preguntó Amelia. «Quiero decir...».

«Espera», Brian negó con la cabeza. «Espera un segundo».

«¿Qué?», preguntó Amelia, un poco molesta. «Sabes que acabas de interrumpirme, ¿verdad?».

«Lo sé, pero también sé que estabas a punto de caer en una espiral». Brian sonrió sólo un poco. «Nos conocemos lo suficientemente bien como para saber eso. Pero por la forma en que estás hablando, no te exigieron que les dieras una respuesta hoy, ¿verdad?».

«No, no lo hicieron», admitió Amelia. «Quieren una respuesta pronto, pero primero quieren llevarme en avión a Washington, visitar el Departamento de Vivienda y reunirme con el

secretario. Les dije que revisaran el calendario del concejo, pero quería hablar contigo primero».

«Te lo agradezco», dijo Brian con sinceridad. «En serio».

«Entonces, ¿qué debo hacer?», preguntó Amelia. Cuando Brian la miró, ella inclinó la cabeza. «¿Qué?».

«Amelia Hernandez, si bien aprecio que me pidas consejo y pienses en mí, ¿qué te hace pensar que necesitas que yo piense por ti?», Brian preguntó, un poco ferozmente. «Amelia, eres la concejal de la ciudad. Eres líder. Negociadora. Sí, te amo profundamente... pero es por eso que no puedo ni quiero pensar por ti».

Amelia sollozó y parpadeó cuando las lágrimas comenzaron a caer, pero se secó los ojos rápidamente. «Gracias».

«De nada», a Brian le dolía el corazón. «Amelia, tienes la oportunidad de evaluar esto. Así que este es mi consejo. Vuela a Washington. Escucha lo que tienen que decir, da la mano a todos, besa a todos los bebés que te pongan delante. Porque si se acercaron a ti, es porque tienen un motivo».

«Ya veo».

«Entonces», continuó Brian, «tú tomas tu propia decisión. Voy a apoyarte de cualquier manera».

«¿Lo dices en serio?», preguntó Amelia y Brian asintió.

«Ahora, esta pizza se está enfriando». Intentó estar al menos un poco alegre. «Bueno, ¿qué tal si la disfrutamos y luego puedes ponerte en contacto con este chico de la Vivienda para reservar tu boleto?».

Amelia asintió y él se inclinó y le dio un rápido beso. Eso la ayudó a sonreír, y un momento después, cada uno tenía una porción doble de pizza en la mano, la de Amelia doblada para convertirla en una especie de sándwich.

«Entonces...», dijo en voz baja, «me amas, ¿eh?».

Brian asintió y dio un mordisco a la pizza. «Sí».

«Tú lo dijiste primero», añadió, y Brian asintió.

«Sí».

«Bien», Amelia dio un mordisco a sus propias porciones de pizza. «Porque yo también te amo».

El corazón de Brian dio un vuelco en su pecho, pero mantuvo la compostura. «Lo sabía».

«¿Así que estabas alineando patos otra vez?».

Brian asintió. «Eres mi pato número uno».

Amelia sonrió, masticando felizmente. «Eso es lo más romántico que alguien me haya dicho antes».

Amelia pensaba que viajar con el dinero del gobierno federal siempre sería en primera clase. Después de todo, cuando era niña, lo único que había leído era sobre presidentes, vicepresidentes y cosas así volando en aviones fletados por el gobierno, viajando en limusinas y alojándose en los mejores hoteles.

Bueno, al menos lo último era cierto, pensó. Había volado en clase turista comercial y el chofer que la recibió conducía un sedán normal de cuatro puertas. Pero el hotel en el que la habían alojado anoche era muy bonito. Claro, era solo una habitación individual y no una suite, pero ¿y qué? Ella no necesitaba una suite.

Pero cuando el chofer se detuvo frente al enorme edificio curvo de diez pisos en el suroeste de Washington DC, pudo sentir el corazón latiendo con fuerza en su pecho. «Este lugar es enorme. ¿Esto es todo... por lo que me están buscando?».

«¿Mmm?», preguntó el chofer antes de reírse. «No, lo siento. Toda la sede del HUD, en Washington, está aquí. El edificio tiene más de setecientos mil pies cuadrados, diez pisos sobre el suelo y dos pisos bajo tierra».

«Eso es... enorme», finalmente logró decir Amelia mientras el conductor tomaba un camino curvo hacia abajo y bajo tierra hasta un área de estacionamiento. «¿Y ahora qué?».

«Ahora la acompañaré al área de recepción», dijo el hombre, «y podrá seguir disfrutando de su visita al Departamento de Vivienda y Desarrollo Urbano, o HUD».

Los ojos de Amelia parecían estar a punto de salirse de su cabeza cuando la recepcionista del vestíbulo principal hizo una llamada y unos minutos más tarde salió un hombre con un traje gris oscuro, sonriendo. «Bienvenida, bienvenida. Soy Thad Lincoln, subsecretario principal de la Oficina de Planificación y Desarrollo Comunitario».

«Amelia Hernandez», respondió ella, estrechándole la mano cuando se la ofreció. «Eso es un título enorme. Y ni siquiera creo que se pueda convertir en un acrónimo pegadizo. ¿Puedo llamarte Thad?».

«Si aceptas el trabajo, podrás llamarme como quieras». Thad firmó un papel y le entregó a Amelia una tarjeta de identificación de visitante. «Después de todo, serás mi jefa».

«¿Qué?», dijo Amelia, sorprendida cuando Thad la condujo hacia una fila de ascensores. «¿Tu jefa?».

«Sí», Thad presionó un botón. Un momento después las puertas se abrieron y estaban subiendo, dirigiéndose al séptimo piso. «Soy el empleado de alto rango de la Administración de Servicios Gubernamentales aquí, y seré honesto contigo, estoy muy listo para que uno de ustedes, tipos políticos, ocupe el sillón principal».

«¿Qué quieres decir?», preguntó Amelia y Thad sonrió levemente.

«Mira, he estado haciendo esto durante casi treinta años». Agitó su mano alrededor del ascensor para indicar todo el HUD. «Comencé a trabajar en la oficina local de San Francisco, administrando el programa de la Sección 8 y tratando de asegurar que los señores de los barrios marginales no estuvieran engañando a sus inquilinos, y que los inquilinos no estuvieran tratando de engañar al gobierno obteniendo beneficios que se suponía que no debían recibir. La mitad de las veces, más o menos, lo logré. Desde entonces he ido avanzando hasta donde estoy ahora. Y déjame decir que HUD es un trabajo ingrato la mayor parte del tiempo. Aproximadamente, la mitad del Congreso viene a buscarnos la cabeza en cada ciclo presupuestario, alegando que están tratando de reducir el despilfarro gubernamental. Si me preguntan, tienen que empezar por echar un vistazo al Pentágono si quieren resolver el déficit. Solo tienen doce veces el presupuesto para libros que tenemos nosotros. En comparación, el HUD es un juego de niños en el océano».

«No te gusta la política, ¿supongo?», preguntó Amelia y Thad se rió.

«Es un mal necesario, digámoslo así. Pero es por eso que estoy llegando a ser subsecretario principal. Estoy más que feliz de dejar los nombramientos políticos a personas como tú. Solo un consejo si aceptas el trabajo. Cuando el Congreso te llame para dar testimonio sobre el presupuesto, usa un traje a prueba de antorchas y horcas».

El ascensor se abrió y Thad guió a Amelia a recorrer el séptimo piso. Durante horas, durante toda la mañana, se reunió con los distintos subsecretarios adjuntos y directores que dirigían cada una de las subdivisiones de la Oficina, quienes le brindaron una visión general de los diferentes departamentos bajo el amparo de la Oficina.

Era impresionante, por decir lo menos.

«Este departamento es enorme», señaló Amelia mientras ella y Thad se sentaban en la gran sala de conferencias después de la reunión, con los ojos recorriendo el diagrama de flujo de la Oficina. Le recordaba a un pulpo. «¿Y esto es solo una parte del HUD?».

«Una parte, pero tiene el presupuesto más grande de las oficinas de HUD», le informó Thad. «Por eso tenemos que ser grandes. Tal como están las cosas, desearía que tuviéramos más gente; el programa Community Block Grant siempre es un punto delicado».

«Me imagino», Amelia pensó en el rápido informe que había recibido. «¿Puedo preguntarte algo?».

«Dispere, señorita Hernandez».

«¿Por qué yo?», preguntó. «Thad, soy una concejal de pueblo. Ni siquiera tengo una asistente en Saint Cloud. ¿Quién tomó la decisión de que yo sea la persona a cargo de esto? Siento que me ofrecen el mando de un ejército cuando lo único que he hecho es jugar un poco a “*Call of Duty*” en casa».

Thad asintió y se levantó. «¿Verdad? Como dije, odio la política. Y muchas veces odio a los políticos, como tú y el secretario del HUD. Ambos son designados políticos y, en mis treinta años de experiencia, la mayoría de las veces eso significa que son donantes de la Casa Blanca o del partido que actualmente dirige la Casa Blanca».

«Yo no soy ninguna de las dos cosas», dijo Amelia. «Ninguno de los miembros del concejo de Saint Cloud está declarado políticamente».

«Es una rareza hoy en día», dijo Thad con tristeza. «Mira, como subsecretario, lo principal que puedes ser es ser un líder y... no quiero decir animadora, pero tal vez más bien un escudo emocional y político para el departamento. Ahora, durante mi estancia aquí en Washington, he visto a cinco personas ocupar el puesto para el que estás siendo considerada. Tres de ellos estaban allí simplemente para lustrar sus sillas y disfrutar del aire acondicionado. No es un problema ante mis ojos. No ayudaron, pero no perjudicaron a la Oficina con su pereza. Uno sí

que era... un problema».

«¿Un problema?».

«Sí», dijo Thad. «Cuando eres nombrado por un presidente que ha declarado rotundamente que su objetivo es destripar al HUD y convertirlo en una oficina de gabinete sin valor porque solo el Congreso puede desautorizar un puesto en el gabinete, puedes adivinar qué tipo de subsecretario teníamos. Más que dispuesto a absorber esa dulce, dulce cuenta de gastos gubernamentales que viene con el trabajo, pero recortó los presupuestos y la dotación de personal hasta la médula».

«Lamento escuchar eso», dijo Amelia. «¿Y el quinto?».

«El mejor subsecretario que hemos tenido», dijo Thad simplemente con un toque de calidez. «Hicimos las cosas bajo su mando. De todos modos, mientras charlabas con los directores, recibí un mensaje de texto del secretario. Dijo que lamenta no estar aquí. El presidente tenía un hueco en su agenda y quería hablar, y esa conversación se prolongó un poco más de lo que esperaba. Si me preguntas, probablemente sea la Primera Dama; ella es una gran defensora del HUD. De todos modos, el secretario nos ha pedido que te dejemos volver al hotel, descansar y relajarte. Se reunirá contigo para una cena de trabajo esta noche a las ocho».

«¿Supongo que mi chofer sabrá dónde?», preguntó Amelia y Thad se rió.

«No necesitarás un chofer. Tu hotel tiene un restaurante bastante bueno, la verdad sea dicha», dijo él. Amelia se puso de pie y Thad le tendió la mano. «Buena suerte. Espero que aceptes el trabajo, sinceramente. Tu corazón está en el lugar correcto».

Amelia frunció el ceño. ¿Cómo podrías saberlo?

«Lo sé porque hiciste las preguntas correctas. Cuídate», añadió él, como si leyera su mente.

Amelia regresó al hotel, donde se tumbó en su cama, pensando. Su cabeza todavía estaba procesando todo y se sentía más en conflicto que nunca. Su teléfono sonó y miró para ver que era un mensaje de Cassidy.

- Hola, ¿cómo está DC?
- Confuso. Acabo de terminar el recorrido por el edificio.
- ¿Y?
- Y no lo sé. Cass... ¿cómo está Brian?
- Se tomó el día libre del trabajo. Ha estado disparando toda la mañana.

El miedo apretó el estómago de Amelia. Brian solo hacía eso si estaba preocupado por algo. ¿*Toda la mañana?*

- Perdió la cuenta en cien rondas.

Amelia maldijo suavemente en voz baja.

- ¿*Qué hago, Cass?*
- Averigua sobre Washington, luego vuelve aquí y averigua sobre ti y Brian. Escuché que ustedes dos soltaron la palabra con “A”, entre ustedes. ;-)
- Sí. Lo que hace que esto sea aún más difícil.
- Lo sé. Sabes que te apoyo de cualquier manera.
- Gracias, Cass. En realidad. Pienso por ahora que voy a tomar una siesta rápida antes de

tener una cena de trabajo con el secretario del HUD. ¿Quién lo hubiera pensado, una chica de Dusty Bend cenando con un miembro del Gabinete?

Cassidy le devolvió un emoji de risa.

- Bachillerato Schneider High, siempre duros. Nos vemos cuando vuelvas.

Amelia dejó su teléfono a un lado, pero por mucho que lo intentó no pudo dormir. Al final, decidió sentarse y leer más materiales que Thad le había dado durante su visita, cada vez más fascinada por lo que aprendía.

HUD estaba en expansión, sí. Y podía ver cómo podía resultar políticamente tenso. Desde una perspectiva, se trataba de un gran gobierno en su forma más escandalosa, desperdiciando dinero en programas ineficientes e ineficaces. Por otro lado, era el gobierno quien hacía lo que la pura empresa privada no podía: luchar contra un problema que había atormentado a la humanidad desde las primeras ciudades hace cinco mil años. Las viviendas, los señores de los barrios marginales, los guetos y la desigualdad económica no se habían eliminado después de la fundación del HUD.

Pero el HUD había hecho algo bueno, podía verlo. Y lo que había hecho en Dusty Bend, fusionar la empresa privada y los acuerdos de apretón de manos con la acción gubernamental... eso se podía hacer a nivel nacional.

Y ella podría estar a la vanguardia. Tal vez su nombre no se asociaría con cada proyecto de la misma manera que existía la posibilidad de que lo hiciera con el centro juvenil de Saint Cloud. Pero, ¿qué era mejor, tener una placa de bronce en un centro juvenil o ser un impulsor anónimo detrás de mil centros juveniles en todo el país?

Amelia todavía estaba reflexionando sobre esa pregunta cuando sonó su teléfono, recordándole que era hora de prepararse para la cena. No había hecho las maletas para nada más que ir al trabajo, así que después de refrescarse, se volvió a poner el traje y bajó las escaleras, donde en la recepción la esperaba el personal del hotel.

«Señorita Hernandez, por aquí, por favor». El gerente la acompañó hacia el restaurante. «Debo decir que esto es muy emocionante para nosotros. Un secretario del gabinete... gracias».

«Solo dije que cenaría. Ustedes son los que tienen el buen restaurante», le recordó Amelia al hombre. «Así que, gracias».

Conocer al secretario del HUD fue casi decepcionante. Después de todo, aquí estaba un hombre que había asistido a reuniones en la Casa Blanca y que había prestado sus consejos al presidente sobre todo tipo de asuntos. Pero no era mucho más alto que Amelia cuando llevaba tacones y, de hecho, era un hombre bastante compacto.

Todo este tiempo con Brian la había malcriado, pensó con una sonrisa mientras le ofrecía la mano. «Señor secretario, gracias por invitarme a cenar».

«Por supuesto, señorita Hernandez». El secretario esperó a que Amelia se sentara antes de tomar asiento él. «Disculpas nuevamente por no reunirme con usted esta mañana. Espero que Thad no haya sido demasiado... directo. El hombre es un asistente adjunto fenomenal, pero su tacto podría ser mejor. Lo animé a ser así de franco conmigo, por supuesto... simplemente lo mantengo alejado del Capitolio».

«Puedo entender eso», dijo Amelia. «En realidad, la franca honestidad de Thad me resultó familiar. Saint Cloud no es el tipo de lugar donde la gente oculta sus sentimientos. Tendemos a sacarlo todo a la luz».

«Sí, cuando escuché de usted, pasé mucho tiempo leyendo sobre su pueblo», dijo el secretario. Un mesero se acercó y Amelia quedó impresionada cuando el secretario pidió té helado de hierbas en lugar de vino o algo con alcohol. Amelia hizo lo mismo y el secretario continuó. «Tiene una historia bastante interesante, ¿sabe? Y su pueblo... dentro de treinta años, cuando Saint Cloud sea un ejemplo de lo que pueden ser las ciudades pequeñas en Estados Unidos, la gente debería al menos enviarle una gran tarjeta de agradecimiento».

«He estado pensando en eso, señor secretario», dijo Amelia. «Honestamente, no me importan los elogios. Solo quería que los niños de Saint Cloud tuvieran más oportunidades que yo a su edad».

«Por eso exactamente quería comunicarme con usted», dijo el secretario. «Señorita Hernandez, al observar su historial de votación, entre otras cosas, sé que no está afiliada a ningún partido en particular... pero no hace falta mucho para ver que está en la minoría política en todo su estado natal».

«Nunca pensé en eso», dijo Amelia. «¿Por qué menciona esto?».

«Porque hay gente en el partido nacional que siente que quedarse en Saint Cloud es un débil favor a la nación», dijo el secretario. «Mire, quédese en Saint Cloud y estoy seguro de que tendrá un trabajo para toda la vida. La gente de allí la ama. Incluso podría convertir eso en un puesto en Austin como representante estatal o senador estatal».

«He pensado en esa posibilidad».

«Pero en... bueno, en Texas, habría una pequeña posibilidad de aumentar aún más», dijo el secretario. «Su distrito del Congreso está bloqueado por el otro lado. ¿Su co-concejal Kim Johnson? Podría ser elegida desde allí a Washington. ¿Usted? Odio decirlo, no tanto».

«Al menos está siendo honesto», dijo Amelia, y el secretario se rió entre dientes. «¿Cuál es su punto, señor secretario?».

«Hay gente que piensa que la próxima generación de líderes estadounidenses debe incluirla a usted, Amelia», dijo el secretario. «No solo para Saint Cloud, sino para el país. Incluso para el mundo. Por eso... nos comunicamos con usted».

«No entiendo», dijo Amelia, y el secretario respiró hondo.

«Está bien, así es como va. Viene a Washington. Trabaja duro, porque sé que lo hará. Presenta su nombre a muchas personas muy poderosas e influyentes. Personas que puedan financiar campañas importantes y conseguirle el respaldo necesario para ganar esas campañas. Puede estrechar la mano y conocer a miembros del Congreso. Luego, cuando sea el momento adecuado o esta administración termine y todos nos quedemos sin trabajo, se muda a un distrito que esté más... en sintonía con una persona de su carácter. ¿Se postula para un cargo allí y en ese momento? Bueno, el cielo es el límite, de verdad. Es posible que regrese a Washington como congresista o incluso senadora. Tal vez, con mucha suerte... algo más».

Amelia se recostó, sorprendida. ¿Era así como funcionaba la política a nivel nacional? «¿Y cuánto me costaría esto?».

«Nada», dijo el secretario. «Amelia, el trabajo en el HUD es su pie en la puerta. Ahora bien, no mentiré y le diré que la gente por aquí no intercambia favores. Lo hacen».

«En Saint Cloud lo llamamos comercio de caballos», dijo, y el secretario se rió entre dientes.

«También he escuchado ese término, y algunos más jugosos», dijo. «¿Pero con quién comercie, con quién decida trabajar o a quién le deba favores? Bueno, eso dependerá de usted. Personalmente, creo que Washington necesita un movimiento juvenil muy importante. Y, sinceramente, soy parte de lo que está mal. Ambos partidos están dirigidos por viejas guardias arraigadas que no quieren arriesgar nada para lograr algo. Están demasiado cómodos como para

quedarse de brazos cruzados y seguir jugando para conservar sus pequeños feudos, y no se hace nada».

«El mundo no puede seguir haciendo eso», dijo Amelia. «Sobre todo porque parece que todas las partes no están contentas con el status quo. Tenemos que romper la inercia de alguna manera».

«Ahí está la joven de las Cruzadas que realizó una campaña con un presupuesto reducido y llamó a miles de puertas solo para llegar al concejo municipal», dijo el secretario. «Es a ellos a quienes quiero traer al HUD, para mostrarles los entresijos. ¿Y si esa ola juvenil me arrastra a mí también? Bueno, he hecho mi parte por el rey y por la patria, como suele decirse».

Amelia consideró su oferta. Era la oferta de su vida. «Pero... ¿qué pasa si decido tomar partido, afiliarme a un partido y elegir a mis oponentes políticos?».

El secretario se encogió de hombros. «Ese es simplemente un riesgo que tendré que estar dispuesto a correr. No le voy a pedir que jure en una fiesta para conseguir este trabajo, señorita Hernandez».

Amelia lo pensó. «Señor secretario, necesito... deme algo de tiempo, ¿por favor? Tengo gente en Saint Cloud con la que necesito hablar de esto».

«Por supuesto. Digamos, ¿una semana?», él dijo. «Si no, tengo que comunicarme con otras personas que también son futuros líderes potenciales. Esta posición necesita la aprobación del Senado y a la Casa Blanca le gustaría actuar rápidamente».

Amelia asintió. «Gracias. Mmm, una última pregunta. ¿Dónde están nuestros menús?».

«¿Oh eso?», preguntó el secretario, sonriendo. «Pedí al restaurante que nos trajera dos órdenes de lo que el chef quisiera preparar. Creo que mi frase exacta fue 'golpéanos con tu mejor tiro'».

«Pero, ¿qué pasa si no me gusta?», preguntó Amelia y el secretario se rió.

«Ese es simplemente un riesgo que tendrá que estar dispuesta a correr entonces, ¿no es así?».

«Bienvenida de nuevo», saludó Brian a Amelia cuando salió de la terminal de equipaje, con su única bolsa con ruedas. Dejó la bolsa en el suelo y él la abrazó, sosteniéndola en sus brazos casi con fuerza. Solo habían pasado cuarenta y ocho horas, pero le parecieron toda una vida. «Te extrañé mucho».

«Yo también te extrañé». Amelia le devolvió el abrazo con la misma fuerza. «¿Cómo estás?».

«Oh, ya sabes como estoy», dijo Brian, mitad en broma y mitad honestamente. Sabía que Cassidy le había contado a Amelia sobre su maratón de tiro el día anterior y que Amelia probablemente había sacado algunas conclusiones basadas en la información. «Vamos, el camino está bonito hoy. Y traje el Beamer».

Brian tomó el bolso de Amelia y lo llevó al auto, donde cabía fácilmente en el maletero. Realmente no había empacado tanto. Una vez que estuvieron en el camino, Brian abordó el tema que había estado en su mente durante los últimos dos días. «¿Cómo te fue?».

«El hotel era realmente bonito», dijo Amelia a modo de desvío. «Me tenían en una habitación normal, pero el colchón era como dormir sobre un malvavisco gigante».

«Eso suena pegajoso».

Amelia se rió suavemente. «Un malvavisco gigante con sábanas de alto número de hilos encima», se corrigió. «Y me dieron el recorrido completo por el lugar. Excepto la cafetería».

«Querían darte eso como una sorpresa», bromeó Brian, y ella se rió. «¿Y el trabajo?».

«Ellos... están tratando de reclutarme para algo más que el trabajo en el HUD», dijo Amelia. «Después del recorrido de la mañana, esa noche me invitaron a una cena de negocios con el secretario del HUD. Y él me lo explicó».

«¿Te explicó qué?», preguntó Brian.

«Esta oferta no es solo por unos años mientras la actual Casa Blanca hace lo suyo», dijo Amelia. «El secretario quiere que me mude a Washington a tiempo completo para convertirme en uno de los que mueven y agitan a nivel nacional».

«Vaya», dijo Brian en voz baja, contento de que su coche tuviera control de crucero. De lo contrario, probablemente habría quitado el pie del acelerador y se habría detenido ante su admisión. «Quiero decir, sé que podrías hacerlo, pero... aun así. Guau».

«Él me lo explicó todo», dijo Amelia. «Conocería a todas las personas adecuadas, me presentarían a aquellos que podrían verme unirme al Congreso o más. Y en el avión de regreso, tomé una siesta... Tuve un sueño».

«¿Qué tipo de sueño?».

«Soñé que no estaba volando en clase turista, sino en un asiento de primera clase... en el Air

Force One». Amelia sonaba un poco tímida. «Y era *mi* avión. Qué tonto, ¿no?

Brian negó con la cabeza. «No me parece».

«¿En serio?», preguntó Amelia y Brian asintió. «Pero eso me convertiría en presidente, Brian».

«Lo sé», respondió Brian con una pequeña sonrisa. «De hecho, me fue bastante bien en estudios sociales en la escuela. Aprendí todo sobre el presidente, el vicepresidente y el presidente de los ratones».

Amelia se rió levemente. «Creo que ese es un trabajo en Disneylandia».

«Mi punto es, Amelia, ¿y qué pasa si este país aún no ha tenido una mujer presidenta? ¿A quién le importa si nunca ha habido alguien como tú en la Oficina Oval? Alguien tiene que ser la primera en hacerlo. Y eres tan capaz de hacerlo como cualquiera», dijo Brian con vehemencia.

«Sí, bueno... aparentemente esa también es la idea del secretario. Cree que es necesario que haya un movimiento juvenil en Washington».

«Hay muchos vejestorios trabajando allí», admitió Brian. «Así que lo entiendo. Vas a Washington, haces las conexiones y luego regresas y te postulas para el Congreso desde Saint Cloud y...».

«Esa es la cuestión», dijo Amelia. «El secretario expuso algunas ideas incómodas. Está diciendo que sería un movimiento de tiempo completo. Después de que terminara mi tiempo en el HUD, me mudaría a un... bueno, a un distrito que tendría más posibilidades de ganar. Lo busqué después de cenar, Brian. El tiene razón. El distrito del Congreso de Saint Cloud es..., soy como un cisne negro en el distrito, Brian. Miré hacia atrás, al Congreso pasado y al historial de votación del tipo que representa a Saint Cloud en este momento. Miré cada voto que se hizo y lo comparé con lo que yo habría hecho en su lugar».

«Déjame adivinar», dijo Brian en voz baja, con el temor creciendo en sus entrañas. «Ustedes dos son opuestos».

«No es como Kim, donde respetuosamente podemos aceptar estar en desacuerdo», dijo Amelia. «El hombre piensa y vive en un mundo diferente al mío. Algunos de sus votos simplemente me enfermaron. Ahora aquí viene el truco. Las últimas siete elecciones, desde su primera campaña, las ganó con un promedio del setenta y tres por ciento de los votos en el distrito».

Brian hizo una mueca. «Ya veo». No queriendo llevar la conversación en la dirección que temía, se aclaró la garganta. «Dime... en tu sueño, ¿había un *‘Primer Caballero’* en el Air Force One?».

Amelia miró hacia arriba y sus labios temblaron. «¿Honestamente? No lo sabría. Pero después de despertarme, pensé en ello. Llámame codiciosa, Brian, pero creo que lo quiero todo. El trabajo. El esposo. Los niños».

«Niños, ¿eh?», preguntó Brian y Amelia asintió. «¿Ya hemos tenido esa discusión? No me parece. ¿Cuántos?».

«Con la persona adecuada, tantos como queramos», Amelia miró hacia arriba. «Que es lo que me asusta, Brian. Seamos realistas, ser cónyuge de un político... es un trabajo de tiempo completo por sí solo. Pero ya tienes una carrera. Y hermanos. Y estás construyendo un nuevo hogar para tu familia en Saint Cloud. Por mucho que sueñe despierta y te vea como mi futuro, no puedo pedirte que renuncies a todo eso solo para ser el marido de una política. No puedo pedirte que me sigas a Washington si acepto este trabajo, o a... bueno, a dondequiera que vaya después de eso».

«¿Podrías ser feliz quedándote en Saint Cloud?», Brian preguntó en voz baja, su mente dando

vueltas. «Quiero decir, puede que no sea la Casa Blanca, pero el rancho es bastante bonito a su manera. Y podría construir una casa blanca».

«Lo sé», Amelia suspiró. «Lo sé, Brian. Yo simplemente... desde que el secretario habló conmigo, lo único en lo que puedo pensar es que si pude hacer lo que hice por Dusty Bend y Saint Cloud... tal vez pueda hacer lo mismo por millones de personas más. Eso vale mucho. Puedes entender eso, ¿no?».

Brian lo pensó y asintió con tristeza. «Sí. Sí puedo».

El resto del viaje en auto transcurrió en silencio y Brian se dio cuenta de que Amelia estaba preocupada. Ella no sabía cuánto lo asustaban y dolían sus palabras. ¿Realmente quería dejar Saint Cloud?

¿Era tan codicioso como para mantenerla allí?

Regresaron y él se detuvo frente a su casa, dio la vuelta para tomar su bolso y la dejó salir. «Mira, eh...», quería arreglar las cosas. «Sé que me puse un poco raro mientras conducía. Lo lamento. Yo solo... ¿podemos cenar mañana por la noche?».

Amelia asintió y la esperanza apareció en su rostro. Brian no estaba seguro, pero pensó que ella podría haber estado preparada para que él terminara su relación allí mismo, durante el viaje en auto. «Sí», dijo en voz baja, esperanzada. «Sí, me gustaría eso».

«Bueno», él asintió. «Pero esta vez es mi turno de elegir el lugar. ¿Mañana a las siete y media, digamos?».

«Siete y media», dijo Amelia. «Brian... no quería lastimarte».

La envolvió en sus brazos y besó la parte superior de su cabeza. «Lo sé. Y no lo has hecho. Estabas siendo honesta, que es lo que siempre te pedí que fueras. Esto va por mi cuenta, ¿de acuerdo? Solo... necesito pensar. Pero te amo, Amelia».

Ella le devolvió el abrazo. «Yo también te amo».

Brian volvió a subir a su coche y se dirigió hacia el rancho. Mientras lo hacía, miró alrededor de Saint Cloud, preguntándose qué iba a hacer.

Amelia tenía razón. El la amaba. Ella lo amaba.

Pero ambos tenían también otras responsabilidades.

¿Cómo encajaban esas en su relación?

Esas preguntas y más se arremolinaban en su cabeza mientras regresaba al rancho. Aunque lo había hecho el día anterior, subió a su habitación y tomó su rifle, se dirigió al campo de tiro y se instaló.

Ayer había funcionado. Claro, tuvo que quemar varias cajas de municiones, pero para el .22 LR era barato. Y a pesar de su estilo de vida de “jugador” o su generosidad hacia el pueblo y las personas que amaba, recordaba los momentos en que las cosas estaban más difíciles de lo que quería admitir. No es que él o sus hermanos alguna vez pasaran hambre, pero sabía lo que era usar un par de zapatos con la suela más suave.

Así que odiaba comprarse cosas que realmente no necesitaba. ¿Una contradicción? Tal vez. Pero él era así.

Desde el primer disparo supo que no estaba en el lugar correcto. No importó lo mucho que miró por la mira, no importó cuántas veces le decía a su cuerpo que se calmara y se concentrara en el disparo, no pudo hacerlo.

Disparo tras disparo fue bajando la distancia sin que regresara ningún *sonido* metálico. Recargó y lo intentó una y otra vez. Nada.

Finalmente, después de veinte disparos y ningún acierto, se rindió. Había días que eras el perro y días que eras el agua del perro. Suspirando, sabiendo que no había ningún consuelo en

tratar de seguir disparando, Brian se acercó al final del campo y bajó la bandera. Cuando se dio la vuelta, vio a alguien en la plataforma de tiro y, cuando se acercó, vio que era Dylan, mirando por encima de la máquina.

«Te preguntaría si puedo hacer algunos tiros, pero sé cómo eres con este bebé». Dylan estiró los brazos sobre su cabeza. «Acabo de terminar en el granero, escuché que empezaste a disparar. Me sorprendió, hubiera pensado que estarías con Amelia, ustedes dos bebiendo batidos y mirándose con ojos saltones o algo así».

«Hoy no», Brian tomó el rifle y comenzó a desmontarlo para limpiarlo. No lo hacía aquí a menudo, pero llevaba todos los materiales apropiados en la funda de su rifle. «Nos reuniremos para cenar mañana por la noche».

«¿Mañana por la noche?», preguntó Dylan, sorprendido. «¿Qué diablos pasó, Brian? En serio, ¿estuviste como un perro enfermo durante dos días después de que ella se fue a Washington, ella regresa y no estás pegado a su lado? ¿Pasó algo en el ayuntamiento?»

«No». Brian tomó su destornillador y desenroscó el receptor y el cañón de la culata compuesta. «Le ofrecieron el trabajo. En Washington».

«Por supuesto», respondió Dylan con sarcasmo. «El gobierno no gasta mil dólares en llevar a alguien en avión solo para ver si tal vez quieren ofrecerle el trabajo. O tal vez sí; pagan mil dólares por asientos de inodoro. Pero déjame adivinar, ¿le gustó lo que vio?».

Brian asintió. «Pero es peor que eso. Hay algunas personas en uno de los partidos nacionales que básicamente quieren reclutarla para ascender en la escala política. Pero eso significaría que no regresaría a Saint Cloud cuando terminara el trabajo en Washington».

«¿O sea?».

Brian se volvió hacia Dylan, que lo miraba con indiferencia. «¿Qué quieres decir con eso? ¿Dylan, podría alejarse cientos, probablemente miles de kilómetros de Saint Cloud, considerando el tamaño de este maldito estado!».

«Otra vez... ¿o sea?», preguntó Dylan. «La amas, Brian».

«¡Y amo a esta familia!», gritó Brian. Respiró hondo y se alejó de la plataforma de tiro, dejando su rifle en la superficie. «Dylan, tengo responsabilidades. Soy copropietario de este rancho. Soy el director de publicidad y miembro de la junta directiva de Cloud 9. Soy...».

«Pura basura», interrumpió Dylan con dureza. «Brian, tú mismo lo dijiste muchas veces. Haces relaciones públicas para una empresa de videojuegos. Mientras Chris, Simon o los programadores no codifiquen algo explícito en un juego, la mayor parte de tu trabajo consiste en hacer malabarismos con enviar gente a convenciones y publicar comunicados de prensa prefabricados. Entonces, ¿qué te deja?».

«El rancho».

«¿Y quién ha estado cuidando el rancho? ¿Eh?», preguntó Dylan. «Matt y yo lo hemos hecho. Brian, no te necesitamos por aquí. Por lo general, nos ocupamos de unos diez acres, lo que no es precisamente difícil. Inténtalo con otra cosa».

«Chris... Cassidy». La voz de Brian temblaba de duda. Dylan puso los ojos en blanco. «¿Qué?».

«Eres rico, idiota. Algo pasa con ellos y con tener hijos, ¿adivina qué? Existen estos nuevos inventos llamados aviones. Amelia acaba de usar uno, ¿recuerdas? Te lleva desde cualquier lugar excepto Hawái o Alaska de regreso a Saint Cloud en unas ocho horas como máximo». Dylan suspiró y sacudió la cabeza. «Tú, Chris y Andrew... Ustedes tres son idiotas, si me lo preguntas. ¿Cómo conseguí el cerebro siendo el más joven?».

«Será mejor que te expliques, o llamo a Carl Norton y le digo que dijiste que su cuñado es un

idiota. Te arrojará al lago y podrá terminar el trabajo».

Dylan se rió ante la amenaza vacía. «Carl estaría de acuerdo conmigo. Brian, los trabajos van y vienen. Los juegos de Cloud 9 irán y vendrán; ya sabes cómo son la tecnología y los videojuegos. Todos tendremos que evolucionar o invertir y vivir de eso. ¿Y este rancho? Como dije, contrata a un peón de rancho profesional si crees que lo necesita. No me importa. ¿Pero Amelia? No tengo tanta experiencia como tú en el departamento de citas, pero incluso yo sé que una mujer como ella no aparece en tu vida cada dos semanas. Así que hay que olvidarse de la compañía, olvidarse del rancho, olvidarse de nosotros. Solo hazte una pregunta».

«¿Cuál?», preguntó Brian, y Dylan sonrió.

«¿Quieres tener a esta mujer en tu vida o no? Si me preguntas, la respuesta es bastante clara».

Brian parpadeó, asombrado por lo simple y claro que lo había dejado su hermano. Toda su obsesión por alinear patos y se había olvidado de la pregunta más importante de todas. «Sí... sí, ¡tienes razón!». Se dio una palmada en la frente. Miró su rifle, ya desmontado en cinco piezas, y sacudió la cabeza. «Olvidalo. Dylan, ¿crees que al menos podrás volver a armar esto y regresar a mi habitación? Necesito... tengo cosas que necesito hacer».

Dylan sonrió y lanzó una pequeña señal burlona. «Estoy seguro de que puedo armarlo lo suficientemente bien como para llevarlo de regreso a tu habitación. Te sugiero que lo revises de nuevo antes de intentar disparar la próxima vez».

«Gracias por todo», Brian se giró, hizo una pausa y miró a su hermano, quien le hizo un gesto para que continuara. «¿Cómo te volviste tan inteligente?».

«Tuve algunos buenos mentores», dijo Dylan. «Andrew y Chris».

Brian se rió y comenzó a caminar de regreso a la casa, pero a los pocos pasos ya estaba corriendo, dirigiéndose directamente a su auto.

No le estaba mintiendo a Dylan. Tenía mucho que hacer y, si era necesario, conduciría hasta Austin para encontrar lo que necesitaba.

Cuando llegaron al restaurante ‘Silver Lining’, Amelia se sentía miserable. Ella sabía que él la traería aquí tan pronto como le envió un mensaje de texto diciendo “vestirse bien para la cena”. El ‘Silver Lining’ era realmente el único lugar del pueblo donde un hombre podía llevar traje y corbata sin parecer tonto.

Y Cassidy no había sido de ninguna ayuda. A pesar de los múltiples mensajes de texto, lo único que recibió fueron incongruencias y afirmaciones de ignorancia.

Pero nunca antes había estado en ‘Silver Lining’. En todo caso, a pesar de la imagen de “playboy rico” que le gustaba aparentar, Amelia sentía que Brian se parecía más a ella, alguien que favorecía los placeres simples de la vida.

Entonces, ¿por qué la había traído aquí? Según su experiencia, solo había dos razones para traer una cita al ‘Silver Lining’ por primera vez. Y en un momento como en el que estaban, esa no era una buena razón.

«Estás callada», dijo Brian mientras acompañaba a Amelia hasta la puerta. «Debes tener muchas cosas en la cabeza».

«Ha... sido un día difícil», dijo Amelia. «Muy ocupado».

«Me imagino», Brian le abrió la puerta. Amelia entró y se detuvo casi tan pronto como llegó a la puerta cuando vio que el restaurante estaba totalmente vacío. Brian se acercó detrás de ella, sonriendo un poco. «¿Sorprendida?».

«¿Alquilaste todo el restaurante?», preguntó Amelia y Brian asintió. «¿Cómo? ¿Por qué?».

«Sobre el ‘cómo’ es porque hice algunas llamadas y lo hice realidad». La voz de Brian temblaba un poco nerviosa. «En cuanto al ‘por qué’, ya lo verás. Vamos, nuestra mesa está esperando».

La sala había sido ligeramente reorganizada, la mayoría de las mesas estaban empujadas hacia los bordes de la sala para permitir que una mesa dominara toda la habitación. La mesa ya estaba puesta, con velas y cubiertos mejores que los que Amelia había visto antes. Brian le sostuvo la silla, siempre el perfecto caballero, y ella se sentó antes de que él se acercara y se sentara en su lugar. Un mesero les trajo los menús, dejándolos decidir y hablar.

«Entonces... cuéntame sobre tu día». Brian dejó su menú, tratando de ocultar sus manos en puños. «Estoy seguro de que estuviste muy ocupada».

«Tuve algunas reuniones», admitió Amelia, frunciendo los labios. Él estaba muy nervioso, pero ¿por qué? «Hablé con Tom Jones y le pregunté sobre el procedimiento si dejo mi puesto antes de que finalice mi mandato».

«¿Qué pasaría?», Brian preguntó con cuidado, con los dedos todavía temblando. «Supongo que alguien tiene que ocupar el lugar».

«Sí y no», dijo Amelia, con la voz entrecortada. Buscando algo de beber, cogió su vaso de agua helada y tomó un sorbo. No hizo mucho, sentía que su garganta estaba a punto de cerrarse en cualquier momento, pero la lubricó lo suficiente como para que al menos pudiera hablar.

«Si un miembro del concejo deja vacante su puesto antes del final de una sesión, entonces el concejo continuará tal como está constituido», dijo Amelia. «Tradicionalmente, el alcalde nunca votará para crear un empate en esa situación. Entonces, en una situación de dos a uno, Tom automáticamente convertiría la situación en tres a uno. Aunque dijo que no siempre ha sido así».

«Duane Cortez va a estar en una posición muy incómoda», murmuró Brian, y Amelia se encogió de hombros. «Solo digo que Kim tendrá mucho poder si te vas. ¿Y qué?».

«Bueno, tradicionalmente el día de las elecciones siempre ha sido en noviembre», continuó Amelia. «Así que habría elecciones parciales en noviembre para cubrir el puesto vacío, y esa persona completaría mi mandato regular. En mi caso, eso los haría presentarse a la reelección en un año».

«Ya veo», dijo Brian, tomando un sorbo de agua. «¿Cómo te sientes sobre eso? ¿Hay alguien en el distrito que quisiera hacerse cargo de tu puesto?».

«Creo que hay algunas personas que tienen el corazón en el lugar correcto, pero no creo que yo quiera meter la nariz», admitió Amelia. «Siento que... si me voy y acepto el trabajo, la mayoría de la gente lo entenderá. Y supongo que la mayoría de la gente me deseará lo mejor. Pero podría haber suficientes sentimientos heridos como para influir en cualquier elección parcial. No quisiera hacer eso. Entonces, si tuviera que decir algo, simplemente les desearía suerte a todos los que quieran participar y le desearía lo mejor a Saint Cloud».

«Es una buena posición a tomar», dijo Brian. «¿Algo más?».

«Bueno... Kim Johnson pasó a verme», dijo Amelia. «Como dijiste, ella sabe que si me voy estará en una posición muy, muy poderosa. No creo que sea tan fuerte como ella supone; Vance Henry podría considerar pagar su deuda negociando caballos, pero...».

Brian inclinó la cabeza y frunció el ceño. «¿Qué pasa, Amelia?».

«¿Por qué estamos aquí?», preguntó Amelia, incapaz de contener el torrente de dudas dentro de ella. «¿Por qué me trajiste a este lugar, Brian?».

«No entiendo, Amelia», dijo Brian. «Dijimos que íbamos a cenar esta noche, ¿verdad? Bueno..., para cenar».

«Lo sé, pero... mira, las parejas como nosotras solo vienen al ‘Silver Lining’ para grandes eventos», dijo Amelia miserablemente. «Y desde que me dejaste anoche, he tenido miedo, Brian. Cuando me enviaste un mensaje de texto para que me vistiera bien, me aterroricé. Porque no quiero perderte. Y si me has traído aquí para romper conmigo, yo... yo...».

«Espera», dijo Brian, perplejo. «¿Romper contigo? Por qué habría...».

«¡Porque tienes a tu familia aquí!», Amelia dijo en voz baja. «Tienes tu empresa aquí. Ya has construido una vida en este pueblo, Brian. Y seamos realistas, la larga distancia puede funcionar para algunos, pero con lo que hizo Carli... no quiero atarte a alguien que nunca estaría cerca».

«Amelia...».

«No, por favor», suplicó Amelia. «Déjame terminar porque solo tengo el valor de decir esto una vez. Brian, eres muy importante para mí. Te amo, por eso... no aceptaré el trabajo. No quiero perderte. Preferiría...».

«¿Podrías callarte antes de decir algo de lo que te arrepientas?», Brian dijo, un poco enérgicamente. «Dios mío, mujer, no me extraña que seas una política nata. Una vez que abres la boca, ¡no sabes cuándo cerrarla!».

Amelia se detuvo, atónita. «¿Qué?».

«Dije que tenías que dejar de hablar y...., maldita sea, estoy arruinando esto». Brian suspiró. «¿Y por qué crees que te traje aquí para romper contigo?».

«Como dije, este no es nuestro tipo de lugar», dijo Amelia. «Si estuviéramos teniendo una comida feliz, habríamos ido a ‘Tio Tito’s’, o al puesto de hamburguesas de ‘A&W’, o... no sé, ¡a cualquier lugar donde no tenga que usar vestido y maquillaje!».

«Creo que eres hermosa con maquillaje», dijo Brian, riéndose un poco.

«¡No te rías de mí!», Amelia espetó, repentinamente enojada. «Me pides que me vista elegante, alquilas este lugar para ahorrarme la vergüenza de romper en público, y luego... ¡No quiero perderte, Brian! ¡Quiero estar contigo! Pero estuviste callado durante el camino y te temblaban las manos y tu...».

«Amelia...».

«Brian», respiró hondo, «si vas a romper conmigo, por favor hazlo ya. No puedo seguir sentada aquí fingiendo que todo está bien entre nosotros, que no hay problemas. Los hay. Pero sentarme aquí y fingir es una tortura para mí. Entonces, si vas a hacerlo, hagámoslo».

Se recostó, completamente agotada, y sabía que las lágrimas amenazaban. Al otro lado de la mesa, Brian parecía absolutamente sorprendido. Finalmente, parpadeó y sacudió la cabeza. «Yo... Amelia, lamento la confusión. No quiero romper contigo».

«Pero tienes que hacerlo porque...».

«¡No!».

Suplicó Brian, con los ojos muy abiertos por la sorpresa. «Amelia, no quiero romper contigo. Y al mismo tiempo, no quiero que rechaces el trabajo del HUD por mi culpa. Yo... realmente arruiné este plan, ¿no?».

Detrás de Amelia, escuchó una risa familiar. «Seguro que sí, playboy», dijo Cassidy, y Amelia giró la cabeza. «Te dije que no podías escribir algo como esto. Ni siquiera un maestro malabarista como tú podría lograr algo tan emocionalmente complejo».

«¿Cass?», preguntó Amelia mientras Cassidy salía de las sombras junto a la cocina. La seguían Chris y sus hermanos... Pronto toda la pandilla estaba junto a la cocina junto con Carl y Tim Norton. Amelia sintió como si la hubieran golpeado con una almohada, lo suficientemente fuerte como para hacer que el mundo no tuviera sentido, pero no lo suficiente como para dejarla inconsciente. «Pero, ¿qué están haciendo ustedes aquí?».

«Por esto», dijo Brian, y Amelia se giró para verlo levantarse de su asiento y arrodillarse. En su mano tenía una caja y, cuando Amelia se quedó boquiabierta, la abrió para revelar un anillo de oro con un hermoso diamante adornándolo. «Amelia, no te pedí que vinieras esta noche para romper contigo. Te lo pregunté aquí porque quería saber si realmente quieres ese trabajo en el HUD. Y pensé que querías privacidad para eso para que la gente no empezara a cuchichear. Pero la razón principal por la que te traje aquí, Amelia, es porque quiero pedirte que te cases conmigo».

«Pero... ¿qué pasa con Saint Cloud? ¿Y tu trabajo? Y....».

«Y nada de eso significa nada comparado contigo», dijo Brian. «Entonces, Amelia, sé que en cierto modo es repentino, y sé que realmente debería haber hablado con tu mamá y tu papá primero. Pero si me perdonas por eso, me harías el hombre más feliz del mundo si te conviertes en mi esposa».

Las palabras de Brian apenas habían salido de su boca cuando Amelia asintió, empujando su mano izquierda hacia él con tanta emoción que su uña anular se enganchó en la tapa de la caja. Ella se apartó, tratando de no reír y llorar al mismo tiempo. «Sí. ¡Sí, mil veces sí!».

Una ovación se elevó entre la pequeña multitud y, cuando Brian deslizó el anillo en el dedo de Amelia, se levantó para abrazarla. Su beso fue tierno y profundo, y todo lo que Amelia alguna

vez había soñado.

Ella iba a casarse.

Tan pronto como sus labios se separaron, hubo más vítores y palmadas en sus espaldas mientras la familia Davis los felicitaba a ambos. «¡Brian, te dije que no esperarás!», Simon lo reprendió con una risa. «¡En serio, hombre, tú y tus patos!».

Brian se rió y su brazo rodeó con más fuerza los hombros de Amelia. «Yo y mis patos. ¿Por qué crees que sé que Amelia es la indicada para mí, hombre? Ella no tiene patos, yo tengo demasiados patos. Juntos... es perfección».

«Bueno, entonces, ¡un brindis!», Andrew declaró mientras las copas de champán parecían aparecer de la nada. Le pusieron uno en la mano a Amelia y, tan pronto como todos tuvieron una, Andrew levantó su vaso. «Por Brian y Amelia. ¡O Amelia y Brian, que tendrán que acostumbrarse a que lo anuncien en segundo lugar!».

Una gran ovación llenó la habitación y Amelia terminó su copa con entusiasmo. Era un buen champán, ni demasiado dulce ni demasiado seco. Pero mientras bajaba su copa, se le ocurrió una idea. «Brian, cariño... te amo, pero todo esto está mal».

«¿Qué?», preguntó Brian, levantando una mano. «¡Chicos, cállense!».

«Sigue haciendo eso», susurró Mackenzie. «¿No aprenderá que decirles a tres mujeres que se callen es una mala idea?».

«Espera, Mac», le susurró Simon. «Continúa, Amelia».

«Brian, todo esto está mal porque no somos nosotros», dijo Amelia. «Quiero decir, sé que vamos a tener que acostumbrarnos a la buena cena y todo eso, pero este lugar... esto no somos tú y yo, ¿sabes? Y sé que alquilaste este lugar por privacidad y todo eso, pero realmente preferiría cenar en otro lugar».

«¿Eso es todo?», preguntó Brian y Amelia asintió. «Vamos a tener que llevar esta fiesta a otra parte. ¿Qué tenías en mente?».

Amelia se mordió el labio y Brian asintió como si le hubiera leído la mente. «Bien, entonces. ¡Espero que todos estén de humor para un auténtico restaurante mexicano porque habrá enchiladas y Micheladas para el resto de la noche!»

Eso era algo que Amelia podía celebrar.

El área de estacionamiento en el Rancho Cloud 9 estaba abarrotada, no solo de empleados de la ciudad que habían acudido al evento porque era necesario, sino también de un número notable de ciudadanos comunes y corrientes de Saint Cloud. Verlo le calentó el corazón.

Amelia, parada en la entrada del granero con su nuevo anillo en el dedo brillando bajo las luces del techo, lucía más hermosa que nunca. Su blusa roja había sido elegida específicamente para dar un guiño silencioso a su alma mater, mientras que el negro de sus jeans era otro guiño silencioso a Saint Cloud High, un gesto para demostrar que ella siempre era parte de todo Saint Cloud.

«Yo... quiero agradecer a todos». Amelia sostuvo el micrófono que le habían traído rápidamente cuando alguien se dio cuenta de que la multitud iba a ser mayor de lo previsto. Brian no estaba seguro, pero pensó que había sido la jefa Bronson quien había cogido el micrófono en un ataque de pensamiento rápido. Afortunadamente era inalámbrico.

«Saben, hace unos años, cuando me postulé por primera vez para el concejo municipal, pensé que nunca pasaría del segundo lugar y algunos carteles y letreros en el césped realmente cursis», dijo, ganándose algunas risas. «Afortunadamente, puedo decir que he mejorado los letreros de mi césped».

«¡Hiciste mucho más que eso!», Kim Johnson gritó desde el otro lado del granero, ganándose una gran carcajada y aplausos. Brian sonrió, contento de que las cosas pudieran terminar bien entre las dos.

«Gracias, Kim, por muchas cosas». Amelia empezó improvisadamente. «Tú y yo... bueno, como todos aquí saben, hemos chocado de cabeza algunas veces; todavía tengo uno o dos chichones aquí arriba en algún lugar. Tienes la cabeza dura, pero por eso me convertiste en una mejor miembro del concejo, una mejor líder y una mejor persona. Dicen que el hierro se afila con el hierro. Si es así, entonces eres la Dama de Hierro de Saint Cloud y me alegra poder llamarte también mi amiga».

Brian se dio cuenta de que Kimberly estaba conmovida y rápidamente parpadeó para contener las lágrimas mientras le lanzaba a Amelia un beso de agradecimiento. Amelia lo "atrapó" y se dio unos golpecitos en el pecho, e incluso Brian se sintió conmovido por el gesto.

«Me gustaría poder agradecer a todas las personas que me ayudaron a llegar hasta donde estoy hoy». Amelia volvió al breve guión que ella y Brian habían elaborado esa mañana durante el desayuno. «Pero hay demasiados para enumerarlos y no quiero que esto suene como un discurso de los Oscar. Así que solo mencionaré a otra persona... mi flamante nuevo esposo, Brian Davis, y no sacaré ninguna conclusión de esa frase. Brian, llegaste a mi vida y fue como si la pieza que nunca supe que me faltaba ahora estuviera en su lugar. Me desafiaste, me apoyaste, me

prestaste tu fuerza y al mismo tiempo, y sé que estoy siendo muy poco texana al decir esto, también pudiste mostrarme tu lado más suave».

Al lado de Brian, Chris le dio un suave codazo a su hermano. «Te lo dije, tonto».

«Al resto de Saint Cloud, sé que me voy», dijo Amelia, «pero este lugar, este pueblo, siempre estará en mi corazón. Ustedes son mi gente y siempre estaré orgullosa de Saint Cloud. Así que, gracias... ¡y comencemos este baile!».

El baile fue impecable; Brian no podía recordar un baile más feliz hasta ese momento. Hizo girar a Amelia durante los bailes en solitario, contento de haberse tomado el tiempo para aprender algunos pasos de baile latino. Sin embargo, no fue solo música latina. Ambos rieron y aplaudieron y pasaron el mejor momento de sus vidas mientras participaban en los bailes en cuadrilla, golpeaban sus botas en los bailes en línea y más.

Cuando llegó la medianoche, estaba exhausto, pero cuando sonaba el último baile y sostenía a su esposa recién casada en sus brazos, no quería ir a ninguna parte. El momento podría haber durado para siempre si se hubieran cumplido sus deseos. Pero incluso Enrique Iglesias tenía que terminar en algún momento, y cuando las últimas notas se desvanecieron, Brian abrazó a Amelia, inhalando el aroma a heno, sudor y su cabello. «Te amo».

«Te amo», respondió Amelia, abrazándolo. «Gracias».

El granero se vació y pronto solo quedaron los Davis, los Norton... y Tom Jones, que se quedó para despedirse personalmente. «Entonces, te irás el lunes». Tom le estrechó la mano a Amelia. «Va a ser muy diferente el ayuntamiento sin ti».

«Volveré de visita», dijo Amelia. «Lo prometo, la próxima ronda en el ‘Tap Room’ corre por mi cuenta».

«Será mejor que lo hagas. No ganaré mucho dinero por mucho tiempo», dijo Tom. «Voy a hacer el anuncio en la próxima reunión del concejo público, pero pensé que tú deberías saberlo primero. Me jubilaré en las próximas elecciones. Me imagino que, si va a haber sangre nueva en el concejo, deberíamos recibir más de una gota. Así que habrá al menos dos plazas abiertas».

«Kim estará feliz de escucharlo», dijo Amelia. «Entonces dime cuándo es tu fiesta de jubilación y nos aseguraremos de estar allí».

«Te haré cumplir con eso». Tom se volvió hacia Brian. «Se ha portado bien, señor Davis».

«No lo sé», se jactó Brian, rodeando a Amelia con el brazo. «Estoy muy feliz de ser el ‘Sr. Brian de Hernandez’».

El grupo se rió de la extraña frase, pero era importante para Brian y Amelia. Quería honrar a su familia y a su tío, por lo que decidieron que mantendría su apellido de soltera en el HUD. Todos entendieron y lo aprobaron. «Entonces, ¿qué sigue para ti?».

«Vamos a ir a ver a mis padres primero». Amelia le dio unas palmaditas en la mano a Brian. «Luego, después de eso, nos vamos a Washington. Y luego... bueno, ya veremos».

«No te pierdas demasiado», añadió Cassidy. «Um, iba a esperar por esto, pero honestamente, tal como me siento, voy a tener demasiado sueño para despedirlos en el aeropuerto por la mañana».

«¿Por qué?», Brian preguntó, preocupado. «¿Qué pasa, Cass?».

«Oh, nada importante». Cassidy tomó la mano de Chris. «Ustedes dos solo tienen que prometer que se tomarán unas vacaciones para volver y visitarnos en unos nueve meses más o menos».

«Nueve me..., nooooooooo», dijo Amelia efusivamente, con el rostro iluminado. «¿En serio?».

«En serio», confirmó Chris, y Brian se tragó a su hermano en un abrazo, golpeándole la espalda. Cassidy y Amelia se abrazaron y pronto los abrazos se extendieron por todas partes.

Cuando todo terminó, Brian podía sentir lágrimas en sus mejillas, pero no se avergonzaba en absoluto.

«¿Estás bien?», Amelia sonaba un poco emocionada.

«Sí, sí», Brian besó su mano que estaba entrelazada con la suya. «Vamos a dormir un poco. Tenemos un futuro para el que prepararnos».

Gracias por leer “Cloudy con probabilidad de multimillonario”.

Puedes disfrutar ahora de [“Cloudy con probabilidad de una familia”](#)... pasa la página para echar un vistazo al libro.

Simon había encontrado su lugar favorito en el rancho Cloud 9. Era una de las antiguas mecedoras que se encontraba en el patio cubierto, la que estaba colocada justo debajo del gran ventilador, haciendo imposible el vuelo para los insectos lo suficientemente inteligentes como para encontrar su camino.

Desde allí podía escuchar la música de la fiesta en el granero. Algunas de esas canciones eran clásicas, tan antiguas que tenía recuerdos de su madre bailando. Eso no había sucedido muy a menudo, solo cuando estaba en lo que ella solía llamar su estado de ánimo "optimista". Ahora entendía que esas habían sido sus fases maníacas. Cuando era niño, sus momentos de euforia le resultaban aterradores, hasta el punto de que, cuando terminaban, casi agradecía los períodos depresivos. Al menos durante esas semanas o meses, su comportamiento era predecible.

Ahuyentó esos pensamientos oscuros y sonrió al notar, bajo la magnífica luna llena, dos jinetes saliendo del establo.

Simon no necesitó más luz para reconocer a su mejor amigo, Chris, y a su novia, Cassidy, una de las mujeres más guapas de Saint Cloud.

Chris había estado caminando con un anillo en el bolsillo durante una semana, tratando de encontrar el momento perfecto para hacer la pregunta. Tal vez esta noche su estatus cambiaría de novia a prometida.

Simon tuvo la sensación de que esta noche sería la indicada. ¿Qué escenario más perfecto que el rancho bajo un cielo despejado? Suspiró y sintió un poco de celos de su amigo. ¿Encontraría alguna vez a alguien con quien relacionarse tan bien como lo hizo Cassidy con Chris? Probablemente no en Saint Cloud.

Pero ahora que había convencido a todos sus amigos y socios para que se mudaran aquí, era hora de dejar de dudar de sus propios consejos y aceptar la situación. Saint Cloud era un lugar encantador para vivir, y ya sea que decidiera construir su casa en el rancho Cloud 9 o buscar otro terreno en otro lugar, estaba en Saint Cloud para quedarse.

Al ver a Chris y Cassidy alejarse, su mente se centró en los niños. Estaba seguro de que ella amaba a los niños porque sabía que su cowboy quería al menos cuatro... o más. Le gustaba la idea de una casa llena de niños, tan diferente a su propia infancia.

Si su mejor amigo se salía con la suya, Simon sospechaba que no pasaría mucho tiempo antes de que se convirtiera en el tío Simon de muchos pequeños.

La vida en Saint Cloud iba a ser muy divertida; después de todo, "Tío Simon" no era lo mismo que "Papá", pero era mejor que nada.

Próximamente
Cloudy con probabilidad de una familia

TAMBIÉN DE OLIVIA SANDS

Saint Could, Texas

Cloudy con probabilidad de cowboy

Cloudy con probabilidad de multimillonario

Cada libro de la saga de los Green de Kentucky puede leerse por separado.

Colton

Jaxon

Braxton

Weston

Sophia

Carson

Hudson

* Paquete 01 - Colton, Jaxon, Braxton

* Paquete 02 - Weston, Sophia, Carson

Busca mis otras series en:

<https://oliviasands.com/libros/>

ACERCA DE LA AUTORA

Olivia Sands es la feliz madre de un geek certificado y un veterinario aventurero.
Escribe tiernos romances contemporáneos ambientados en pequeños pueblos ficticios.

**Forma parte de los miembros de
VIP readers group de Olivia para recibir promociones y noticias.**

Sigue a Olivia en:

*** her site**

o

**Puedes formar parte del grupo de lectores VIP de Olivia para recibir promociones y
noticias en:**

<https://oliviasands.com/e>

También puedes seguir a Olivia en su sitio:

*** www.OliviaSands.com**

Y en la mayoría de los sitios de redes sociales:

<https://www.facebook.com/OliviaSandsAuthor>

<https://www.instagram.com/oliviasandsauthor>

<https://twitter.com/byOliviaSands>

Traducción del inglés: Elizabeth Garay. garayliz@gmail.com

ÍNDICE

[¿Te Gustan Las Sorpresas?](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[También de Olivia Sands](#)

[Acerca de la autora](#)

Copyright © 2023 Cloudy with a Chance of Cowboy por Olivia Sands

Reservados todos los derechos. Esta copia está destinada ÚNICAMENTE al comprador original de este libro.

Ninguna parte de este libro puede reproducirse, escanearse o distribuirse de ninguna forma ni por ningún medio electrónico o mecánico, incluidos los sistemas de almacenamiento y recuperación de información, sin el permiso por escrito de la autora. No participe ni fomente la piratería de materiales protegidos por derechos de autor en violación de los derechos de la autora. Compre solo ediciones autorizadas.

Publicado en los Estados Unidos de América.

Este libro es un trabajo de ficción. Si bien se pueden hacer referencias a eventos históricos reales o ubicaciones existentes, los nombres, personajes, lugares y eventos son completamente ficticios. Todos los nombres, personajes y eventos descritos en él han sido imaginados por la autora. Cualquier parecido con la realidad de personas reales, vivas o muertas, establecimientos comerciales, eventos o lugares es mera coincidencia.